Alberto García-Salido

Todos los finales felices se parecen

Todos los finales felices se parecen

Alberto García-Salido

A Pura, Paca, Félix y Antonio; mis abuelos.
Ellos no lo leerán, pero por ellos lo he escrito

Quise compañía y obtuve un monólogo,
quise un final feliz y me quedé en el prólogo.

NACH SCRATCH, *Nada ni nadie*

Otro día se va y eres mucho más viejo.
Es la vida del pobre y no hay más que decir.
Vas al tajo y a sufrir.
Nunca puedes ganar la partida.
Pero aún sigues en pie.
¿Y para qué?

«Otro día se va», del musical *Los miserables*
(adaptación al castellano de ALBERT MAS-GRIERA)

Madrid
Domingo, 11 de julio de 2010 Comienza el día

En la calle del todo va bien, el sol golpea las aceras y los pájaros dialogan mientras apuntan con mimo a la cabeza de quienes tienen debajo.

Los coches circulan sin apenas compañeros en el asfalto. Pocas personas han madrugado, quizá haciéndose hueco para la incertidumbre que vendrá después. Porque hoy es un día extraordinario, o eso quieren creer.

Los que pisan la calle se consuelan pensando que han despertado para que ya quede menos. Al mismo tiempo, los que duermen se hacen trucos en fase REM. No quieren que nada separe sus párpados por mucho que el sol ya esté en su sitio.

En la calle del todo va bien, dos bicicletas juguetean aprovechando la acera prácticamente vacía. Llevan encima un par de chavales vestidos de rojo que se hablan de un sillín a otro explicándose la tarde que van a tener. Los dos con planes para ese cincuenta por ciento que los hará felices. De lo que puede ir mal no se dicen nada, no vaya a ser que la tristeza y la mala suerte estén con ganas de hacerse realidad al nombrarlas.

En la calle del todo va bien, hay un portal con un número seis. Tras la puerta florecen vecinos en cuatro plantas con dos casas por altura. La matemática de la vivienda vertical asciende por una escalera que desde hace tiempo no se habla con el ascensor porque le quita clientes. El artefacto se sabe vencedor frecuente, ya que más de uno en el portal piensa que los escalones solo sirven para llegar a casa, pero pagando en

cansancio.

En el último piso se escucha mejor a los pájaros. Estos siguen a lo suyo haciendo puntería con la ayuda involuntaria de la inercia, el rozamiento del aire y la gravedad. A un lado queda una puerta de madera con una mirilla redonda que resulta sencilla de atravesar para curiosos sin problemas de espacio.

Una vez se atraviesa el cristal deformado surgen un recibidor, un salón y la puerta de una cocina mínima pero luminosa. Una casa de fotografía apetitosa para cualquier inmobiliaria hambrienta.

En el salón conviven una familia de sillas, una mesa y un sofá gris. Sobre la mesa, un centro de flores secas y un teléfono móvil boca abajo. En una de las paredes los reta un piano negro que ocupa un espacio que no le corresponde. Las teclas están protegidas por una tapa cerrada con llave desde hace ya tiempo. Sin duda demasiado piano para tan poco salón en una incongruencia hija de un múltiplo de siete notas.

Sobre el piano descansa un metrónomo de madera que guarda silencio para que podamos escuchar unos pasos. Estos llegan desde la cocina. Allí la puerta está abierta y un café humea sobre la encimera. Hay alguien en lo que parece una pequeña terraza. Una sombra que va y viene entre ropa colgada que termina por hacerse hombre de mediana edad. Se marcha por el pasillo hacia lo que podría ser su cuarto. Pelo castaño, barba de tres días, pantalones cortos con bolsillos y la mirada preocupada del que vive buscando.

En el cuarto donde está el hombre hay una cama con dos almohadas. También hay desorden y agitación en un solo lado de las sábanas. Paredes vacías y un par de mesillas. En una de ellas, los libros hacen cuenta pendiente y se amontonan conformando una peculiar columna dórica. Por un momento el tipo de la cocina parece sentir que no está solo, que alguien lo observa, pero entiende rápido que eso es imposible. Es creador

de una soledad meticulosa, llena de suturas, en la que nada o nadie puede acompañarlo.

El hombre, al que desde este momento llamaremos Ismael, regresa por el pasillo para visitar otra habitación. Esta parece un despacho. Una mesa, la pantalla de ordenador y más libros apilados en cuatro estanterías de color marrón. Algunas novelas, cómics y varias baldas completas que sostienen libros pesados de medicina que intentan explicar cómo funciona el cuerpo humano. También fotografías que muestran pequeños pedazos de Ismael. Dos de esas imágenes parecen contenerlo. El día de su graduación y la sonrisa de una mujer bella que no mira a cámara. Separa los labios, como si fuera a hablar, pero la irrupción de un sonido hace que deje la fotografía en su sitio. Abandona el despacho para dirigirse al salón.

Una vez allí, Ismael sostiene el teléfono que antes estaba sobre la mesa. Lo deja sonar sobre la palma de una de sus manos y siente vibrar en su piel distintos tipos de miedo.

En la pantalla aparece un número que Ismael reconoce. Esperaba esa llamada y no sabe si deslizar el dedo sobre el botón verde. Permite que los segundos le vayan sirviendo de excusa hasta que la música de piano que tiene por tono de llamada se detiene. Después se guarda el teléfono en un bolsillo y gira hacia la entrada de la casa. Allí, un armario pequeño sostiene varias llaves. Toma un par, abre la puerta y cierra de un portazo.

Y es así como en la calle del todo va bien aparece un tipo llamado Ismael.

Mediana edad, pelo castaño, barba de tres días y pantalones cortos con bolsillos.

Los pájaros se percatan de que es difícil apuntarle porque avanza deprisa. Hay algo peculiar en él. Estos animales, que lo han visto casi todo, saben que a veces las cosas se tuercen de forma imperceptible. Sin avisar. Dejando paso a cambios sutiles

que diseñan la incertidumbre y hacen que la rutina esté repleta de pequeñas grietas. Fisuras que no se notan hasta que se abren lentamente hacia un estallido.

En la calle del todo va bien, Ismael mira el reloj y busca una promesa por cumplir.

Camina despreocupado porque nadie sabe del terremoto hasta que empiezan a temblarle los pies.

Hace tiempo…

Hombre, mujer y niñas miraban por la ventana.

Fuera, un pueblo en ciernes y dentro, su nueva casa.

El hombre carpintero, de los que no descansan. Espalda dolorida, mañanas frías y manos rotas.

Abandonaba la casa temprano y regresaba cuando la noche ya pasaba lista a las estrellas. Su única licencia era visitar el bar de vez en cuando, brindar pidiendo un deseo y saludar hasta la próxima vez.

Un tipo al que miraban con respeto, de los que nunca dejaba a deber.

La mujer llevaba el hogar sobre sus hombros.

Trabajo sordo e invisible. Pagado con el respeto de un hombre que intentaba darle algo mejor a ella y a sus hijas. Disfrutaba de la cocina, donde era extremadamente hábil.

Las niñas eran el ruido y la promesa de una vida distinta.

Llenaban las cuatro paredes de sueños que quizá no llegarían a tocar. Se despertaban, desayunaban e iban a la escuela. Hacer los deberes y ayudar a su madre completaban esa rutina que llamamos infancia cuando ser adulto nos contamina.

Hombre, mujer y niñas miraban por la ventana.

Dentro esperaba la pesadilla.

Ismael piensa en el café que dejó en la cocina sin terminar. Estará frío y amargo, pero lo recuperará cuando vuelva a casa.

Trata de ignorar la ciudad que se despereza a su alrededor. Vive en un barrio con bulevares repletos de restaurantes, bares y pequeñas bodegas. La acera como un puzle de ocio en el que apenas va quedando espacio para el peatón. La libertad de aniquilar el tiempo libre entre copas y comidas.

Esquiva las mesas que se despliegan para completar las terrazas que hoy tendrán trabajo. Vaya bien o mal la tarde, tanto las alegrías como las penas se transitan mejor en compañía. Eso lo sabe el hombre a punto de jubilarse que grita mientras empuja dos sillas de aluminio. Eso lo va entendiendo el joven que recibe los gritos y que mira con sorpresa. Un recién llegado a la capital que hoy es camarero sin experiencia. Dispuesto a cobrar poco, trabajar mucho y, sobre todo, a no firmar un contrato. Un joven de los que no se quejan y al que se puede exprimir como una naranja que tiene zumo por delante. ¿Qué más da que al principio se derrame un poco? Un chaval al que se le puede gritar porque se conforma con empezar a reunir unos ahorros para ir a por la siguiente casilla. Pagar el alquiler, comer caliente y buscarse excusas para soñar hasta el siguiente sueño.

Ismael acelera mientras comprueba compulsivamente que la llave que necesitará en unos minutos está en uno de sus bolsillos. Siente un hormigueo en los dedos y el llavero se le escurre un par de veces antes de detenerse en un semáforo. Aprovecha para sacar una libreta del bolsillo del pantalón. Últimamente se le olvidan las cosas y apunta ahí lo importante

entre lo necesario. Le da miedo y vértigo extraviar recuerdos, y la libreta es como un arnés para que no se caiga. Pasa un par de páginas y se tranquiliza leyéndola. Después observa su muñeca y confirma que tiene tiempo suficiente si no hay imprevistos.

Con el aviso del semáforo en verde regresa a su paso apretado. No se percata de los carteles en los escaparates de los negocios ni de las banderas que cuelgan de casi todas las ventanas. Tampoco se detiene a hablar con la señora que trabaja en el quiosco de prensa cuando esta le envía un saludo. Responde con un automatismo. Después se mira la mano mientras percibe un pequeño tirón. No quiere darle importancia y camina vaciando su mente. Atraviesa el barrio sin levantar la mirada.

Una travesía mecánica, resultado de haberla repetido varias veces mentalmente durante los últimos meses. Vive en este momento desde hace tiempo, y se ha imaginado a sí mismo yendo una y otra vez en busca de un punto final que necesita y teme. Apenas es capaz de esquivar a un par de mujeres que hacen como que se escuchan la una a la otra mientras pasean el perro. Hablan a la vez, dejando escapar lo que no sale en casa. Después sortea como puede a un crío de tres años que sale corriendo mientras su padre resopla cansado porque apenas ha dormido. Terrores nocturnos en la madrugada y energía que no cesa cada mañana.

Ismael es quirúrgico, va dejando atrás calles de nombres rimbombantes hasta que llega ante un cartel rectangular que exhibe uno de esos apelativos. La señal es un resorte que le asesta una punzada en el estómago ante la certeza de que ya se encuentra cerca de su primer destino. Mira a un lado y a otro antes de cruzar un paso de cebra. Mientras lo atraviesa, su hombro se topa con el de un chaval que va en sentido contrario. Ismael murmura una disculpa al tiempo que el joven

se gira y lo mira irritado. Su enfado no se corresponde ni con el impacto ni con su edad. Como si fuera una olla que ha encontrado el modo de liberar presión. Lo acompaña una chica que se ríe y lo empuja mientras lo sujeta del brazo.

Ismael alcanza una puerta metálica incrustada en una pared pintada de un blanco que molesta a los ojos. El local se abre al pie de un edificio de apartamentos señoriales. Nombre ostentoso, letras azules y un negocio redondo para alguien que gana mucho dinero por alquilar un local heredado. Tira de la puerta con fuerza y hace mucho más ruido del que esperaba, como si estuviera rebobinando un portazo. Al oírlo, el señor que hay detrás de la mesa junto a la entrada se levanta sobresaltado.

El hombre tiene delante un ventilador que no permite verle la cara hasta que se encuentra prácticamente de pie. Cuando se incorpora aparecen primero un rostro redondo, después un bigote y, para finalizar, una camisa azul claro que pugna por no abrirse de la presión que soporta. Al tipo se le desparrama sobre el cinturón el sobrepeso logrado a fuerza de silla y comida basura. Encima de la mesa descansa una porra de plástico desgastado.

—Voy al trastero número veintitrés. —Ismael le muestra el llavero que manoseaba durante el paseo.

El hombre se incorpora hacia delante y tras observar a Ismael unos segundos se deja caer de nuevo en la silla. Después comienza a teclear en el ordenador. Se lo toma con calma. Sabe que hoy tendrá pocos clientes, y hay que darle la suficiente importancia a cada pulsación. Sus dedos orbitan suavemente alrededor de las teclas, como rapaces, y por fin caen rápidos sobre el teclado. El brillo del monitor blanquea su cara. Eso le da un aspecto extraño a su rostro, como si fuera un iluminado descubriendo un tesoro mientras desplaza el puntero del ratón.

—Por lo que puedo ver es usted Ismael —comenta hablando

para su cuello.

—Exacto.

—No consta el teléfono. ¿Está actualizada la dirección de su casa?

—Luego, al salir, arreglamos las dos cosas —miente Ismael.

—En la fotografía que tenemos en la base de datos parece más joven —comenta el vigilante mirando a Ismael a los ojos.

—Es que cuando me la hice era más joven que ahora. Las fotografías siempre son ayer —concluye sonriente.

—Muy buena la frase, pero no me haga pensar mucho, que es temprano. —El hombre se deja caer sobre el respaldo de la silla —. Venga, pase, don Ismael —dice con sorna el vigilante.

El tipo pulsa un botón rojo que tiene a su derecha. Unas puertas de cristal se deslizan y aparece un pasillo oscuro y largo que se ilumina paulatinamente con luces fluorescentes. Ismael se adentra en el corredor y avanza entre dos hileras de puertas metálicas con los números pintados en blanco.

Se siente como en el interior de un aparato digestivo de recuerdos. Tras cada número se abre un espacio alquilado para olvidar en diferido lo que ya no tiene cabida en las casas. En las estaciones de la existencia todo lo que hay dentro de cada trastero ya es invierno. En ese pasadizo descansan objetos que son basura en ciernes. Trastos que molestan, por su tamaño o significado, y que se prefieren lejos. Artefactos y enseres que se quieren perder de vista solo a medias, porque quizá algún día serán un tesoro que recupere su lugar. Libros que una vez fueron leídos, cuyas letras reposan a la espera de otros ojos. Bártulos cuyos propietarios no se atreven a tirar, porque hacerlo sería como destruirse un poco a ellos mismos.

Ismael llega a la puerta número veintitrés. Introduce la llave con un ligero temblor en las manos. Abre dejando que se escuche el lamento de unas bisagras que sin duda necesitan hacer gimnasia. Percibe el olor a cerrado y da un pequeño paso

antes de encender la luz.

Se encuentra en un espacio de no más de diez metros cuadrados. Con una bombilla en el centro del techo, pequeña y redonda. Rodeada por una fina red metálica que la protege de posibles golpes, un peligro que ahí dentro no existe. Las paredes están forradas con estanterías metálicas. Cada una de ellas repleta de formas diversas. Libros, cuadernos, cajas de cartón y paquetes de distinto tamaño envueltos en mantas o sábanas. Un caos que dormita, el museo de una familia que fue, pero de la que ya solo queda Ismael.

No tarda en adentrase en la pequeña cueva y se dirige hacia la estantería que tiene delante. En el centro, a la altura de sus ojos, distingue un objeto que atrae su atención.

Una caja de madera.

Tiene forma rectangular y apenas mide un palmo de alta. La tapa está discretamente labrada y está cerrada con un pequeño candado.

Ismael la observa un momento y se detiene a acariciarla. Cree escuchar una promesa pendiente, una voz que hace tiempo que no escucha, y eso le provoca un hormigueo. Después se gira y toma una bolsa de tela situada a sus pies. Tras introducir el pequeño cofre en su interior, de pronto, como si se le hubiera activado un resorte, apaga la luz y cierra la puerta sin echar la llave.

Le da igual lo que deja atrás.

Abandona el pasillo con paso veloz y seguro. Necesita salir de allí cuanto antes. Sostiene la bolsa con fuerza, para que no se le escape, y avanza sin despedirse. El vigilante levanta la vista y se queda mirando la pantalla con la fotografía del hombre que acaba de irse.

Ismael alcanza la calle, se detiene un instante y mira el reloj.

Piensa que todo va según lo previsto, sin percatarse de que un par de sombras están a punto de alcanzarlo.

Lo primero que llamó su atención fue comprobar que su marido comenzaba a llegar tarde del trabajo. No decía nada, no hablaba con nadie.

Se sentaba en el salón y se miraba las manos.

Temblando.

La mujer observaba tras una puerta mientras pensaba en el alcohol.

También en la carga de trabajo.

Tuvo miedo de hablarlo con él y se dejó llevar por la esperanza de que todo pasaría. Pero un vacío en el pecho le hizo saber que a su casa había llegado un depredador invisible para alimentarse de su felicidad.

Con el paso de los meses, al temblor de su mano se sumaron más signos dolorosos y extraños. Porque ese es el modo en que suele presentarse lo terrible. Poniéndose guapo poco a poco hasta llamar la atención y lograr que ya nadie pueda mirar a otro lado.

El hombre era incapaz de quedarse quieto.

Cuando estaba de pie tardaba unos minutos en coordinar sus pasos. Se sentía atrapado en un cuerpo que no entendía lo que estaba sucediendo. Una bruma terrible se cernía sobre él.

Un día, mientras el hombre estaba sentado en el sillón, con las manos agarrotadas hasta la sangre, apoyadas en las rodillas, ella abrió la puerta.

Dejó de estar al otro lado, ahora ambos se encontraban en el mismo precipicio.

Y la mujer le hizo una serie de preguntas cortas que la fueron llevando a otras más largas.

Su marido solo sabía mirarla a los ojos y guardar silencio.

Sin nada que decir y sin nada que oír, ambos se hicieron pequeños ante el mismo horror.

Y ambos tuvieron la convicción de que nada volvería a ser igual.

Comenzaron a visitar a diferentes curanderos. La falta de dinero y de formación los hizo presa de remedios inútiles que solo eran una pérdida tiempo.

El hombre siguió sintiendo que sus manos lo abandonaban paulatinamente, perdidas en una locura inconexa. Fue desatendiendo cada vez más su trabajo, hasta que se sintió inútil entre maderas y martillos.

Pasó del mucho al poco, y de ahí, lentamente, a la nada.

Por fin, tras incontables viajes en vano, oyeron hablar de un médico experto y anciano. En el mercado la madre escuchó que había tratado casos semejantes en otros hogares de la zona. Además, su consulta no quedaba muy lejos de donde vivían. Era alguien que se había hecho un nombre gracias al estudio de las enfermedades del cerebro y los nervios.

Era experto en temblores, cambios de humor, inquietud y torpeza.

El único capaz de librarlos de esa maldición que a veces habitaba en la sangre de algunas personas.

Unos minutos antes

—Venga, déjalo, ha sido sin querer —dice Julia.

—No me da la gana de dejarlo.

—Vamos, que hoy no tenemos que hacer ninguna entrega. No hay tareas, hoy podemos ir tranquilos —continúa Julia, ahora enfadada.

—Me da igual. Ese tío es un imbécil, y a los imbéciles hay que decirles que lo son —suelta él, volviendo sobre sus pasos.

—Madre mía, Julio. A veces te daría una colleja —masculla ella mientras lo sigue.

Los dos, unos críos que apenas llegan a la mayoría de edad, cruzan el paso de cebra sin mirar. Un par de coches se ven obligados a dar un frenazo.

El chaval, Julio, despliega amablemente su dedo corazón sin apartar la mirada del tipo que camina a unos metros de él, y al que quiere saludar de nuevo. Su botín. Porque en eso se ha convertido el desconocido que no ha pedido perdón por tener prisa. Julio tiene hoy la mecha muy corta, inexistente. Y dispone de todo el tiempo del mundo para encontrar el modo de hacerle una visita a su cartera o a su teléfono móvil.

—Vas demasiado rápido —protesta Julia tratando de seguirle el paso.

Los dos chavales se mantienen a una distancia prudencial del tipo al que están siguiendo.

—Mira, se ha metido ahí, donde los trasteros de alquiler. Otro que va a buscar un recuerdo para que le demos una segunda vida —dice Julio levantando una mano.

—Hoy no es necesario que lo hagamos, no es día de trabajo. Lo mismo ni podemos hacer la entrega —le replica Julia, enfadada.

—Lo esperamos, le hacemos la visita y después buscamos al viejo. El viejo solo tiene «días fotocopia», seguro que está en su sitio hasta la hora de siempre. Con suerte se lo entrega a Gordo y este se pone contento —sonríe—. Quizá así aligera un poco y los próximos días nos podemos tomar unas vacaciones o algo. Además, con lo que nos den a cambio de lo que le robemos a ese tío nos podremos dar un homenaje. Luego nos vamos a casa y estamos con mamá toda la tarde, te lo prometo. —La mira y le sonríe con los ojos.

—De acuerdo —dice Julia, que asiente para no dejar a su hermano solo.

Permanecen a la espera, apoyados en el capó de un coche aparcado. Ambos tienen un aspecto desgalichado y la piel pálida. Misma nariz, misma boca, mismos ojos y lunares.

—¡Mira! La puerta se acaba de abrir, ha tardado muy poco. —Julia se incorpora.

—Eso es porque tenía muy claro lo que buscaba —comenta Julio mientras comienza a caminar.

Los dos observan al hombre. Se percatan de que tiene un andar desgarbado, como si estuviera a punto de tropezarse constantemente. Eso incomoda a Julia. Le da pereza tener que robarle a alguien que se desordena con sus pasos. O resulta fácil o termina siendo extraño.

Los chavales coordinan su marcha y su silencio. Son dos sombras. Han hecho esto más veces en los últimos meses. Tienen controlados todos los depósitos de recuerdos del barrio. Es un trabajo que no esperaban, consecuencia de una condena que no creen merecer y que no pueden contar a nadie. Un secreto que los apesta solo a ellos. Por suerte, viven más o menos tranquilos, porque la mayoría de las veces nadie quiere

recuperar lo que ha dejado abandonado en los trasteros. Para sus propietarios estos objetos innecesarios casi siempre tienen un valor meramente sentimental. Y lo sentimental, cuando nos lo quitan, por mucho que se nos pongan los ojos vidriosos, se olvida mucho más rápido que lo material. Nos gusta presumir de sentimientos para tener la conciencia limpia, eso sí, pero otro gallo cantaría si los sentimientos ocuparan espacio.

Los dos críos se quedan a unos metros del hombre. Pueden ver sus pantalones cortos llenos de bolsillos y una bolsa que se balancea colgando del hombro. Julio sabe que esa bolsa no estaba ahí cuando chocaron en el paso de cebra. No hay que ser muy listo para concluir que lo que hay dentro es lo que ha salido de uno de los trasteros.

Julia y Julio se miran. Ella asiente con la cabeza y él da un pasito hacia un lado. Han decidido utilizar un método que no suele fallar con hombres de mediana edad: la bella que pregunta como si estuviera perdida y el tirón que no esperas. Así que ella camina hasta ponerse al lado de su presa y le da un ligero golpecito en el hombro.

—Perdone —dice Julia con una sonrisa.

El señor de los andares desordenados parece volver de lejos mientras se da la vuelta.

—¿Sí? —pregunta entre sorprendido y contrariado.

—Me he perdido un poco —dice Julia en voz baja, lo suficiente para que el tipo sepa que acaba de decir algo, pero no lo entienda.

—¿Cómo?

—Que me he perdido —repite mientras le hace un gesto con la mano para que se acerque.

—¿Que te has perdido? Perdona, pero…

En el momento en el que el señor del paso de cebra se acerca a Julia separa ligeramente el brazo derecho del torso. Eso permite a Julio lanzarse a por la bolsa que cuelga del hombro

del señor para hacerse con ella dando un pequeño tirón. Esta se desliza rápidamente por las diferentes articulaciones del brazo hasta rozar la yema de los dedos del que era su propietario. En el instante en que Julio sabe que la bolsa es suya comienza a correr hacia el final de la calle para desaparecer girando a la izquierda.

El hombre, sorprendido, se da la vuelta y solo puede ver desaparecer la espalda del ladrón. Cuando vuelve a girarse, todavía tratando de comprender qué está pasando, ve cómo se repite la misma secuencia, pero en sentido contrario. Esta vez es la chica la que se desvanece rápidamente.

Desconcertado, oye cómo se abre la puerta del local del que acaba de salir. El portazo rebobinado. De su interior emerge el vigilante de seguridad. Este se rasca la cabeza durante unos segundos antes de observar a la víctima, que aún no se ha movido.

—Me cago en la leche. Este mes es la tercera vez que pasa —dice encogiéndose de hombros—. Ojalá hubiera más vigilancia en el barrio, así se le quitan a uno las ganas de salir de casa. Avisaré a la policía, a ver qué pueden hacer, no se mueva —le indica, y vuelve a entrar en su local con gesto contrariado.

El vigilante cierra la puerta y regresa a su silla. Se alegra de que los problemas siempre estén más allá de sus dominios, al otro lado de la puerta. Él disimula estupendamente en su trabajo, y un robo de puertas adentro sería un marrón que no le apetece. Coge el teléfono y cierra los ojos para recordar el número que debe marcar. Mientras pulsa los botones del aparato echa un vistazo a la calle y descubre que no hay nadie. El tipo al que acaban de robar ha desaparecido. Escucha los tonos malhumorado. Sabe que, sin la víctima presente, todas las explicaciones se las van a pedir a él.

La oscuridad primero se abrió paso a través de un espacio pequeño, por los rincones.

Después, como una mancha de aceite, ganó terreno hasta que logró que no hubiera día sin sombras entre las paredes de su casa.

El hombre fue perdiendo paulatinamente la independencia.

Su mujer se percataba de que era cada vez menos la persona que había conocido. Envejecían a dos velocidades distintas, como en un cuento perverso.

Las niñas veían cómo su padre pasaba el tiempo anclado a una butaca que él mismo se había fabricado.

Pasaba horas mirando por la ventana.

Ojos vacíos y pupilas rotas y atrapadas en la gente que paseaba al otro lado.

En ocasiones el padre se levantaba febril y se dirigía al pequeño taller que tenía en casa.

Allí las niñas lo espiaban para ver cómo trabajaba con dificultad en lo que parecía un pequeño baúl. Durante segundos, minutos, horas, sus manos recuperaban cierta precisión. Era como si en ocasiones su padre disfrutase de una tregua en la batalla que lo estaba erosionando por momentos. Después caía agotado.

Finalmente lograron concertar una cita con aquel médico de gran fama.

Su consulta estaba situada en la primera planta de un edificio recién construido. En el centro de un pueblo donde florecían calles, tiendas y edificios de ladrillo.

Llamaron a la puerta y se sentaron en una sala de espera.

Allí había varias personas, todas ellas con el rostro apuntando al suelo. Procuraban ocultar sus temblores, sus miradas torcidas o sus

miembros flácidos a los ojos de los demás pacientes.

Al oír el nombre del marido se levantaron y se dirigieron, no sin cierta dificultad, al despacho del doctor.

En cuanto entraron y tomaron asiento, el médico los observó y comenzó a hacerles preguntas. De manera inexplicable el galeno describió con exactitud la evolución de lo que habían vivido a lo largo de los últimos meses. Un cuento de terror lleno de señales y síntomas que había irrumpido en sus vidas sin pedir permiso.

El médico le ordenó al hombre que se quitara la ropa y lo exploró utilizando unos extraños instrumentos. Algunos estaban fríos, otros calientes, y otros servían únicamente para golpear rebordes óseos. Los tendones vibraban con cada impacto, como si fueran instrumentos de cuerda. También le pidió que se quedara quieto, que cerrara los ojos o que intentara tocarse la punta de la nariz con los dedos.

La mujer observaba a su marido y veía en él a un ser extraño y débil. Comprendió la magnitud de lo que padecía. Cerró los ojos y ahogó el llanto.

El hombre al que ella amaba fue incapaz de hacer lo que le ordenó el doctor.

Era una orquesta sin música ante un director exigente que no cesaba de encontrar fallos.

Cuando terminó la exploración, la pluma del médico caminó despacio por un viejo cuaderno.

Registró las observaciones, anotó las incongruencias y destacó los datos de interés. Al finalizar, el doctor levantó la cabeza y observó a la pareja.

Marido y mujer se dieron la mano.

Los dos estaban temblando.

Es difícil correr.

Requiere de la sincronización milimétrica de muchos músculos e ideas combinados con infinitas variables provocadas por cada impacto de los pies en el suelo.

Decides hacia dónde quieres ir y cómo quieres hacerlo. En tu cabeza solo aparece un «hacia allá» y un «rápido». O como mínimo un «más rápido» que cuando vas caminando.

Pero no caes en la complejidad que existe tras esa decisión. En cómo cada fibra muscular escucha atentamente las órdenes nerviosas. Neurotransmisores que componen una sinfonía que suena en forma de contracción y relajación. Sin que te des cuenta y sin que ello le añada más cansancio al cansancio.

Desde fuera solo verán a alguien lanzando los pies hacia delante.

Pero desde dentro mejor no pensarlo, porque si lo haces quizá se rompa ese caos que escapa a tu control y termines cortocircuitando.

Es como respirar o parpadear: si te pones a pensarlo, no lo haces. O si lo haces, resulta todo mucho más torpe y mecánico. Y entonces te entra el temor de no volver a ser capaz de repetirlo sin pensar.

Por eso correr es difícil.

Porque en realidad somos seres torpes que disimulan sin ser conscientes de ello.

Y ahora es Ismael quien está corriendo.

Apenas le da tiempo a ver cómo los dos chavales se meten en el metro. Ismael ha girado la esquina en el momento exacto en que ambos desaparecían engullidos por las escaleras mecánicas.

Así que aprieta un poco el paso y cae en el túnel que se abre ante sus ojos.

Los chavales se han confiado, no contaban con que Ismael tuviera dos piernas dispuestas a apresurarse. Los ve hablar en la distancia mientras piensa qué hacer. Tiene ganas de gritarles, pero sabe que si lo hace saldrán de nuevo corriendo y a sus articulaciones no les queda más crédito para continuar la partida. Así que se detiene, toma aire y se deja llevar. Suavemente, se convierte en un pasajero tras dos fugitivos que lo ignoran; vuelve a mirar el reloj y se lleva una mano a la cabeza.

Observa cómo los dos chavales se cuelan en el transporte saltando por encima del torno. Él usa su bono, ese que le hace ahorrar en gasolina lo que no gana en su trabajo. Sigue tras los críos, procurando pasar desapercibido. No esperaba jugar al escondite un día como hoy.

La estación de metro no es muy grande. Ha tenido suerte, pues solo pasa una línea. No hay transbordos ni túneles que se entrecrucen. Ismael sabe que algunas estaciones de metro de Madrid son un pueblo hecho un nudo dentro de la ciudad.

Los críos giran a la derecha. Los pierde de vista un momento, hasta que alcanza un túnel desde donde bajan unas escaleras. A Ismael le sorprende la tranquilidad con que se han recuperado los dos chavales después del robo. Como si fueran mecánicos de un taller de lo que está fuera de la ley. Se asombra de lo poco que parece preocuparles mancharse las manos.

Un pequeño cartel luminoso indica que se acerca el tren. La gente se pone de pie para aproximarse lentamente a la línea amarilla que delimita el peligro. A unos metros de donde están, una madre le señala a su hijo la barrera invisible. Sienten vibrar el convoy cuando entra en la estación. El animal metálico empuja el aire de los túneles y genera un torbellino que incomoda al peluquín de un tipo muy bien vestido, no sin

antes juguetear con la falda de una mujer que se ha puesto guapa porque tienen una cita por primera vez en mucho tiempo.

Cuando las puertas del suburbano se abren, Ismael se asegura de no perder de vista a los ladrones. Se propone quedarse en el mismo vagón que ellos. Donde pueda verlos sin ser visto. Al entrar, un tipo mayor lo empuja sin miramientos. Pelo canoso, maleta y barba descuidada. Su ropa huele a tiempos mejores y resulta inadecuada para un día de verano. Se aleja de Ismael y se sitúa junto a los dos chavales, que lo observan con curiosidad. Después el hombre se da la vuelta y sale del vagón. Ismael da un paso atrás pensando que quizá esté desorientado. Aleja ese pensamiento de su mente al percatarse de que su actitud con el extraño puede que haya llamado la atención. Es posible que al entretenerse con el desconocido los dos críos se hayan dado cuenta de que está en el vagón. Por eso baja la cabeza rápidamente mientras suena el ruido de las puertas cerrándose. Cuando escucha el silbido que indica que ya no hay forma de salir alza lentamente el rostro. Se refugia tras la espalda de un tipo que lleva puesta una camiseta de tirantes. Mira disimuladamente a los críos. Están sentados, uno frente al otro. Se hacen muecas y se sonríen, ignorando la incomodidad que provocan a quienes están a su lado.

Ismael observa otra vez el reloj. Quizá tenía que haber gritado que le habían robado. Con suerte alguien en la estación le habría echado una mano. O quizá alguna de los cientos de cámaras de seguridad habrían alertado a un guardia. Cuando uno no sabe hacia dónde va, se desespera, pero si además sabe que se está alejando en el tiempo y el espacio de donde debería estar, esa desesperación se hace notar con mayor contundencia. E Ismael escucha una tormenta de improperios mentales en cada una de las paradas que lo aleja de su destino inicial.

Los chavales parecen tranquilos y el vagón en el que se

encuentran se va llenando paulatinamente de gente joven con mochilas y camisetas rojas. Se le hace difícil seguirlos con la mirada y teme que se le escapen. Las puertas del vagón pitan al abrirse y cerrarse en una sucesión constante e incontrolable. Una y otra vez, mientras él continúa atravesando las entrañas de la ciudad para alejarse hacia no sabe dónde. Hasta que en un momento dado los dos chavales se ponen de pie. Coincidiendo con el grito y la sonrisa generalizada de varios grupos de adolescentes.

El vagón vomita juventud sobre la estación. Ismael se siente arrastrado mientras ve cómo sus ladrones embocan la salida. Ante ellos se llena todo de luz, e Ismael acelera el paso para no perderlos de vista.

Cuando alcanza la superficie se encuentra bajo el soportal de una estación de metro que da a una amplia plaza. Rodeado de gente que habla demasiado alto y que avanza a su izquierda. A unos metros logra ver a sus chicos, ellos también caminan hacia donde parece dirigirse la muchedumbre que ha salido de la estación. Un enjambre de personas sincronizadas que se comportan como un fluido.

Ismael comienza a caminar, mira por encima de la gente para ver si con algo de suerte hay algún policía que pueda echarle una mano. Mientras busca entre la multitud se percata de dónde está, y oye gritar sobre su cabeza a un grupo de personas que dan vueltas suspendidas en el aire.

Entendieron que no debían perder el tiempo porque no se puede perder aquello que ya se les está escapando de entre los dedos.

El doctor había sido conciso, justo y sincero.

No había cura, ni en el presente ni en el futuro.

Tan solo cabía hallar el modo de vivir con aquel dolor que iba a erosionar sus vidas, propinándoles pequeños e incansables mordiscos.

En la mujer resonó la maldición que tanto temía.

Su marido prefirió no ponerle nombre. Se limitó a esperar a que el doctor pronunciara aquellas palabras, porque a él ya se las había dicho antes su cuerpo.

Con cada función perdida.

Con cada temblor.

Con cada movimiento olvidado.

Por eso, tras salir de la clínica, se impuso una última labor, un trabajo final.

Una obra que debía ser un refugio para que su familia hiciera frente a lo que habría de venir después.

Y es por eso por lo que las niñas siguieron viendo a su padre en el pequeño taller de su casa.

Ellas, pequeñas y silenciosas; él, cada vez más lento, impreciso, febril y lejano.

El padre hizo de sus días horas de sillón y taller.

Buscó refugio en el serrín y en unas manos cada vez más delgadas y temblorosas. Cada vez tenía menos tiempo para trabajar, y cada vez más se abría ante él una eternidad elástica para odiar lo que veía desde la ventana.

El día a día fue atrapando a la familia como un rumor

insoportable.

Y aquella pendiente no cesó hasta que, una mañana, todos se quedaron en silencio cuando apareció una caja de madera sobre el sillón vacío.

La madera estaba cuidadosamente tallada, con los laterales labrados.

Con un candado de metal del que pendía una llave engarzada en un colgante de tela.

La tapa tenía un marco compuesto por dos pequeñas serpientes entrelazadas.

Y al lado había un papel en el que podían leerse unas palabras.

«Para volver cuando se acaba».

El tipo de seguridad repiquetea los dedos de forma nerviosa contra la mesa. Ha colgado el teléfono hace unos minutos y comienza a arrepentirse de la llamada. Podía haberse callado. Al fin y al cabo, la víctima del robo se ha marchado sin decir nada. Puede que no tuviera intención de denunciar, suele suceder cuando te roban algo que no quieres y lo has dejado abandonado en un trastero. Pero el tipo de seguridad sabe que delante de él, en una de las esquinas de la puerta y mirando a la calle hay una cámara de seguridad. De las que lo graba todo y no miente. De las que su jefe mirará en cuanto llegue al día siguiente. También sabe que tiene un peso en el pecho. Su madre se lo puso cuando con diez años le dijo que ahí dormía la conciencia. Aquel fue el robo de cien pesetas con más consecuencias de la historia. Desde lo del monedero de su madre en la niñez sigue pagando intereses ya siendo adulto. Siente que siempre lo están mirando por si no hace lo que es debido. Por eso su conciencia se deja oír a pesar de estar enterrada bajo una camisa blanca, la piel y unos cuantos centímetros de grasa. A su madre, que también la tiene enterrada pero de otro modo, la escucha como si la tuviera al lado. Es por eso por lo que no se da cuenta de que en la calle se acaba de parar un coche en doble fila. Un hombre y una mujer salen del vehículo a la vez que miran a un lado y al otro. La mujer abre la puerta del local.

—Buenas tardes, soy la inspectora Storch. ¿Ha llamado usted a la policía? —pregunta la mujer mientras le enseña una placa.

El guardia de seguridad se pone de pie, sorprendido porque han tardado menos de lo habitual. Tiene delante a una mujer

de pelo rizado, ojos verdes, camisa blanca y chaqueta azul. Ella lo mira fijamente.

—Sí, he sido yo, agente Estroch.

—No se dice así —suelta un hombre de mediana edad que entra también en el local—. Se dice «Stoigg», agente «Stoigg». Es cigüeña en alemán y se escribe con ese líquida. —Sonríe a su compañera—. Que yo no tengo ni idea de qué es eso, también se lo digo, pero a ella le hace feliz dejarlo muy claro siempre que puede.

—Cállate, Alfredo —lo interrumpe la inspectora.

—Lo que digas, jefa —comenta haciendo un gesto de saludo militar con la mano derecha.

—Este es el agente Alfredo Laínz. Venimos porque han avisado de un robo.

—Sí, ha sido aquí hace unos minutos. —El guardia de seguridad rodea la mesa tratando con cierta torpeza de no darse un golpe.

—¿El robo se ha producido dentro del local? —pregunta la inspectora extrañada al ver todo ordenado.

—No, no. Si hubiera sido dentro no habríamos tenido robo, inspectora —afirma con una sonrisa el vigilante—. Ha sido en la calle. Un hombre ha recogido una cosa y al salir dos chavales se le han echado encima. Muy rápido.

Los agentes se miran. Ella da un paso adelante. Tras escuchar las explicaciones del encargado de la seguridad asume que van a necesitar más tiempo del que pensaban para averiguar qué ha ocurrido. Alfredo retira con cara de enfado y gesto teatral una de las sillas que hay junto a la mesa.

—Como se complique la cosa me quedo sin ver el partido —refunfuña mientras se sienta.

—Alfredo, no me seas… —dice la inspectora sonriendo.

—Ya me dirás —advierte Alfredo mirando al vigilante—. A ver, ¿dónde está la víctima del robo?

—No lo sé —responde el guarda encogiéndose de hombros.

Los dos policías se miran sorprendidos.

—¿Cómo que no lo sabe? —dice Alfredo.

—Se ha ido tras los ladrones.

—Madre mía. —Alfredo se golpea en la frente—. La gente se hincha a ver películas y mira lo que pasa —masculla desde la silla—. ¿Me dice usted que el hombre al que han robado ha salido corriendo detrás de los ladrones?

—Eso es.

—Ya ves, María, me voy a quedar sin el partido porque un cualquiera se ha venido arriba, como Bruce Willis en *La jungla de cristal*.

María Storch, inspectora de policía, retira la silla que tiene delante y se sienta al lado de su compañero. Con un gesto le pide al vigilante que la acompañe. Cuando están todos a la misma altura ella resopla y piensa. Cierra los ojos y se pregunta cómo enfocará el caso. Lleva mucho tiempo trabajando con Alfredo. Desde que salieron de la academia están juntos. Ella, de Madrid, del centro y centrípeta. Él, de Bilbao, de todas partes y del mejor sitio, como le gusta decir. María sabe que Alfredo es un buen tipo y mejor policía. Cabezón y pesado a veces, pero sabe que lleva razón. Les va a llevar tiempo. No pueden tomarse el caso a la ligera. La duración del castigo que les han impuesto por no seguir el protocolo de seguridad en un atraco con rehenes podría verse reducida si hacen bien las cosas. Les han asignado el distrito, y resolver este caso puede ser una oportunidad para abandonar los paseos y las calles antes del plazo previsto. Saben que ha habido varios robos en trasteros de alquiler, que se están repitiendo los delitos relacionados con objetos antiguos de esos que aparentemente ya nadie quiere. Además, para hacerlo más complicado, la llamada de hoy no solo les obliga a averiguar qué es lo que se ha robado. También tienen a alguien por ahí —el amigo Bruce

— yendo tras dos ladrones que quizá sean peligrosos. Y el mundo real no entiende de héroes ni gestiona de forma adecuada los rescates. Perder es más frecuente de lo que la gente cree cuando la sangre y las explosiones no son efectos especiales.

—Vale —dice María llevándose una mano a la frente—. ¿Cómo se llama usted?

—Paco, me puede llamar Paco.

—Bien, Paco, he visto que tiene cámaras de seguridad en el local.

—Sí, hay bastantes. Algunas son de mentira, para meter miedo, ya sabe, pero las de las zonas más importantes funcionan.

—Cámaras homeopáticas, la cosa no deja de mejorar —murmura Alfredo.

—Muy bien —prosigue María, ignorando a su compañero—. Lo primero que va a hacer es cerrar el local mientras estamos dentro. Lo segundo es enseñarnos las grabaciones.

—Pero para eso necesita una orden judicial, ¿no?

—Sí —dice María con la expresión seria.

—Entonces no puedo enseñárselas, tengo que consultarle a mi jefe.

—¿A usted le gusta el fútbol? —pregunta María.

—Bastante —responde extrañado el vigilante.

—Lógico —dice Alfredo.

—Tú calla —replica María poniendo una mano sobre el brazo de Alfredo—. Pues como a usted le gusta el fútbol y hoy España se juega un mundial o algo así, nos viene mejor hacer primero lo posible y luego lo perfecto.

Alfredo se sorprende al escuchar a su compañera.

—Usted nos deja ver las grabaciones y luego le envío la orden. Así ganamos todos.

—Y a ver si con suerte termina ganando también España —

añade Alfredo con un gesto de suficiencia.

—Ya vale —se enfada María.

—Lo siento.

Paco se levanta y cierra el local. Después les hace un gesto para que lo acompañen tras una puerta blanca donde hay cuatro monitores distribuidos formando una línea horizontal. Cada pantalla devuelve una imagen distinta. Pueden ver la entrada, la mesa de Paco y el pasillo hacia cada una de las puertas. Una vez están delante de las pantallas, el guardia de seguridad coge un teclado y comienza a pulsar. Las imágenes se congelan y después comienzan a retroceder. A Paco no le cuesta mucho encontrar lo que busca. El único cliente del día es el que ha sufrido el robo. Antes de pulsar el botón que pone en marcha la grabación se le pasa por la cabeza que como campaña publicitaria no tendría precio.

Observan cómo un hombre al que no se le ve el rostro entra en el local, habla unos instantes con Paco y después avanza por el pasillo. Desaparece, se enciende una luz, reaparece y se apaga una luz. A continuación, camina de nuevo hacia la mesa del vigilante y abandona rápidamente el local. En la calle hay más luz, la cámara, a pesar de no ser de buena calidad, muestra al cliente caminando con una bolsa colgada del hombro. Desaparece de la pantalla y unos segundos más tarde un chaval cruza la imagen a toda velocidad.

—Ese es uno de los ladrones —dice el vigilante señalando la pantalla.

Después se ve a Paco saliendo a la calle y dirigiéndose a alguien que está a su izquierda. Esta vez la víctima avanza de frente hacia la cámara y aparece su rostro pixelado.

—Ese el hombre al que han robado —concluye Paco—. Ahora sale corriendo y gira en la esquina. Después de llamarlos a ustedes una vecina cotilla que pasaba por aquí me ha dicho que los tres se han metido en el metro.

—Perfecto —dice Alfredo—. No se le ve la cara, así que nos tendremos que conformar con esto y con su declaración para intentar identificarle. Una pena tener que dejar el caso aquí.

—Que no se le vea la cara no es problema, acompáñenme —responde Paco antes de abandonar el cuarto con los monitores y dirigirse hacia su ordenador. Comienza a teclear de nuevo—. Mire, aquí lo tiene —dice mientras gira el monitor—. La pena es que no tenemos el teléfono ni la dirección, que no sé si está actualizada. Lo de tener a todos los clientes fichados es una trabajera, pero a veces resulta útil para cosas como esta.

Los dos agentes se acercan al monitor y ven el rostro y los datos de la víctima. Alfredo siente que acaba de esfumarse la posibilidad de dar por concluido el atestado en menos de una hora.

María da un paso atrás y abre la puerta del local. Sale pensativa hacia la calle. No dice nada. Alfredo, que ya ha observado otras veces ese comportamiento en su colega, comienza a tomarle declaración a Paco. Cuando termina le da una tarjeta con su teléfono y la dirección de su comisaría.

—Deberá llamar aquí si no recibe la orden para visionar las grabaciones —dice Alfredo mientras se levanta y aproxima la silla a la mesa—. Ahora cierre el negocio y disfrute del partido.

Paco despide al policía y pasa el cerrojo del local por dentro. Después se sienta y piensa que quizá sea buena idea lo de dar el trabajo del día por terminado. Busca la opinión de su conciencia y descubre que esta no le dice nada desde el centro de su pecho. Tanto ella como, por extensión, su madre, parecen estar de acuerdo con la idea.

La madre gritó el nombre de su marido.

Salió a la calle haciendo que los vecinos se acercaran a su puerta.

No tardó en llegar la policía. Tras hacerse una idea de lo que ocurría avisaron para que trajesen varios perros que olfatearon detenidamente la ropa del desaparecido.

Batieron el pueblo hasta la caída del sol.

Cuando ya no pudo más del agotamiento, la mujer regresó a casa.

Sus hijas temblaban acurrucadas en el sillón, con la caja sobre sus rodillas.

Las tres se abrazaron.

Avanzaron hacia la noche, negándose la posibilidad de cerrar los ojos.

Al amanecer, unos golpes en la puerta las sobresaltaron.

Las niñas corrieron a abrir y encontraron a dos agentes esperando fuera.

Silencio y vacío.

Las niñas comenzaron a llorar mientras su madre cogía la caja.

Después se arrodilló.

Hacía mucho frío en ellas.

Ismael hace tiempo que no sonríe.

No sabe, no puede y no quiere.

No recuerda en qué orden se instaló ese no saber, no poder y no querer en su manera de abordar la vida. Puede que todo se derive de quién es él en realidad, o tal vez sea una consecuencia de lo que vive en su trabajo en el hospital.

La risa es una suma en la que Ismael no encuentra nada al otro lado del igual. Considera la risa un disfraz maquiavélico, la herramienta que se nos ha entregado para engañarnos entre decepciones. Se escapa sola, incontrolable, y necesita de muy poco para ganar terreno. Pero si se la analiza, si se le piden explicaciones cuando está bien sujeta, termina por mostrarse inútil y vacía. Reímos por y para los demás. En muy pocas ocasiones reímos para y por nosotros. ¿Qué motivo hay entonces para dejar que lo inútil fluya?

Ismael ha decidido que la felicidad es una brisa que no le toca. Se ha puesto cicatriz entre las cicatrices. Se siente un cuerpo extraño entre personas que disfrutan porque no son él, porque no parecen sentir que casi nada vale mínimamente la pena.

Por eso le llama tanto la atención que a su alrededor haya tantas carcajadas.

Por eso teme y siente un ligero asco por el lugar al que está a punto de entrar.

Paga la entrada al parque de atracciones sin fijarse en cuánto cuesta ni devolverle la mirada a la chica de la taquilla. Ella está ahí, peleando contra el calor en un minúsculo habitáculo gracias al aliento de un ventilador que gira a un lado y a otro.

Encerrada tras un cristal y con dos botellas de agua muy frías a sus pies. La chica le acerca el datáfono, gira la cabeza cuando Ismael pone su número secreto para pagar con la tarjeta y le entrega un papel.

—Aquí tiene su entrada —dice la chica observando al hombre que mira con curiosidad hacia el interior del parque—. Páseselo bien... señor misterioso —musita mientras ve cómo se acerca el siguiente de la fila.

Ismael guarda el tíquet en uno de sus bolsillos a la par que mantiene los ojos clavados en los dos chavales que le han robado. Observa que ya están dentro del parque, caminando a unos metros de él. Guarda la entrada y se dirige hacia ellos.

Dejan la zona infantil a su izquierda. Ismael se detiene a mirar un instante. Y observa cómo los más pequeños sufren porque no entienden qué ha inducido a sus padres a subirlos en unos aparatos y unos vehículos que les provocan sensaciones que no esperan y no saben interpretar. Le divierte pensar que quizá sea una venganza inconsciente por las horas de sueño robadas o el tiempo libre que les arrebatan desde que entran en sus vidas. Se valen de la palabra diversión para disfrazar un modo sutil de hacérselo pasar mal. También se detiene a observar a los padres y madres que hacen cola, dispuestos a subirse a unas atracciones de las que no van a disfrutar. Son mentiras piadosas hacia dentro y hacia fuera que proporcionan tranquilidad a los pequeños y se pagan en forma de gritos, sonrisas y llantos que surgen de forma aleatoria, imposible de anticipar. Ismael se gira y continua detrás de sus ladrones. Lo envuelve una manada de adolescentes que se distribuyen trazando diversos caminos invisibles hacia las diferentes zonas temáticas del parque. Padres y adolescentes se ignoran unos a otros, e Ismael se divierte pensando que los primeros son el reverso futuro de los segundos. Mientras los adultos echan de menos lo que fueron, los segundos no saben que algún día se

acordarán de lo bello, simple y liberador que es ir a cualquier sitio porque uno quiere y no porque simplemente es lo que toca.

Ismael acelera el paso hasta quedar apenas a unos metros de los chavales que persigue. Los ve sonreír, asentir y señalar. Parece que estén elaborando una hoja de ruta para el día que tienen por delante.

—A esta montaña rusa vamos antes de comer, y a las de agua podemos ir después —dice en voz alta el chico, acompañando sus palabras con un par de saltitos, como si quisiera dejar claro que está contento.

—No podemos entretenernos mucho, ya lo sabes —dice ella.

—Claro.

Ismael no puede escuchar toda la conversación. Pero sí es capaz de percibir la complicidad que existe entre ellos. Una complicidad que él no ha tenido nunca con nadie. Ismael es propietario de una parcela invisible que ni se crea ni se destruye, tan solo se oculta. Mientras los acecha, como una sombra patosa que va copiando todos los clichés de persecuciones que ha visto en las películas, se pregunta si serán novios, amigos o hermanos. Se pregunta qué los habrá llevado hasta allí una mañana de julio. ¿Por qué le han robado? ¿Qué motivación pueden tener dos críos que ríen así para querer robar a nadie? Ismael alimenta su persecución con preguntas retóricas. Como si fuera un vehículo cuya gasolina es todo aquello que no se atreve a responder.

Y por eso no se percata de aquella máquina terrible que al rotar sobre su eje hace que un montón de gente gire a varios metros de altura montada en unos columpios. Tampoco puede ver al señor cuyas gafas de pasta salen despedidas sin que pueda hacer nada por evitarlo. Ni a su mujer riéndose muy alto al ver lo que ocurre y saber que podía haberlo evitado.

Y por eso no ve una lancha que cae deslizándose por una

rampa hacia un puente enorme encima del cual gritan unas personas. Son niños empapados y felices que se giran para mirar a sus padres, que aún tienen el corazón en la boca.

Y así deja atrás un edificio donde los que esperan para entrar se cogen de la mano porque saben que ahí dentro van a gritar sin excusas. Ignorando que al otro lado de la puerta hay un chaval de veinte años disfrazado de vampiro al que acaba de abandonar su novia. No puede dejar de llorar, y el maquillaje le cae por las mejillas, dándole un aspecto siniestro, ideal para el papel que ha de interpretar.

Ismael no deja de hacerse preguntas mientras sigue de cerca a los dos chavales. A su alrededor todo son caras de ilusión, amistades recién forjadas, niños que no pueden contener los nervios mientras crispan los de sus padres, y adolescentes que habitan un primer amor de verano.

Ismael, envuelto en una tormenta de gente que lo ignora, por poco no se percata de que sus ladrones giran a la derecha para acceder a la zona de espera de una atracción. Una fila delimitada por vallas de madera zigzaguea hasta la entrada a una cueva falsa y oscura. Por suerte no hay apenas cola, y eso le permite quedarse a una distancia de unas doce personas de donde están ellos. Observa el lugar en el que se encuentra y distingue unos barriles suspendidos de un raíl que se deslizan hasta un orificio en la pared. En el interior de cada barril, dos filas de asientos, cuatro personas como máximo por recipiente. Hay un par de trabajadores vestidos de azul que se encargan de asegurar tanto la salida como la entrada. Una vez completo el barril, este se cierra y se deja llevar hacia el túnel, donde se escuchan gritos y se atisban algunos fogonazos.

Ismael sabe que si la pareja de chavales entra ahí, los perderá de vista momentáneamente, pero no podrán ir a ningún sitio. Con esperarlos a la salida será suficiente. De cuatro en cuatro la espera discurre con rapidez. Ahí no se le podrán escapar salvo

que salten por encima de las vallas. Esa posibilidad le preocupa y no se atreve a descartarla por completo, cuando escucha que alguien grita a unos metros:

—¿Alguien que vaya solo? —dice un chico vestido de azul.

El operario encargado de cerrar el barril agita la mano. Ismael está a punto de dirigirse hacia la salida cuando se percata de que el pasaje incompleto está compuesto por las dos personas que más le importan en ese momento. De forma irreflexiva, que es como se cometen los buenos errores, levanta la mano, baja la cabeza y se aproxima hasta el trabajador. Sus compañeros de viaje hablan en voz baja, de espaldas a él, sin percatarse de quién está sentado detrás.

El barril se cierra y con un ligero empujón que los hace tambalearse comienza su ruta. Ahora Ismael tiene a los dos chavales a unos centímetros. Los observa durante unos segundos y repara en su gran parecido. Son dos formas idénticas, para sacarlo aún más de quicio. Pero debe ser paciente. Comienza a preguntarse cómo debe actuar. Si antes era un espía de película ahora debe decidir cuál es el mejor modo de quitarse el disfraz. Así, cuando están a punto de entrar en la oscuridad del túnel, Ismael levanta ambas manos y las sitúa sobre sus hombros.

—¿Dónde está lo que me habéis robado? —dice Ismael, sintiéndose como un estúpido que no sabe lo que hace y al mismo tiempo como un psicópata que todo lo planea.

Tras la muerte del padre cerraron el taller, y, con él, todas las promesas.

También las carcajadas, la felicidad y las ganas de futuro.

No tenían de qué vivir, y la madre descubrió entre los puestos del mercado que la gente del pueblo ya había emitido un veredicto silencioso.

Los prejuicios y las mentiras se encargaron paulatinamente de dejarlas solas.

Entonces Sara, la madre, decidió que debían marcharse.

Cerró la puerta sin llave, ya lo había perdido todo.

Tres pasajes para un barco fueron su última compra en el Nuevo Mundo.

Sara era emigrante.

Abandonó su país, España, cuando el siglo consumía los primeros años.

Partió con una maleta, una dirección a la que acudir y un folio lleno de palabras en inglés escritas por su padre.

La tinta de aquel papel era negra, y contenía varias lágrimas derramadas.

Gracias a un amigo de la familia encontró trabajo ayudando en la casa de gente adinerada. El idioma no fue una barrera para limpiar, coser, reparar y cargar.

Allí, mientras ayudaba a instalar un armario de madera encargado a un carpintero de la zona, conoció a su marido.

Se enamoraron sin necesidad de palabras.

Silencio, paseos y abrazos.

Ella informó por carta de su futuro matrimonio y él se mostró impaciente por formar una familia.

El hombre heredó herramientas y clientes familiares. Su marido, buen carpintero, continuó con la tradición de hacer para los demás lo que soñaban con tener algún día para ellos.

Nacieron dos niñas.

Sara aprendió inglés despacio. No fue capaz de entender todo lo que le decían hasta que sus hijas tuvieron la edad suficiente para ser sus profesoras y prestarle sus libros de la escuela.

Pero esa vida se rompió con una maldición y un sillón vacío.

Solo les quedaron las olas y el frío.

En el barco Sara observaba a sus hijas corretear por la cubierta, enfrentándose a un horizonte oscuro y sinuoso.

Viajaban en la cubierta inferior.

Sus camarotes estaban repletos y las noches se alimentaban de los gritos, vómitos y borracheras de una multitud en tránsito, al igual que ellas.

Una travesía de cuatro maletas.

Tres llenas de ropa y la cuarta, la más importante, casi vacía.

Esta última era la más pequeña pero la que más necesitaban. Intentaban que pasara desapercibida. En su interior guardaban recuerdos y objetos hechos por su marido.

Tesoros de un hombre bueno.

Si cerraba los ojos, Sara podía recordarlo tallando la madera, las virutas que saltaban haciendo piruetas golpeándole el rostro.

Esa era la única maleta que no podía extraviar.

Su refugio por si llegaba la tormenta.

El barril se mueve despacio. Entre ellos queda el silencio y la luz de la linterna del móvil de Ismael. No sabe por qué la ha encendido. Ilumina su rostro desde abajo y le da un aspecto siniestro que le hace sentir incómodo. Al tiempo compite con las bombillas estroboscópicas que ora le ponen la cara azul a Julia, ora a Julio. Una intermitencia de gestos que van del uno al otro como en un partido de tenis entre rostros coloreados que no entienden qué ocurre.

Los viejos muñecos de la falsa cueva los amenazan con movimientos lentos y desacompasados. Su perpetua y absurda vida mecánica les imprime un aire más siniestro si cabe. Los dos ladrones, sorprendidos, no son capaces de articular palabra. Es la primera vez que les ocurre algo así. Nunca los había seguido nadie. El barril oscila ligeramente y parece gruñir. Ismael se acerca a ambos hasta encajar su rostro entre los de ellos.

—No os voy a hacer nada, tranquilos, de verdad —dice Ismael percatándose de que sus palabras transmiten de todo menos tranquilidad.

Ismael intenta elegir con cuidado lo que ha de decir. Sabe que dispone de poco tiempo para convencerlos de que le devuelvan lo que le han robado. Se imagina como el policía bueno de un interrogatorio absurdo en el interior de un barril colgante que chirría.

—Me habéis robado —comienza—. No me interesa el motivo por el cual habéis decidido robarme. Me da igual. Solo quiero recuperar la bolsa que os habéis llevado. Con eso me conformo. Me dais la bolsa, termina el viaje, nos bajamos de la cosa esta y

no me volvéis a ver. Os lo prometo. —Ismael se calla justo en el momento en que una araña gigante aparece sobre sus cabezas y lanza una telaraña que es mitad hilo de algodón, mitad polvo acumulado por los años.

Los ladrones no responden. Ismael no puede verlo, pero se han cogido de la mano. Con un gesto ella pide calma. Si para robarle decidieron el modo más eficaz de hacerlo solo con mirarse, para escapar del tipo que tienen detrás la cosa no será muy distinta. En realidad solo tienen que esperar a salir del túnel. Que regrese la luz para comenzar a gritar que hay un desconocido intentando hacerles daño. Aunque solo esté armado con un montón de dudas, un lenguaje rebuscado y la luz del móvil apuntándoles a los ojos. ¿A quién van a creer? ¿A los dos chavales o al señor con pantalón de bolsillos que se ha montado en la atracción para acosarlos?

Ismael se mantiene en silencio mientras entiende que trata de salir de un problema que no esperaba afrontar (perseguirlos) sumándole otro que no lo hace sentir nada cómodo (intimidarlos). Además, no es una persona hábil cuando se trata de hablar. En la consulta siempre tiene anotadas las preguntas que debe hacer. Sus exploraciones son una obra de teatro en la que la improvisación es siempre y únicamente accidental. Ismael es un turista intrépido de protocolos médicos que con una flecha te indican dónde queda la siguiente cuestión a resolver. Disfruta con esas enfermedades en las que dispones de un mapa con el que vas atravesando estaciones a las que te puedes anticipar. Por eso cuando tiene que buscar en el terreno aleatorio del día a día las palabras se vuelven apresuradas y escurridizas. Ni siquiera su libreta le permite dejar a un lado las dudas. Siempre tiene la sensación de que para explicarse necesita recurrir a un manual de instrucciones que nadie le ha dicho dónde está.

—Os lo repito —insiste hablando esta vez más despacio—.

Necesito que me devolváis lo que me habéis robado. Sé que habéis sido vosotros, os llevo siguiendo desde que tú —toca ligeramente el hombro del chaval— has decidido tirar de la bolsa que llevaba colgada. Una bolsa de tela con una caja en su interior. Tan solo quiero que cojáis la bolsa y me la deis. Después me marcharé sin hacer ninguna pregunta. Os aseguro que no lo he denunciado a la policía, no he llamado a nadie, solo quiero recuperar la bolsa.

Esta vez Ismael cree que están dudando. Ignora que lo que él interpreta como un asomo de duda en realidad es el comienzo de una cuenta atrás para echarse a gritar. Los chavales pueden ver luz a unos metros. Es ese brillo que anuncia el final de todas las atracciones que se sirven de la oscuridad como herramienta para ocultar sus defectos. Ella se prepara para gritar y llamar la atención. Los críos saben quién tiene ganada la partida a primera vista. Si hay que buscar un sospechoso tras el primer grito, es más que probable que el desconocido de mayor edad sea el ganador involuntario.

Ismael también ha visto cómo la luz gana terreno lentamente. Cada vez está más nervioso. Cada segundo sin respuesta es una respuesta en sí misma.

No puede salir del túnel sin haber recuperado la bolsa.

No puede permitirse otra persecución.

Mira su reloj y se lleva las manos a la frente. Qué maravilla, el tiempo da sentido a los segundos en función de si estos nos sobran o nos faltan.

—Mirad, quizá no me he explicado bien. —A Ismael le tiembla ligeramente la voz mientras el enfado y la pena cosquillean sus cuerdas vocales—. Me habéis robado, os pido por favor que lo solucionemos de un modo razonable, sin que nadie salga perjudicado. A mí me da muchísima pereza todo esto. De verdad. No quiero estar aquí detrás, no sé qué hago en este sitio. Solo intento recuperar algo que es mío. No pretendo

ser desagradable, lo siento si lo parece, solo os pido que me ayudéis a pasar página.

Ismael termina de hablar en el mismo momento en el que el vagón sale al exterior. Por un instante los tres entornan los ojos. El barril chirría y se detiene oscilante hasta dejarlos varados junto a una chica vestida de azul que sonríe de forma vacía. Los dos ladrones se ponen de pie e Ismael se levanta para situar su mano sobre los hombros del chico. Los dos se miran mientras el joven se revuelve incómodo.

—No me toques —dice.

Ismael lo libera despacio, avergonzado por lo que ha hecho. Por un momento ha sentido que no debía permitir que se marcharan, que debía intentarlo todo para evitar que se fueran y lo dejaran atrás. La chica vestida de azul observa la escena y se acerca a ellos.

—¿Pasa algo? ¿Tenéis algún problema?

—No conocemos de nada a este señor —dice la chica desde el barril—. Se ha sentado con nosotros y no ha dejado de molestarnos.

Ismael se queda paralizado. Es incapaz de argumentar. Siente que su mano derecha comienza a temblar y la introduce con disimulo en el bolsillo. La chica de azul hace una señal a uno de sus compañeros para que se acerque.

—Dime, ¿qué pasa? —la interpela el recién llegado, un hombre que peina canas y tiene pinta de llevar allí más tiempo trabajando que su compañera.

—Pues que… —comienza Julia.

—No pasa nada, señor —interrumpe Ismael sorprendiéndose de su propia voz—. Me senté en este barril y encendí la luz del móvil para buscar algo. Estos chavales se han asustado. Me había montado antes y me dejé una cosa en el suelo. Salté cuando dijeron si había alguien que fuera a montarse solo, y mientras estábamos en el túnel les pregunté si habían visto algo

en el asiento que ocupaban ellos. —Ismael guarda silencio sorprendido de haber sido capaz de soltar toda aquella parrafada.

—¿Y lo ha encontrado?

—No, la verdad es que no. Quizá se lo ha llevado alguna persona. No era muy valioso. Era de alguien muy importante para mí, eso sí —dice mirando a los ladrones.

—Vaya a buscarlo a objetos perdidos —le sugiere el hombre de canas señalando hacia el otro lado del parque.

—Gracias —contesta Ismael.

Ismael se baja del barril con cuidado. Se siente torpe y procura disimularlo. Después observa cómo los dos chavales bajan detrás y caminan hacia un pequeño torno que hace las veces de salida. El tipo de azul se queda junto a Ismael, le sonríe de forma estúpida dándole a entender que debe esperar ahí hasta que los chavales se hayan diluido entre los demás visitantes.

Cuando no queda nadie en la zona de salida, Ismael recibe la autorización para seguir su camino. No sabe hacia dónde ir. La idea que ahora se abre camino tímidamente en su cabeza es dirigirse a la comisaría más cercana y poner una denuncia.

Empuja el torno con dificultad y recorre los metros que lo separan de la calle central entre atracciones, arrastrado por un río de desconocidos que caminan lentamente. Ismael se mira los pies, analiza los automatismos que accionan su cuerpo. Una máquina perfecta que nos lleva de un sitio a otro sin rechistar, hasta que comienza a poner problemas. Abstraído en la contemplación de sus propios pies de pronto se percata de que está a punto de estamparse contra la puntera de dos pares de zapatillas deportivas.

Ismael se detiene y alza la vista. Tiene ante sí a dos jóvenes de piel clara y unos ojos negros enormes. El uno es prácticamente la fotocopia del otro.

—Esta, que es gilipollas, me ha comido el tarro en cincuenta metros. Debe de ser un récord del mundo. Dice que tenemos que ayudarte.

—No soy gilipollas —dice ella.

—Bueno, da igual.

—Eres un simple.

—En eso llevas razón.

Ismael los observa, no entiende nada.

—Entonces ¿me devolvéis la bolsa?

Los dos ladrones sonríen a la vez.

—No podemos —dice ella.

—¿Cómo? —pregunta Ismael.

—Pues que no podemos.

—¿Por qué?

—Porque no la tenemos nosotros.

Navegaron un mes.

Se alimentaron de la comida de los pasajeros de primera clase que había sobrado el día anterior.

Viajaron entre el olor a carbón quemado y a sudor agrio.

Cuando tocaron tierra, las niñas se llenaron las manos con puñados de arena de la playa, y se sorprendieron al oír aquella lengua que solo su madre era capaz de entender.

Su mundo estaba del revés.

Se acurrucaron junto a Sara mientras abandonaban el puerto y se dirigían a un pequeño hostal.

Desde la habitación miraron por la ventana, ya no estaban en casa.

Vieron el océano rompiendo en espuma.

Habían tocado un horizonte hecho de costa y de rocas.

Después abrieron las maletas.

La madre les dio ropa limpia a sus hijas antes de acostarlas.

Cuando cerraron los ojos, abrió con cuidado la valija pequeña. Comprobó que todos sus tesoros estuvieran intactos. Los desenvolvió y los observó uno a uno.

Después se llevó la mano al pecho y besó la pequeña llave que colgaba sobre su piel.

Unas horas antes

El viejo Tomás espera pacientemente con la espalda apoyada en la pared.

Se mira las manos.

Las tiene gastadas y negras. Resultado de haber estado toda la mañana buscando en el desguace. Como un niño en la arena de la playa, pero entre aceite, metal y grasa.

Tomás es abrir los ojos, desguace, entregas, esperar en el metro y su puesto en la plaza. Lo de desayunar, comer, cenar y dormir es algo que llega por inercia, como por inercia llegan las moscas a la mierda.

Esas son las matemáticas de un hombre-rutina para el que la espera en el metro es obligación e incertidumbre. Esperar de forma obligatoria para que no se enfade el que manda. Esperar para ver qué pasa o qué cae. La lotería del que tiene poco y con menos se conforma.

El viejo Tomás descansa en la pared después de haber hecho varias entregas y haber recibido nuevos pedidos. Mira a los desconocidos que hay a su alrededor. Hoy todos se han vestido de rojo. Anestesiados por ser parte de algo. Saben que en compañía crujen menos las articulaciones, duelen menos las heridas y se disimula mejor una vida que no merece la pena.

El viejo Tomás, amigo de gente diversa. De la buena, de la mala y de la peor. Caído en un agujero que gira y gira para no dejarlo salir. Un hombre convertido en un punto de objetos perdidos, en un conseguidor al que acuden los que no tienen pasta y los que la deben. El intercambiador de un mundo que

no se ve pero que está ahí. En las manos gastadas y negras de un señor mayor que se busca la vida entre las heridas de otros.

El viejo Tomás ha estado toda la mañana de acá para allá. Ha hecho la ruta del silencio y del no hagas preguntas. Ahora permanece apoyado en la pared sucia de la estación. Entre las escaleras, ahí donde se encuentra una línea circular que ahoga la ciudad que le queda arriba. Es uno de sus lugares. Uno de esos puntos en los que recoge el material que luego vende. El banco de los objetos robados y que nadie echa de menos, el lugar en el que se deposita a plazo renovable lo que se desvanece.

El viejo Tomás intuye que hoy es un buen día para esperar. Nada más vulnerable que una multitud haciéndose ilusiones. Yendo a una casa, a un bar, a una plaza o a un parque. Teniendo por primera vez en mucho tiempo un motivo para ser felices. Tomás sabe que las manos rápidas encuentran en momentos así un espacio para lucirse con malabares en más de un bolsillo.

El viejo Tomás tose y parece que se le rompe el pecho. Él sospecha, pues no es gilipollas, que esa sangre que escupe no es una lotería de las buenas. No puede llegar a saber, eso sí, que es hija de un pequeño tumor en uno de sus pulmones. Ese pequeño tumor lo llevará en unos meses al hospital, y después, en un año más o menos, a la tumba. Con esa información quizá el viejo Tomás podría cambiar su futuro cercano. Se marcaría un día extraordinario con un punto final estupendo destinado a quien le ha hecho más daño. Tomás sabe que ese momento llegará, tan solo hay que saber encontrarlo. No quiere que lo pille despistado. Ignora la enfermedad, pero siente que la gota ya está colmando el vaso. Lo único que le duele es su pasado. Se arrepiente de lo que hizo y poco le importan las consecuencias de lo que pueda hacer, si eso implica que el día después será distinto a los que se le repiten desde hace años.

El viejo Tomás mira el reloj en la pantalla de su viejo teléfono móvil y se inventa una hora límite para marcharse. Levanta la cabeza y observa fijamente una de las cámaras que está colgando del techo. Le han dicho que muchas solo son para meter miedo, que son una pantomima para que creas que te observan. Tomás sonríe al objetivo y después baja la cabeza. Si en cinco minutos no ha pasado nadie, se irá. Por eso se entretiene mirando las agujas del reloj. Las persigue con sus pupilas y cuenta en voz baja. Cuando está a punto de llegar a trescientos siente que delante de él aparecen dos sombras que reconoce.

Tomás mira a los dos hermanos.

Siente una punzada porque le duele verlos. Hay pena en Tomás ya que puede percibir desde el fondo de su agujero cómo ellos también están cavándose el suyo. El chaval, que es el que cree llevar la voz cantante, le da un abrazo. Después deja una bolsa de tela en el suelo. El abrazo es la señal convenida para saber que lo que traen es para él. A continuación, Tomás rebusca en uno de los bolsillos y coge a tientas cuatro billetes. Tras lo cual ahora es la chavala quien lo abraza. Si la cámara tuviera buena definición veríamos cómo ella arruga el gesto. Después se separan y se dan la mano, y entre sus dedos se produce imperceptible el intercambio.

El viejo Tomás mira a los dos críos y toma su maleta, ahora más llena. Oyen la llegada del tren, los tres bajan las escaleras y entran en el mismo vagón.

A continuación, Tomás se separa de ellos. Choca con varias personas, incluido un hombre que parece nervioso y se lo queda mirando unos segundos. Tomás camina entre brazos para salir del vagón segundos antes de que se cierren las puertas.

El viejo abandona la estación y calcula cuánto tiempo podrá tener abierto su negocio. Debe darse prisa si quiere estar al

menos un par de horas. Toma su maleta y camina despacio. Dos guardias se cruzan con él y se apartan con cara de asco al oírlo toser.

Querían marcharse pronto de allí.

Sara buscó trabajo como cocinera.

Eso le aseguró un pequeño sueldo y comida.

Las niñas dejaron la infancia en el barco y trabajaron con su madre.

La gente las trataba con la condescendencia del que se sabe inmune al sufrimiento de aquel que recibe sus migajas. Hay gente que ayuda a los demás tan solo para asegurarse de que está por encima.

Mujeres solas y sin un hombre que respondiera de ellas.

Mujeres pobres que no tenían más que cuatro maletas y una habitación diminuta.

La existencia resumida en despertar, trabajar y regresar a la pensión.

Al terminar la jornada Sara escondía el dinero ganado entre su ropa.

Ella deseaba volver del todo, regresar con sus padres al pueblo.

Se repetía los motivos antes de taparse con la manta.

Después miraba a las crías hasta caer dormida.

Los tres atraviesan el parque de atracciones cruzándose otra vez con niños, adolescentes, padres cansados y abuelos desconcertados.

Pueden ver la ropa empapada y los nervios haciéndose o deshaciéndose. En los parques de atracciones nos dejamos caer por pendientes controladas para engañar a nuestros sentidos, que creen que hemos perdido la cabeza. Lo hacemos buscando pequeños pulsos de felicidad que surgen del miedo incontrolado. De engañar a un cuerpo que no entiende nada y que simula morir a plazos para entrenarse con minúsculos avances de lo que vendrá en un tiempo. Confirmando que tenemos los reflejos listos para cerrar los ojos y deletrear ese hasta luego que nos acompaña cuando la cosa termina. Cuando llega la última pendiente quizá así ya no se grita.

Ismael se mantiene detrás de sus ladrones haciéndose preguntas sobre su parecido.

—Somos hermanos —dice él—. Ella se llama Julia, y yo, Julio.

—¿Qué? —pregunta Ismael sobresaltado.

—Que somos hermanos. Mellizos, por eso nos parecemos un huevo y por eso nos pusieron el mismo nombre.

—Es cierto que os parecéis —asiente con cierta timidez el hombre—. Yo me llamo Ismael.

—Ismael, es bonito. En cuanto a lo de parecerse, a veces da pereza y otras veces es gracioso. Somos medio iguales, y diferentes casi del todo —continúa ella.

—A veces la cosa también va de que no entiendo nada de lo que dices, hermanita.

—Eso es porque la mitad inteligente me cayó solo a mí —suelta ella mientras le da un golpe cariñoso en la cabeza.

Parece claro que el chico ejerce de líder, o eso le gusta que parezca. Ismael se fija en su ropa, es vieja, a juego con un par de zapatillas deportivas de suelas gastadas. Si el chaval se dedica a robar, o no es el mejor en su trabajo, o se gasta lo que gana en otras cosas distintas de lo que lleva encima.

—¿Adónde vamos? —pregunta Ismael.

—Pues adónde va a ser, a por tu bolsa —dice la chica.

—Le has caído bien a mi hermana —añade él—. Ella es de las que presume de calar enseguida a la gente. Experta en prejuicios. Así que le has dado buena espina. —Sonríe a su hermana—. Si queremos recuperar lo que te hemos quitado no queda otra que darse prisa.

Desandan el camino. Avanzan esquivando la marea de gente vestida de rojo que poco a poco llena el parque. La mayoría de ellos acceden por la entrada principal, donde decenas de autobuses descargan a aquellos que han decidido emplear su tiempo libre en lo mismo, el mismo día y en el mismo sitio. El ser humano haciendo de la originalidad una palabra con muchas sílabas pero vacía de significado.

Ismael, inquieto por la prisa con que caminan los dos críos, necesita saber qué están haciendo. Por eso, cuando están a unos metros de los tornos de salida, acelera el paso y toca ligeramente la espalda del hermano. Es un gesto parecido al que hizo cuando bajaron de la atracción, pero esta vez no se ha sentido tan estúpido. Los dos hermanos se detienen. Ahora que ha logrado captar su atención comienza a hablar.

—Mirad, ignoro qué os ha llevado a robarme. Me da igual. No me importan vuestros motivos.

—Eso ya nos lo has dicho antes —dice Julio.

—Lo siento. —Ismael se siente estúpido de nuevo—. Os agradezco que hayáis decidido ayudarme…, pero me gustaría

saber hacia dónde vamos.

—Tenemos que ir a la plaza Mayor —dice ella.

—¿A la plaza Mayor? —inquiere Ismael llevándose una mano a la frente—. Estará hasta arriba un día como hoy.

—Lo sabemos. —Ella mira el reloj—. Además, tenemos que darnos prisa porque es probable que con todo el lío que hay montado ni siquiera esté allí el sitio que buscamos.

—¿Hay que ir a un sitio en particular? —pregunta Ismael.

—Más o menos —sonríe ella.

—Es lo que hay —asiente el hermano encogiéndose de hombros, tras lo cual se da la vuelta y todos salen del parque.

Ismael vuelve a acelerar el paso, procurando no chocar con los que entran. No le gusta la gente. Le molesta la multitud, y para él multitud es cualquier grupo mayor de dos personas. Resulta casi un castigo tener que ir abriéndose paso entre tanto desconocido. Además, ahora lo hacen a contracorriente, como nadando entre pieles, voces y olores de tipos y tipas que se rozan con ellos. Para Ismael los días como hoy son perfectos para trabajar. Prefiere a los desconocidos de uno en uno y sentados delante de él en una silla. Sabe que, en otras circunstancias, en una realidad alternativa donde no se hubiera quitado de encima todas las guardias del mes, estaría sentado delante del ordenador disfrutando con las imágenes de calles llenas y salas de espera vacías. Solo algo grave e inexcusable se pone en mayúsculas ante un evento como el que se espera en las próximas horas. Pero Ismael se dejó el mes limpio para cumplir una promesa con cuenta atrás que empezó unas horas antes. Con una llamada que no quiso coger porque sabía qué significa. Si no fuera por los dos chavales que tiene delante, nadie habría añadido incertidumbre a lo que necesitaba hacer.

Abandonan el parque por una puerta metálica que se abre en un solo sentido. El guardia de seguridad que la vigila se sorprende de ver marcharse a alguien tan temprano. Mira su

muñeca, calcula las horas que quedan para que empiece el partido, y les pregunta si quieren que les ponga un sello por si vuelven.

—No se preocupe amigo, mi hermana ha decidido que nos vamos a un sitio más tranquilo que este —dice Julio con una sonrisa.

—Pues como no os vayáis a otro planeta, no sé yo… —bromea el guardia mientras comprueba que la puerta metálica queda bien cerrada.

—¡A lo mejor tenemos suerte y han puesto la plaza Mayor en órbita! —añade Julio mientras se aleja.

—¡Si vais para allá saludad al caballo de mi parte! —concluye el hombre sonriendo.

La puerta regresa a su sitio emitiendo un pequeño ronquido mientras el guardia recupera su posición. Al vigilante le resulta agradable observar la alegría compartida por todos los que entran en el recinto. Como si alguien hubiera contaminado el aire con amabilidad y buen rollo. Después siente cómo le suenan las tripas. Se acerca la hora del bocadillo.

Ismael y los hermanos regresan a la estación de metro. Ismael se lleva la mano a uno de los bolsillos para comprobar que su libreta sigue ahí. Ha encogido y estirado los dedos previamente, como si estuviera poniéndolos en marcha. Los hermanos se detienen para dejarlo pasar. Esperan a que Ismael valide su abono para saltar detrás de él al interior de la estación.

—¿Por qué no me habéis pedido que os pagara el billete?

—Porque saltamos fenomenal —dice Julio antes de dirigirse hacia las escaleras.

Buscan la línea que los llevará más rápido al centro y llegan a la vía apenas un par de minutos antes de que aparezca otro tren. Disfrutan de esa suerte mientras ven cómo tras la apertura de puertas de un nuevo vagón una manada humana escapa

hacia la superficie.

Entran en el vagón y se sientan. Ismael busca una barra metálica con los dedos. Por el reflejo de la ventana que tienen delante, los dos hermanos pueden ver cómo parece temblar.

—Cuando lleguemos a la estación nos avisas —le dice Julio a Ismael cerrando los ojos.

El hombre asiente.

El vagón comienza a moverse e Ismael también se descubre reflejado en el cristal. Casi sonríe, pero logra contener el gesto. No se lo permite. Después piensa en la hora que es. No sabe qué hará si no es capaz de recuperar aquello que están buscando.

Se marcharon en carro.

De madrugada, con el gallo cumpliendo con su cometido y el frío buscando aún espacio por conquistar entre las sábanas.

Se hicieron un hueco entre cargas, paquetes y encargos.

Ahí sentadas viajaron cinco días.

Cambiaron varias veces de transporte. Cerraron poco los ojos y abrieron bien las orejas. Escucharon un rumor entre la gente: hablaban de dar un golpe sobre la mesa para cambiar las cosas.

Así llegaron a una pequeña loma desde la que se veía un gran campanario.

Casas blancas y bajas, unas junto a las otras, hasta alcanzar un pequeño río que formaba un cinturón de agua sobre el pueblo.

Un lugar al que volver cuando te has ido.

La madre señaló a sus hijas la plaza del pueblo.

Bajaron rápido, tropezando entre carcajadas y con los pies llenos de barro. Las maletas giraban en el aire con sus pasos.

Era muy temprano y el sol todavía tenía trabajo. A pesar de ello las ventanas se abrieron. El lugar, como un ser vivo, fue consciente de que algo ocurría en sus calles.

La madre alcanzó la plaza para después subir por una callejuela empinada. Quedó delante de la iglesia. Una vez estuvo enfrente del campanario giró a su derecha y se dirigió a la primera casa junto al edificio.

Sara se limpió las manos en la falda e intentó peinarse. Estaba nerviosa. Hizo sonar la aldaba, que tenía forma de puño.

Golpeó tres veces.

Después esperó, respirando lentamente.

La puerta se abrió con un lamento y de las sombras surgió el

rostro de una señora envuelta en un pañuelo negro. A su lado un hombre con bastón miraba desconcertado.

Aturdida por la luz, la anciana levantó los ojos y miró extrañada a la mujer que tenía delante.

Después observó a las niñas.

Como si hubiera alcanzado la respuesta a un acertijo se llevó la mano a la boca.

La anciana abrazó a Sara, y Sara creyó que su viaje había terminado.

María abre la puerta metálica con un empujón, y eso hace que los seis hombres sentados levanten la cabeza al mismo tiempo.

Camina entre las mesas rodeada por una sinfonía de miradas que no entienden qué pasa. Los monitores brillan bajo la tenue luz de la sala de control mientras todo el personal de la sala se gira hacia la mujer que entra resuelta en el puesto de mando.

Detrás de ella avanza dando pequeños saltos un hombre que les sonríe y les enseña una insignia que brilla. Cuando comprenden que son policías resoplan tranquilos y vuelven a su ensimismamiento. Cada uno de ellos tiene ante sí en tiempo real los múltiples recovecos de la red del metro de Madrid. Son los ojos que todo lo ven. Las cámaras que velan por la seguridad de los que van de un lado a otro bajo tierra.

María se detiene frente a una mujer con gafas redondas. Tiene el pelo blanco rizado y unos ojos pequeños y brillantes tras los cristales. A su lado, un cenicero repleto de cigarrillos apurados. Alguno de ellos aún despide una línea ondulante de humo a pesar de que ahí dentro no se puede fumar. También decoran la superficie de la mesa un montón de documentos y un teclado de ordenador. Junto a este último una taza de café espera a ser terminado.

Ambas mujeres se observan. Una piensa en los malos modales de la intrusa, pero le ha caído bien porque cree tener delante a alguien que sabe lo que busca. La otra se sienta arrastrando la silla sin miramientos. Tiene prisa y no le importa hacer tanto ruido como para que un par de clones se giren de nuevo, incómodos.

—Disculpe a mi compañera, señora —dice Alfredo mientras

pone mucho mimo en no hacer el más mínimo sonido al sentarse.

María y Alfredo se han presentado sin pedir permiso en la sala de control del sistema de videovigilancia del área dos del Metro. Alfredo no entiende por qué están allí, y María no ha querido explicárselo. Podían haber ido directamente a la supuesta casa de la víctima, aunque no tuvieran la dirección confirmada, pero María rechazó esa posibilidad con un bufido. La única respuesta que le ha dado ella antes de llegar a dónde están ha sido en forma de pregunta, acompañada de una extraña sonrisa.

—¿No quieres ver el partido, Alfredo?

Y por eso ahora los dos se encuentran sentados delante de una mujer que los está diseccionando. Ella junta las manos y compone una especie de araña con las patas en forma de dedos finos y gastados. Después dirige la palma derecha hacia un teléfono rojo que está a pocos centímetros del borde de la mesa. Los escruta como haría un vaquero antes de desenfundar. Tendrán que elegir sus palabras con precaución si no quieren añadir alguna herida más a su expediente. María confía en su capacidad de persuasión. Por eso dedica unos instantes a observar a la señora y su contexto. Como si tuviera un examen de Lenguaje y le hubieran puesto delante una subordinada de las que o las analizas bien o la cagas.

—Buenos días —comienza diciendo sonriente—. Le pido disculpas por presentarnos de este modo. Soy la inspectora de policía María Storch y él es el inspector Alfredo Laínz.

—Buenos días, agentes Estruch y Laínz —responde la mujer sin apenas separar los labios.

—Se dice «Stoigg» —la corrige María.

—Y se escribe con ese líquida —añade Alfredo antes de que le caiga una colleja de su compañera.

La mujer, de mirada cansada y acuosa, contempla a los dos

policías con distancia. Para ella es otro día más de otra semana más en un calendario que está a punto de hacerle innecesario el despertador. Le quedan apenas dos meses para la jubilación. Ya no está ni para aventuras ni para compromisos.

—Prefiero que me llame usted María.

—María es un nombre bonito. No muy original, también se lo digo. El mío es Mercedes, como los coches, pero con peor carrocería —suelta con una voz que parece ronronear y que se abre al final de cada palabra.

—Cada una con lo nuestro —bromea María—. Mire, voy a ir al grano. Mi compañero y yo estamos buscando a tres personas. Dos chavales jóvenes y un hombre de mediana edad.

—De esos hay unos cuantos miles por minuto en el metro. —Mercedes se incorpora en la silla—. Sería más fácil encontrar una aguja en un pajar con los datos que usted me proporciona.

—Ya. —María hace una pausa para pensar—. Los dos chavales que le digo han robado al hombre. Creemos que este ha ido tras ellos. No sabemos si ha sido coaccionado de algún modo para irse con ellos.

—Muy bien —sonríe Mercedes—. Busca usted a un señor que se ha creído el protagonista de una película de acción que quizá salga mal.

—Eso mismo pienso yo —apostilla Alfredo, granjeándose una mirada furiosa de María.

—Bien, ¿cómo cree usted que puedo ayudarlos? —prosigue Mercedes ignorando el comentario de Alfredo.

—Conocemos por qué boca de estación han entrado en el metro. También que la parada que han utilizado solo tiene una línea en dos sentidos. Hemos visto a los ladrones en un vídeo, así como la cara del «héroe». Hemos pensado que con un poco de suerte y la ayuda de sus cámaras podríamos saber hacia dónde han ido.

—Estimada agente, usted comprenderá que es muy

complicado ver a todo el mundo todo el tiempo. ¿Sabe usted la hora aproximada?

—Sí, lo sabemos.

—Pues ahora tan solo les falta una orden judicial para que yo me levante, me quite las arrugas de este traje y les eche una mano. —Mercedes vuelve a acomodarse en el respaldo de la silla.

—Lógico —murmura Alfredo moviéndose inquieto.

María entiende que su compañero esté incómodo. Están grabando un documental en tiempo real del «vísteme despacio, que tengo prisa». Y en el caso de la policía, saltarse el procedimiento no conduce a buen puerto. Ellos lo saben bien.

—Mire, Mercedes, no tenemos la orden judicial —le explica María evitando cruzar la mirada con su compañero—. Pero necesitamos que nos eche una mano. Hay un hombre en riesgo y creemos que este caso está vinculado con una red mayor de robos. Le prometo que en cuanto salgamos de aquí le haré llegar el documento.

Es la segunda vez que María se salta una norma precisa en lo que va de día. Alfredo toma nota para cuando a él se le ocurra cometer alguna irregularidad y venga su compañera y le pida explicaciones.

Mercedes deja caer los codos sobre la mesa tras mirar un segundo al techo, y a continuación las cabezas agachadas de los analistas frente a las pantallas. Vigilan más de trescientos kilómetros de red y más de trescientas estaciones. Cuentan con más de nueve mil cámaras para cubrir un total de trece líneas ordinarias y varias líneas de Metro Ligero. Los que están allí son solo una pequeña muestra de los más de mil quinientos vigilantes distribuidos en el subsuelo de la capital. Hombres y mujeres que hacen dos turnos de seis horas, para que no se les caigan los ojos de tanto analizar cada fotograma. Ella podría ser la madre de varios de ellos y lleva trabajando en la

seguridad del metro desde antes de que se inventaran las estaciones en curva y los avisos de «cuidado con meter el pie entre vía y andén». No recuerda cuándo fue la última vez que la tomaron en serio. A las reliquias se les profesa admiración, pero se las pone bien en alto y en vitrinas, para que se limiten a estar ahí, pues ya han hecho suficiente. Y María le ha caído bien, porque ha entrado sin llamar y porque ha ido con la verdad por delante. Algo hace clic en la cabeza de Mercedes y tira de la comisura de sus labios, plantándoles una sonrisa.

—Estimada María —dice Mercedes mientras se pone de pie —. Venga conmigo.

Al oír la voz de Mercedes los seis tipos levantan otra vez la cabeza, como activados por un interruptor imaginario. Esperan pacientes a recibir las órdenes de su superior. Mercedes hace un gesto con la mano indicándole al que está más cerca de la puerta que cierre por dentro.

—Agente Estruch, vamos a ayudarla a encontrar a las personas que persigue. Ahora, si es tan amable, debe explicar en voz alta y de forma clara el lugar, la hora y las características físicas de los fugitivos que tanto le interesan.

María comienza a hablar.

Primero se muestra dubitativa, cierra los ojos intentando no cometer errores. Los hombres empiezan a teclear en sus pantallas con la intención de delimitar las diferentes cámaras. Mapean paredes, esquinas, techos y accesos al metro. Siguen las indicaciones de María como una brújula. Mientras tanto Alfredo se pasea curioso por las imágenes, saltando de una mesa a otra. Fantasea con la posibilidad de ser mejor encontrando a Wally que los que están allí delante día tras día, todos los días. Se da la vuelta al escuchar cómo María describe de forma precisa la altura, el peso y el color de pelo del hombre que ha sido víctima del robo. Su compañera sigue sorprendiéndolo con su memoria.

—He encontrado algo —dice uno de los vigilantes clon levantando la mano.

María, Alfredo y Mercedes se acercan a la pantalla del premiado. En primer lugar, ven a los dos chavales subiendo al metro, seguidos por un hombre un poco más mayor. A continuación, aparece la víctima, que también entra en el vagón.

—¿Podríamos saber en qué estación se han bajado, o si han hecho algún cambio de línea?

—Por supuesto —presume Mercedes—. Aquí podemos hacer un seguimiento constante y muy efectivo de los individuos que viajan en el metro. Una vez tenemos su imagen solo hay que fijarla, y el software se encarga de ir tras ella. Es algo maravilloso y muy llamativo a la hora de realizar una demostración cuando viene un político. —Hace una pausa orgullosa—. Quizá por eso los políticos no suelen frecuentar el metro, no vaya a ser que nos dé por enterarnos de dónde vienen y a dónde van y nos llevemos un disgusto —añade Mercedes con los ojos sonrientes.

—¿Si se cambiasen de ropa los perderíamos? —pregunta Alfredo.

—En el caso de que lo hayan hecho puede que no los veamos —responde Mercedes volviéndose hacia Alfredo—. Entonces tendríamos que ir a ojo y sería más lento, claro.

—No creo que hayan tenido tiempo de cambiarse de ropa —dice María sin titubear—. Veamos qué pasa, sigamos.

El hombre que encontró a los fugitivos comienza a teclear delante del cuadro de mandos. El tipo parece seguro, y hace aparecer tres rectángulos verdes alrededor de cada uno de los cuerpos que persiguen. Esos tres rectángulos verdes se replican en todas las pantallas. Los cinco observadores restantes asienten y pulsan de forma coordinada la tecla «enter» en el teclado; las imágenes se aceleran y empiezan a parpadear

mezclando fotogramas. Así pueden ver cómo la gente baja de un tren, sube a otro, pasillos, escaleras, un señor que alza los brazos, un tipo al que se le cae la bicicleta a la vía y se lleva las manos a la cabeza, unos desconocidos moviendo maletas, dos niños que corren, una mujer que parece cantar junto a un altavoz y un par de vendedores de zapatillas falsificadas que salen corriendo instantes antes de que aparezcan dos policías. Una riada de fotogramas que el software limpia acelerando el paso del tiempo, hasta que ralentiza las imágenes y deja enjaulados en unos rectángulos verdes a tres individuos que caminan juntos. Dos delante y la víctima unos metros detrás. El software no solo les permite observar su espalda, también pueden visualizar sus rostros pixelados. María da un paso atrás y observa la imagen con preocupación.

—Son casi dos niños —comenta Alfredo.

—Sí, dos críos y un hombre —dice María.

—Según parece, sus fugitivos van a pasar el día en la Casa de Campo —comenta Mercedes.

—¿Podría concretar más, por favor? ¿Tienen alguna cámara fuera? —pregunta María entrecerrando los ojos sin dejar de mirar la pantalla.

El vigilante pulsa una tecla y ante ellos aparece una plaza con el suelo color tierra donde se arremolina una multitud vestida de rojo. Los tres rectángulos verdes aparecen en el centro de la imagen y después se dirigen a la izquierda tras cruzar un paso de cebra.

—Esa es la parada de Batán. A unos metros de ese paso de cebra, a la izquierda de lo que vemos en la imagen, está el parque de atracciones —afirma Mercedes.

—Gracias, Mercedes.

María da por terminada la visita. Observa a Mercedes, y sin saber muy bien por qué le da la mano. Ese gesto sorprende a la señora y vuelve a provocar que las seis cabezas se levanten

asombradas cual conejos cuando les dan las largas. Alfredo también le estrecha la mano a la mujer y le entrega una tarjeta.

—Si no le llega la orden judicial, llámeme —dice Alfredo por segunda vez en un mismo día.

Uno de los clones se acerca a Mercedes y le entrega un sobre. Extrae del interior un par de fotografías impresas de los fugitivos. Uno de los analistas, muy diligente, ha trabajado depurando la calidad de la imagen.

—Por si les ayuda —les dice Mercedes mientras entrega las fotografías a Alfredo.

Alfredo le hace un gesto para darle a entender que la llamará más adelante. Se siente estúpido al hacerlo, pero sabe que ha sido efectivo porque ella asiente.

Mercedes se da la vuelta y regresa a su despacho. Allí se pone cómoda y enciende un cigarrillo. Sus seis trabajadores han recuperado su mundo de píxeles y ella inspira saboreando el humo del tabaco. Probablemente haya sido el último día que ha merecido la pena en su puesto de trabajo.

María avanza rápidamente hacia la puerta y abre aún con más ímpetu que cuando entró. Tiene prisa, no sabe disimular. Alfredo cierra con cuidado y acelera el paso hasta llegar a su altura.

—María, ¿se puede saber adónde vamos ahora?

—Vamos a comprobar si te mareas, Alfredo.

Tras el regreso hubo llantos, fiesta… y al final, cuando ya había pasado todo lo bueno, también llegaron los reproches.

Sara explicó lo ocurrido y se percató de cómo la miraban cuando hablaba de su marido.

No mencionó la maldición ni su equipaje.

Tras unas semanas sintieron que recuperaban una vida que ya daban por perdida.

Las crías volvieron al colegio para convertirse en las extranjeras que se sentaban al final de la clase. Tardaron en comprender lo que les decían mientras mejoraban su español repleto de errores, que provocaba las carcajadas de sus compañeros.

Entretanto, su madre ayudaba con las tareas del hogar. Un domingo que unos amigos comían en casa, ella hizo su receta favorita de puchero. No tardaron en percatarse de su habilidad para la cocina. Solo hicieron falta un par de semanas de difusión boca a boca para que Sara pasara de la cocina de casa a la de uno de los bares del pueblo.

Encontró empleo en la cantina de los campesinos. Los habitantes del pueblo no se mezclaban. Campesinos y señoritos tenían cada uno su sitio.

Comida sencilla y bocadillos.

La madre empezaba a trabajar temprano. Las niñas iban a verla después del colegio y hacían los deberes con ella. Allí mismo tomaban algo caliente antes de irse a casa.

Pasados unos meses las niñas ya tenían su propio grupo de amigos.

Ello dio pie a paseos por el campo y charlas sin ejercicios de matemáticas ni profesores delante.

Comprendieron que el campo en primavera huele distinto y que en verano los ríos te ofrecen piscina gratis.

También les contaron su viaje a los demás niños.

Un padre desaparecido, una travesía en barco y el pueblo en la costa.

El equipaje eran ellas, su madre y varias maletas.

Les contaron una aventura que terminaba en tesoros dentro de una caja de madera.

Y esa última parte de aquel relato retumbó en el flequillo de un crío con pecas que no respetaba secretos cuando estos eran de otros.

El viejo Tomás observa los edificios. Se los sabe de memoria, pero le gusta fingir sorpresa. Vende mucho más un anciano desorientado que uno que desprende sabiduría. Eso es de primero de dar pena cuando tienes un puesto con el que debes llamar la atención.

Por eso también se saca la camisa del pantalón, solo un poco, y se sacude parcialmente el polvo de las manos y los pantalones. A continuación, despliega una sábana vieja y un trozo de cartón en el que ha escrito una frase muy cuidada para atraer clientes. Con ese mismo fin se dobla despacio, primero sobre su espalda y después sobre sus rodillas. La vejez la lleva de serie, así que clava el personaje sin esfuerzo.

Después busca una bolsa que ha dejado apoyada en una columna. Es de esas que ahora todo el mundo emplea para evitar consumir más plástico del debido. Gente que cuida del planeta mientras lo sobrevuelan los excesos de aquellos a los que todo les da igual. Todos para uno y uno para que todos los demás se jodan. Pero eso al viejo Tomás no le importa, tan solo le preocupa el orden de lo que sitúa con cuidado en su pequeño puesto callejero.

En su maleta guarda los objetos de valor. Lo más caro se lo pone cerca de la silla plegable que extrae también de su interior. En menos de cinco minutos ya tiene montado el escaparate, el mostrador y su trono, a la espera de que caiga la fruta madura en forma de cliente. Una superficie de venta muy pequeña en el mismo lugar donde las grandes tiendas se hacen la competencia.

La plaza está repleta de gente que lo ignora. Quizá sea la

sombra bajo la que se encuentra, o tal vez se deba a que no tiene página web en la que anunciar sus bellos objetos perdidos adrede. A Tomás, internet le queda lejos, tan lejos como la alegría de todos esos desconocidos, seguros de que hoy pueden ser felices. De mayor se aprende mucho sobre lo que sobra, y acerca de las formas que la rutina tiene de engañarnos. Tomás ve cómo la gente escapa hacia una alegría común, porque en su casa, aunque haya sol, solo tiene noche.

Dos policías pasan por delante y le hacen un gesto mientras se detienen a mirar el material expuesto en la sábana.

—Abuelo, ¿eso es una pistola? —le pregunta el agente más joven.

—No, hombre —tose Tomás—. Es un encendedor de cigarrillos que ya ni funciona. Hay coleccionistas de todo tipo, agente. Esa arma no dispara ni piropos.

Los policías saben que Tomás no hace daño a nadie. Es un habitual de la plaza. Como el caballo de Felipe III y los soportales llenos de turistas. Por eso permiten que el viejo trapichee de una manera más o menos razonable en un sitio tan concurrido. Una cara conocida, aunque no cumpla con la ley, es mucho más llevadera cuando lo que hace no se nota.

Tomás deja pasar los minutos. Con la mirada entretenida, la camisa fuera y sentado sobre una silla de tela plegable que cruje cada día más, como una artrosis haciendo música en una cadera. En esas está cuando, de pronto, un eclipse se cierne sobre el viejo, tapándole la vista. Un cuerpo celeste que brilla en sudor y se articula en pliegues de piel y grasa desde la barbilla hasta el cinturón.

—¿Qué pasa, Tomás? —pregunta el cuerpo con cara de flan extraño.

—Aquí estamos. —Tomás hace visera con la mano, y piensa por un momento en cuánto debe de estar sufriendo el pantalón de su interlocutor—. Los buenos supermercados no cierran ni

domingos ni festivos, y yo no voy a ser menos.

—Ya veo, ya —asiente, agitándose como una gelatina rosa.

—¿Qué te trae por aquí? —pregunta Tomás, que ya se ha percatado de que detrás del hombre, a unos metros de distancia, hay un tipo con los brazos cruzados mirando a un lado y a otro.

—Me preocupaba pensar que no me echabas de menos. —El hombre se inclina sobre la sábana, sometiendo su espalda a una tensión invisible y dolorosa—. Esta semana no has venido a traerme nada todavía, Tomás. Como estamos a domingo y parece que hay buen ambiente, he decidido venir yo mismo a darte la oportunidad de evitar los intereses. —Ahora toda su cara es como un suflé que se contrae hasta desplegar una sonrisa.

El viejo Tomás asiente. Sabe que su libertad tiene pequeñas anotaciones a pie de página. Nadie suele leerlas, pero son muy importantes para entender por completo lo que se cuenta. El cuerpo que tiene delante es su gran y único problema. Sabe cómo hacerle la vida imposible de la forma más retorcida. Es el propietario y el ejecutor de un castigo que tiene a Tomás esclavizado. Un cliente premium, pero al revés.

Tomás comienza a revolver entre las cosas que lleva en la maleta. Al verlo, el hombre se endereza con dificultad y se pone de puntillas, como un niño curioseando, para ver qué le puede ofrecer el viejo.

—A ver si hemos tenido suerte y me has traído algo que me saque todavía más de pobre.

—Eso espero —dice en voz baja Tomás mientras rebusca.

Bucea en la maleta sin saber qué darle. Lo que contiene o tiene mala pinta o está roto. Hasta que se le ocurre una idea y detiene sus dedos sobre un pedazo de tela. Extrae el objeto despacio y se lo muestra sosteniéndolo con las palmas de las manos. Parece antiguo y valioso.

—Muy bien. —El hombre-fluido lo observa con curiosidad mientras lo gira en sus manos—. Sabes que este tipo de cachivaches me encantan. ¿Es de hoy? A lo mejor tienes suerte y ocurre como con aquellos cuadros mal cuidados que me trajiste aquel día. Cuánto han cambiado la cosas desde entonces, ¿verdad? —se carcajea mientras le da la vuelta al objeto—. Tendré que llevármelo y dejarlo en el almacén para que lo valoren de forma conveniente. Además, está cerrado. No se cierra lo que no tiene valor y, como bien sabes, lo que no se ve tiene valor hasta que verlo se lo quita. —Regresa a la sonrisa en forma de suflé—. Me has convencido con esto, viejo, me lo voy a llevar.

—Todo tuyo, mételo aquí si quieres. —Tomás le entrega una bolsa.

—Muchas gracias, compañero. Da gusto trabajar contigo. No causas problemas, siempre das con lo que necesito. Por cierto —añade mientras guarda el objeto y se lo entrega al hombre que está detrás—, si quieres, pásate a cenar cuando termines con el tenderete que tienes aquí. Por los viejos tiempos, Tomás, yo te invito. —Levanta la mano, da media vuelta y echa a andar de forma hipnótica y pesada.

El eclipse se marcha igual que vino. Tomás lo acompaña un momento con la mirada. Quiere estar seguro de que desaparece. Ese tipo, Gordo, es una mancha que le gustaría quitarse, pero no puede. No tiene la fuerza necesaria ni para frotar ni para buscarse un buen detergente. Solo tiene ganas de volver a sentarse en su silla y mirar la plaza. Tranquilo en su puesto de objetos robados, sin nadie que lo moleste.

Una mujer, dos hijas y una maleta llena de tesoros.

El niño contó su historia a sus hermanos con los ojos muy abiertos.

Dos hombres desgarbados, barbilampiños, delgados y sudorosos la escucharon atentamente.

Dos hombres, sin más vida que campo y dolor de espalda.

Dos hombres vacíos que desde que oyeron aquellas palabras comenzaron a decirse cosas sobre Sara.

Empezaron a saborearla con la mirada en la cantina.

¿Cómo era posible que aquella mujer no tuviera a nadie que le hiciera compañía ni la ayudara a sacar adelante a sus niñas?

Quizá el padre no estaba muerto, una mentira oscura.

O quizá sí estaba muerto y ella le había puesto la tumba.

De un secreto inocente a la imaginación perversa de un par de hombres casi siempre borrachos.

El niño, haciendo caso a la exigencia de sus mayores, continuó sonsacándoles información a las crías.

Las acompañó a pasear por el campo, a bañarse en el río y a reír de mentira para que siguieran hablando.

Las acompañó, por fin, también a su casa.

El crío lo miraba todo como el perro espera la comida.

Después cada palabra que contó el niño terminó por alimentar en sus hermanos una atracción febril, apenas contenible.

Ellos se agitaban, excitados.

No podían esperar más.

Tan solo necesitaban una excusa para dar el siguiente paso.

El metro está lleno de gente y cada vez resulta más complicado moverse y respirar.

Ismael observa a los desconocidos y envidia esa herramienta común que poseen y que les permite huir de la realidad. Un elemento que les proporciona más puntos suspensivos en esa disonancia cognitiva que a veces es vivir. Gracias a su trabajo como médico entiende que vivimos suspendidos en un engaño permanente. No somos conscientes de que estamos caminando por la cuerda floja. No queremos mirar hacia abajo. Vivir consiste en una sucesión de hechos minúsculos que no se perciben hasta que algo ocurre y entendemos que todo se frena. Como un tren que se detiene.

La puerta se abre y drena a una multitud que inmediatamente es sustituida por otra.

Ismael se observa las manos.

Tiemblan, y eso le hace pensar en la derrota. En la probable derrota que acaecerá dentro de unas horas en el partido, y en la suya desde que decidió que la soledad era una palabra que podía hacerle compañía. Mejor solo que causando daño. También recuerda por un momento qué está haciendo en el interior de ese vagón en particular. En un tren que no tenía pensado tomar, acompañando a dos chavales que le han robado. Julia está seria, y Julio ha comenzado a mirar el reloj. Ismael no quiere repetir el gesto del chaval, porque hacerlo es convertir en realidad la cuenta atrás que lleva tiempo sonando en su cabeza.

Tic.

Tac.

El tren se detiene con un ligero rechinar y los tres se sienten arrastrados por esa mezcla que surge de combinar la inercia con la multitud que los acompaña.

—Venga —dice Julio en voz alta—. Esta es nuestra parada.

Caminan envueltos por la gente. Como esas ramas rotas que se dejan llevar por la corriente. Al llegar a la calle el sol los obliga a entrecerrar los ojos. Han ido a parar a escasos metros de cuatro personajes de dibujos animados. Están enterrados bajo enormes capas de fieltro, atrapados por una cremallera que se cierra a sus espaldas. Los cuatro sostienen globos con diversas formas. Nadie escucha la retahíla de maldiciones que gritan, agobiados por el calor que soportan bajo el disfraz. Los niños se acercan tímidamente a los rostros desfigurados de los personajes, ignorando que dentro hay una persona que también se está derritiendo. No pueden oír los insultos de los tipos que no han encontrado una forma peor de perderse la vida.

Ismael y los hermanos se alejan de la parada de metro y llegan frente al edificio de la Puerta del Sol. El reloj que se alza ante ellos comienza a sonar. Parece un simulacro de lo que ocurre allí todas las nocheviejas. La plaza, llena de turistas y ciudadanos vestidos de rojo, grita y celebra, dejándose llevar por una alegría liviana y sin sentido. Forman parte de un castillo de naipes que se alza sobre la esperanza de que todo irá bien. Los tres ignoran la fiesta y enfilan una de las callejuelas laterales que conducen a la plaza Mayor.

Se abren paso entre cuerpos que van y vienen. Ismael puede distinguir el olor a comida oriental, a comida italiana y a calamares fritos en apenas cien metros. Transitan por un callejón que en los tiempos en que se hablaba en verso fue un mercado de sal, y ahora se ha convertido en un espacio temático donde uno encuentra lo que espera y no lo que necesita.

Por fin llegan a la plaza. Esta se abre formando un arco sobre

sus cabezas y se extiende a lo largo de un enorme rectángulo en cuyo centro un jinete y un caballo se han hecho estatua. Pueden ver las cuatro torres con tejado de pizarra, y a su derecha una fachada pintada cuidadosamente. Los soportales están repletos de voces que hacen eco, y no son pocas las terrazas que conquistan la sombra. Ante ellos se despliega un lugar convertido en decorado donde los turistas son actores que pagan por tener un papel.

Los hermanos se alejan unos metros. Se mueven con determinación por la plaza e Ismael les deja hacer. No cree que lo abandonen ahora, después de haberle permitido que les pusiera nombre. O quizá se esté engañando, y en cuanto tengan oportunidad desaparezcan. Puede que no sean hermanos y que ni siquiera se llamen Julia y Julio. Puede que lo único cierto sea que él se llama Ismael. Por eso acelera hasta que ve cómo Julia se gira y señala algo entre los soportales que quedan junto a una de las esquinas de la plaza. Julio asiente con la cabeza y le hace un gesto para que se acerque.

Se dirigen hacia la parte inferior de una columna. Debajo, cada vez se va haciendo más visible una especie de manta en el suelo. Sobre la manta, dispuestos en un peculiar orden cromático, descansan diversos objetos antiguos. Ismael puede ver un cartel que intenta atraer la mirada del turista que no sabe lo que busca: objetos antiguos, precios nuevos.

Tras el cartel pueden ver a un señor mayor que se está mirando las manos. Tiene la cabeza gacha y no se percata de que están allí hasta que la sombra de Ismael invade la porción de suelo que queda a sus pies. El hombre levanta los ojos y mira fijamente a los hermanos.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —les dice sorprendido mientras se incorpora muy despacio.

Los padres de Sara fallecieron un año después de abrirle la puerta. Como si la vuelta de la hija fuera el último capítulo estrictamente necesario en sus vidas.

Sara pasó a convertirse en la propietaria de la casa junto a la iglesia.

Un domingo, al salir de misa, la gente tuvo que mirar al cielo.

Vieron pasar aviones mientras alguien pronunciaba en voz baja una palabra desconocida.

Alzamiento.

Sara y sus hijas se fueron a casa. Nadie quería estar en la calle a pesar del buen tiempo.

No percibieron dos sombras que, aprovechando el revuelo, las siguieron.

Tampoco se percataron de cómo esas dos sombras apretaron el paso hasta tenerlas muy cerca.

Solo pudieron escuchar el puño de dos siluetas malolientes golpeando su puerta. Las empujaron al interior y ellas chillaron.

Nadie las oyó.

En la calle ya se perdían gritos y disparos al aire.

Los hermanos les dijeron que era mejor que guardaran silencio, que estuvieran tranquilas.

Las mujeres sabían que esas palabras eran la forma exacta que a veces tiene el miedo.

María y Alfredo llegan al parque de atracciones después de caminar unos metros desde la estación. No les preocupa haber dejado su viejo coche blanco tirado en el arcén. Alfredo siente cierto placer culpable cuando le ponen una multa y solo tiene que romperla para dejarla pagada. Lo goza aún más cuando alguien lo está mirando, le resulta entretenido aparentar que está por encima de la ley cuando va de incógnito. No hay valiente más intocable que el de mentira.

Los guardias de la estación no han sido capaces de recordar a los fugitivos a pesar de las descripciones y de haberles enseñado las fotografías que les entregó Mercedes. Demasiada gente parecida alrededor. Por eso no les ha quedado otra que seguir sus pasos y quedar delante de la puerta abarrotada que da acceso al lugar de los gritos.

—Te veo venir, jefa —protesta Alfredo mientras caminan—. Ahí no quiero entrar, puede ser una locura.

—Pues no me veas venir tanto. Haremos lo que sea necesario. Así que estate atento y con suerte no echamos en esto todo el día.

—Estás un pelín tensa, ¿no será que sigue sin cogerte el teléfono el novio aquel?

—No seas gilipollas.

—Perdona, pero es que hoy estamos dando un cursillo sobre cómo no hacer las cosas. Esto lo leo en una novela o lo veo en una película y no me lo creo.

—Pues imagínate que estamos en una canción —replica la inspectora con una sonrisa, sin darse la vuelta—. A ver si asumes algún día que no tienes gracia, Alfredo —zanja María.

Alfredo percibe algo extraño en María. Son compañeros de academia, compañeros de comisaría y compañeros de aciertos y errores. Se conocen lo suficiente como para que Alfredo sepa que algo ocurre, aunque no sea capaz de convertirlo en un hecho concreto. Persiguen a dos ladrones y a un tipo que ha decidido venirse arriba, un Bruce Willis de la vida. A Alfredo le encanta utilizar esa expresión, venirse arriba, para referirse a las personas que bajo una situación de estrés hacen lo que no deben aunque no les dé para hacerlo. Un trabalenguas que confunde las motivaciones y que suele terminar mal o fatal. Venirse arriba es una forma de vida intermitente que se nos aparece a todos alguna vez. Algunos detectan la pulsión y la desplazan, mientras que otros se abrazan a ella y se meten una hostia, literal o figurada. Ahí decide el azar. Venirse arriba para Alfredo define perfectamente el ánimo de alguien que no sabe lo que está haciendo y en cambio es feliz asumiendo que no se detendrá a tiempo. Como si ignorara que todo lo que sube baja, y que no siempre hay alguien (un policía que quiere ver la final de la Copa del Mundo, por ejemplo) para evitar que cuando se caiga no se haga demasiado daño. Nada se precipita más rápido que un ser humano al que se le han vuelto borrosas las dudas y se cree dueño de una certeza absoluta.

Ese razonamiento induce a Alfredo a pensar que mientras él tiene una jornada de trabajo peculiar, su compañera parece estar motivada por algo que no comparte con él. Es cierto que llevan tiempo detrás de los ladrones de trasteros. Es uno de los casos que les ha tocado revisar durante el periodo de sanción por haber cometido aquel error en el atraco con rehenes. No esperaron a que llegaran los refuerzos y se montaron una película que terminó bien porque los cacos habían salido de un cómic de Ibáñez. Los habían apartado de los temas importantes para que se hicieran cargo de esa clase de problemas que se cuentan en las reuniones matutinas con minúsculas y

diminutivos. Para María había sido un golpe duro. Era una de las mejores de su promoción, a nadie le gusta tener manchas en un expediente que puede llegar a convertirla en comisaria. Alfredo sufrió junto a ella las consecuencias. Todavía recuerda las palabras del comisario cuando les dijo que les iba a tocar hacer deporte vestidos de calle.

—Vosotros vais en el mismo pack tanto con los aciertos como con los errores. Hay que joderse con lo que hicisteis. Ahora os tocan unos meses de coche viejo y facturas de gasolina. Para que no se repita. Así que, venga, a pasear.

Alfredo esquiva adolescentes, niños y padres cansados. No se permite sentir pena por estos últimos. Sabe que al menos esa noche ellos tendrán una recompensa cuando empiece el partido. Llevar a los niños al parque de atracciones es un billete directo a que nadie te moleste cuando le den la primera patada a la pelota. Con tu cerveza, tus patatas y tus arritmias cada vez que chutan a puerta. Una contraprestación justa.

María se dirige muy decidida hacia la puerta metálica de entrada al parque de atracciones. Avanza saltándose la cola mientras recibe unas cuantas miradas de esas que te perdonan la vida. Alfredo le sigue los pasos como puede mientras enseña su placa con elegancia a aquellos que parecen querer pasar de las palabras a las manos con su compañera.

Es posible que María crea que el robo de hoy le permitirá obtener la pista definitiva con la que podrán averiguar por qué los ladrones roban objetos que ya nadie quiere. Barajan varias teorías, por supuesto. Una de ellas es el aburrimiento. Robar porque se puede, no hay más. Al fin y al cabo, es relativamente sencillo extraviar cosas que no se van a echar de menos. Apenas reciben denuncias de robos en trasteros, y las que les llegan son de gente que dicen que lo que perdió es de valor. Ese es el segundo motivo que contemplan, y el que hizo que el caso se pusiera interesante. Robos de objetos a los que el propietario

no pone precio y que, con el tiempo, son una ganga para alguien que sepa lo que tiene entre manos. Las casas están llenas de tesoros potenciales que ignoramos, y también de maravillas subjetivas que no sirven ni para quitarle sitio al polvo. Ya sucedió algo parecido con unas pinturas hace tiempo. Alguien descubrió en la televisión que podía haberse hecho rico con los cuadros que guardó durante años enrollados en el armario. Los perdió de vista, no lo denunció, y casi se muere de un infarto al leer el beneficio que obtuvo el tipo que las subastó como suyas. Todo esto va pensando Alfredo, ya con un par de gotas de sudor en la frente, cuando alcanza la garita en la que está su compañera.

—Buenos días —le oye decir a María, que en ese momento está enseñando su placa—. Soy la inspectora Storch, y él es el inspector Laínz.

Alfredo baja levemente la cabeza y sonríe, está a punto de decir que el apellido empieza con ese líquida cuando el sorprendido señor que tienen delante deja a un lado su bocadillo de media mañana y decide responder con una pregunta.

—¿Qué se le ofrece, inspectora Estroiche?

—Mire —resopla María—, estamos buscando a tres personas. Una es un hombre de mediana edad. Va acompañado de un chico y una chica de unos dieciocho o diecinueve años. Sabemos que han llegado aquí hace aproximadamente un par de horas. Creemos que han entrado en el parque por esta puerta.

—No sé si se ha dado cuenta, pero hoy en el parque hay miles de personas —responde rascándose la cabeza—. Está la gente como con ganas de salir de casa, por lo que sea —sigue diciendo en tono irónico—. Con esa descripción podrían estar buscando más o menos a la mitad de los clientes del parque. —Dicho lo cual aprovecha para darle un mordisco a su bocadillo

de chorizo.

—Que aproveche —dice Alfredo.

—Muchas gracias —responde mientras mastica el señor.

—A ver —resopla María—. Buscamos a estas personas porque una de ellas ha sido víctima de un robo, y las otras dos son los ladrones. Creemos que la víctima está siendo coaccionada, o está cometiendo un error.

—O se ha venido arriba —dice el vigilante dándole otro mordisco al bocadillo.

—Eso creo yo también —coincide Alfredo, contento de encontrar un aliado inesperado.

María se gira hacia su compañero, pero enseguida vuelve a mirar al vigilante, quien, por la expresión de la inspectora, deduce que el bocadillo quizá pueda esperar.

—¿Podría usted darme una descripción más precisa? —sonríe el vigilante.

—Quizá sean los únicos que hoy no van vestidos de rojo en todo Madrid —dice Alfredo.

—Eso sí que es algo peculiar —oyen a su espalda.

Cuando se vuelven, ven a un hombre vestido de azul, con el pelo canoso. Él no lleva un bocadillo en la mano, y luce un aspecto más estilizado. Se acerca lentamente a la garita con el semblante serio. Alfredo deduce que se encuentran ante un policía entre comillas. No es un agente de la ley, pero siente que la ley forma parte de él. Es de esas personas que tienen una parcela de poder y disfruta marcando límites y exprimiéndola. Ahora los cuatro están apretados dentro de la pequeña garita.

—Perdone, pero he escuchado lo que decían —los interrumpe el tipo de azul—. ¿Y dice usted que son dos chavales y un tipo como de treinta y tantos años? —pregunta el nuevo agente mientras observa el bocadillo de su compañero.

—Sí, eso es.

—Pues mire, agente.

—Inspectora María Storch.

—La llamaré María —dice sonriente el tipo de azul con canas.

—Mejor —dice Alfredo.

—Esta mañana hemos tenido un incidente en una de las atracciones del parque —les explica el vigilante recién llegado —. Un tipo se ha montado con dos chavales jóvenes. Uno de ellos se ha quejado de que los ha estado molestando durante el trayecto. El mayor se ha disculpado. Los he seguido un rato y he visto que se han puesto a hablar y al final se han ido los tres juntos. Me ha parecido raro, por eso me ha llamado la atención. Han salido por esa puerta de allí.

—¿Tendría alguna imagen de las personas de las que me está hablando? —pregunta María entre interesada y sorprendida.

—No tenemos cámaras en esa puerta —dice casi atragantándose el hombre del bocadillo—. Pero ahora que mi compañero lo dice, sí que me pueden sonar de algo.

El tipo continúa mordiendo el chorizo sin moverse de su silla mientras María y Alfredo lo observan.

—No sabía yo que el chorizo era bueno para la memoria — dice Alfredo, y el comentario le arranca una discreta sonrisa a su compañera.

—Claro, chorizo de cantimpalo. Lo mejor para las neuronas —añade María acercándose al hombre—. ¿Y bien…?

—Hace un rato me han llamado la atención un chico, una chica y un hombre que han decidido irse del parque y no han querido que les pusiera el sello para volver a entrar.

—¿Eso es todo? —inquiere Alfredo con impaciencia.

—No. —Da otro mordisco y traga con esfuerzo—. Al final me atragantaré, verás… El chaval me ha dicho que se iban a la plaza Mayor.

—Un lugar tranquilo y sin gente —suelta Alfredo, contrariado.

—¿Son estos? —María le enseña las dos fotografías que consiguieron en la central de vídeo del Metro.

—Exacto, esos eran —dice el hombre conteniendo un pequeño eructo que le acaba saliendo por la nariz.

—Muchas gracias —dice María mientras da un paso atrás.

María y Alfredo les dan las gracias al vigilante y al tipo de azul. Este último observa a los agentes mientras se marchan. Sin decir nada, coge el bocadillo de chorizo de su compañero y, tras mirarlo con cierto asco, decide tirarlo a la basura. Después regresa al interior del parque.

Los dos agentes se encaminan al coche, que está cerca de la parada de metro.

—Vamos, tenemos que llegar rápido al centro —dice María que ya lo está esperando en el lado del conductor.

—A sus órdenes —responde Alfredo, algo contrariado.

El policía abre la puerta y se deja caer en su asiento. Escucha cómo arranca el motor. En el parabrisas le han dejado una multa. Antes de acomodarse coge el tíquet que hay en el cristal. Pone la radio, rompe el papel y baja la ventanilla. Sin duda ellos también se están viniendo arriba.

Las niñas corrieron a la cocina y se pusieron a vociferar a través de una pequeña ventana. El caos que reinaba fuera permitió que los hermanos las apartaran bruscamente.

Se acercaron a Sara y la sujetaron de los brazos y del cuello.

Le preguntaron por su tesoro mientras tiraban con fuerza de su ropa.

No querían mentiras.

Sara miró a sus hijas y lloró, sin entender cómo había podido llegar su secreto a oídos de esos hombres.

Los hermanos le rompieron la falda y la echaron sobre una mesa, casi desnuda.

Entre rugidos y escupitajos les ordenaron a las niñas que buscaran el tesoro mientras ellos se divertían.

Las niñas trastabillaron, temblorosas.

Fue así como, al acercarse a la encimera, se percataron de los cuchillos que había sobre ella. Tomaron cada una un metal con cuidado de que los animales no se dieran cuenta.

El más alto de los hermanos separó las piernas y se bajó los pantalones. Tenía los ojos en blanco y la mandíbula desencajada. No se percató del movimiento de los cuchillos hasta que atravesaron su espalda.

El metal cortó piel y músculos una y otra vez.

Atravesó los riñones, el intestino, el hígado.

El suelo se llenó de sangre.

Presa del pánico, el hombre roto miró a su hermano, después a las niñas.

Y al fin se desplomó con un golpe seco.

La madre se incorporó y trató de cubrir su desnudez con unos

jirones de ropa.

El hermano que quedaba en pie huyó a trompicones de la casa.

Clamaba venganza.

Los cuchillos cayeron al suelo desde las manos de un par de niñas que no entendían nada.

El viejo Tomás observa a las tres personas que tiene delante.

Conoce a dos de ellas, y al otro lo intuye.

No sabe por qué, pero tiene la seguridad de haber visto esa cara no hace mucho.

Tomás detecta en su forma de mirar una preocupación que le resulta familiar. Esas dos pupilas que escrutan su puesto de arriba abajo expresan la rabia y la incertidumbre del que busca lo que es suyo.

También sabe que los dos chavales no deberían estar ahí.

Ellos entienden perfectamente cómo funciona el negocio. Se hace la entrega, se paga al momento y no se pregunta. No tener noticias de Gordo son buenas noticias. Si se han saltado las normas debe ser por un buen motivo, si ese motivo no es bueno pueden buscarse un problema que les queda demasiado grande tanto a ellos como a Tomás.

—¿Qué hostias hacéis aquí? —pregunta Tomás visiblemente enfadado.

Los dos hermanos sonríen. Mellizos en los gestos y en la estupidez.

—Venimos a que nos devuelvas lo que te hemos dado en el metro —le dice Julio.

—Tú eres gilipollas —le espeta Tomás poniéndose de pie—. Os dije que no podíais volver a mi puesto.

Ahora que se ha incorporado, Tomás puede ver mejor al hombre que va con los dos críos. Está nervioso, tiene un aspecto desaliñado. Diría que está temblando. Mantiene los dedos de las manos extendidos y separados. No para de analizar los objetos que hay expuestos sobre la sábana, sin

duda está buscando la caja de madera que los dos chavales le entregaron a Tomás hace unas horas. El hombre tembloroso no tarda mucho en darse cuenta de que no está allí.

—No la veo —dice nervioso Ismael girándose hacia Julio.

—Un momento —interviene Tomás alzando la mano—. No os precipitéis.

Julia mira extrañada a Tomás. Lo conoce desde que empezó su condena en las calles. Primero conocieron a Gordo y luego lo conocieron a él. Tomás, el que se encarga de receptar el material que roban y de pagarles algo a cambio. Llevan un tiempo en el negocio y nunca han tenido problemas. La única norma que debían cumplir era no salirse jamás de contexto. Había un raíl, ellos eran un tren y no debían abandonar las vías si no querían descarrilar.

A Gordo solo lo podrían ver cuando Gordo quisiera verlos. Solo podrían tratar con Tomás después de haber cometido los robos, en la entrega. Rompieron la norma una sola vez, muy al principio, después de entregarle un par de cajas de pendientes al viejo. Lo siguieron sin que se diera cuenta para ver qué hacía con ellos. Querían tener más información acerca del destino final de lo que conseguían. La información es poder o algo así, creían. No les costó demasiado pasar desapercibidos cuando fueron tras los pasos del viejo hasta la plaza Mayor. Allí vieron cómo abría su maleta, desplegaba el material y se sentaba en una silla plegable. Un puesto de objetos que nadie quiere, esparcidos por el suelo para que otros los compren y vuelvan a no quererlos de nuevo.

Tomás observa a los tres mientras se caga en los muertos de los hermanos. No lo hace en voz alta porque sabe que insultar hacia dentro es mucho más elegante. No hace daño al receptor y consuela al emisor. Todo beneficios. Pero ahora Tomás necesita pensar qué debe hacer. Los dos chavales han cometido el error de ir a verlo. Si esto ha ocurrido es porque lo que han

robado es más valioso de lo que pensaban. Eso le parece bien, porque significa que ha hecho un buen negocio y Gordo estará contento.

Pero, al mismo tiempo, como en una puñetera balanza cuyo equilibrio requiere sacrificios, entiende que si la víctima está ahí con ellos es porque la necesidad de recuperar lo perdido supera el beneficio de lo logrado al venderlo. Tomás no es muy bueno con los problemas pero esa suma le está saliendo fatal en su conciencia.

—Mira, Tomás —le dice Julio mientras rebusca en uno de sus bolsillos—. Aquí tienes lo que nos has dado por la bolsa.

—Añade esto —interviene Ismael, sacando a toda prisa su cartera. Al hacerlo cae al suelo una pequeña libreta que va a parar junto a los pies de Tomás.

El viejo se agacha y recoge el pequeño cuaderno. Comienza a pasar páginas y descubre una letra pequeña y apretada. También entrevé algún dibujo y el nombre de una mujer.

—Tomás, por favor —le dice Julia—. Necesitamos que nos devuelvas lo que te hemos entregado esta mañana.

Ismael observa primero a Julia y después a su hermano. También mira el reloj, como si levantara un peso con la muñeca. En cuanto llegó a la plaza tuvo la sensación de que era una pérdida de tiempo. Gira sobre sus talones y divisa entre la gente varios policías municipales hablando junto a la estatua del caballo que hay en el centro. Quizá lo más inteligente sería separarse de los ladrones y contarles a los agentes lo que está ocurriendo. No va a recuperar lo que le han robado. La derrota es un proceso lento pero elegante cuando se asume tanto la derrota en sí como sus consecuencias. Ismael siente que lleva mucho tiempo yendo a por él y que, por mucho que corra, acabará alcanzándolo. No ha empezado hoy, ni esta mañana, comenzó hace tiempo, cuando tomó muchas de sus decisiones. Pero ahora se le presenta limpia y nítida. Eligió perder, la

soledad y el vacío. Prometió algo que no podrá cumplir. La llamada de teléfono de hoy ha sido un paso más hacia la derrota. Como el eterno perdedor que es, en ese momento no sabe si olvidar lo que ya no tiene o pelear por lo poco que queda de él en el interior del objeto que le robaron.

—Mirad, yo no tengo lo que buscáis —Tomás se sienta despacio en su silla. Introduce la mano en la maleta que tiene al lado y coge un bolígrafo. Comienza a toser y siente que la boca se le llena de sangre que traga con dificultad. Toma aire y continúa hablando—, pero sí sé dónde podéis encontrarlo. Voy a escribir en esta libreta la dirección del lugar al que debéis ir.

—Gracias, Tomás —dice Julio.

—Pero… —continúa Tomás.

—No jodas, abuelo —lo interrumpe Julia.

—… antes de que os devuelva la libreta, vuestro amigo va a tener que hacer algo por mí.

Después de aquella muerte llegaron la culpa y el dolor por lo hecho.

A ello se sumaron las miradas de un pueblo que condenó a las niñas por matar a un hombre que, según su hermano, no quería hacerles daño.

Fueron la palabra de tres mujeres contra la de un hombre que había nacido entre ellos.

Sara entendió que debían desaparecer. La venganza era una semilla paciente e inexorable que estaba sembrada contra ellas.

Decidió que la mejor manera de hacerlo era entre las calles de una urbe donde serían uno más entre demasiados.

Cerraron la casa junto a la iglesia al terminar la guerra.

Entre escombros y represalias llegaron a Madrid.

Buscaron un hogar en un barrio que en realidad era un pueblo dentro de la ciudad. Vecinos llegados de todas partes que ahí se encontraban menos perdidos.

Comenzaron a vivir en un pequeño edificio rectangular en cuyo interior se abría un patio de corrala.

Escondieron en un armario sus recuerdos y se prometieron mirándose a los ojos que no hablarían con nadie de los tesoros.

La madre siguió acariciando su colgante en el cuello y la caja de madera antes de conciliar el sueño.

De vez en cuando iban al centro. Allí sus alpargatas y sus faldas remendadas enmudecían al paso de todos aquellos vestidos de película.

El primer día que visitaron ese otro mundo se hicieron una fotografía en blanco y negro.

Una madre y sus niñas, tres sonrisas.

En la ciudad nadie les preguntaba de dónde venían ni qué había

sido de su vida.

Todo era nuevo y por estrenar, no había sospechas ni desasosiegos.

Sara no tardó en encontrar trabajo de cocinera.

Sus hijas se hicieron costureras. Las dos cosían para las vecinas, traían dinero a casa. Copiaban para los pobres lo que veían en los ricos los fines de semana.

Abandonaron la escuela.

Entre botones y agujas el tiempo se volvió sutil y suave.

Por un momento pensaron que vivir había dejado de doler.

—Un bocata de calamares. —Tomás mira fijamente a Ismael, que parece no entender.

—¿Cómo? —pregunta.

—Que si quieres la libreta con la dirección del sitio al que debéis ir tienes que ir a comprarme un bocadillo de calamares —sonríe Tomás.

Ismael se gira hacia Julia y esta se encoge de hombros.

—Yo tampoco entiendo nada, pero parece la única forma de que nos dé la libreta.

—No puedo irme y dejaros aquí —dice Ismael.

—No te preocupes —lo tranquiliza Tomás—. Yo me quedo con ellos, no me voy a ir y no se van a marchar. Además, ya has visto dónde estoy y de qué trabajo. A estos dos jóvenes estúpidos no les compensa irse de aquí sin ti porque lo que tenían que perder ya lo han perdido.

—Vete tranquilo —añade Julio—. No nos vamos a ir.

—Prometido —concluye Julia.

Ismael se aleja caminando, al principio de espaldas. No quiere perderlos de vista. Cuando está lo suficientemente lejos de ellos como para que puedan salir corriendo sin que pueda evitarlo se percata de lo absurdo de la situación. Deja de caminar marcha atrás, pues además ha comenzado a llamar la atención de un par de chicas que pasan por su lado, se da la vuelta y se dirigirse hacia la esquina de la plaza que tiene más cerca. Sabe que a unos metros se encuentra un conocido bar en el que los turistas caen como en un sumidero. El olor a aceite y los gritos en la barra son la flauta que los atrapa.

Entretanto, bajo la columna, delante de los soportales, Tomás

se pone cómodo en su silla y dirige la mirada hacia el cielo. No hay nubes y el sol está haciendo prácticas de tiro con todos aquellos que no encuentran sombra. Cierra los ojos y sostiene la libreta entre sus manos. Siente un repentino cansancio. Sin duda, lo que ha escrito en el papel hará que las cosas cambien. Parece que ha llegado el momento de plantearse la jubilación, el paso a una vida distinta. De algún modo sabía que iba a ocurrir de forma inesperada. Ya está bien de sillas de mentira y de puestos de juguete. Pensar en ello le hace sonreír y hace que los dos hermanos se miren preocupados.

—A este le está dando un ictus —dice Julio.

Julia y Julio no olvidan el día que conocieron al viejo. Con el señor de los ojos cerrados y la sonrisa extraña encontraron un faro en la oscuridad, al que llegaron una tarde de primavera cuando salían del instituto. Se les ha quedado dentro el sonido del timbre al terminar las clases, la felicidad de recoger el pupitre y el sonido de los zapatos al final de las escaleras cuando salían a la calle. Faltaba un día menos para que llegase el verano. Arrancar las hojas del calendario no tiene mayor importancia hasta que llega un día, un determinado momento, en que no hay forma de que cierta hoja caiga.

Aquella tarde volvieron a casa por el mismo camino de siempre y dejaron atrás a los mismos amigos de siempre. Lo que no resultó ser como siempre fue lo que los esperaba al final de la calle, justo antes de girar la última esquina: un tipo enorme con la frente sudada.

—Vosotros debéis de ser Julio y Julia.

—Sí —respondió un atemorizado Julio.

—Es que vuestro padre era simple hasta para poner nombres —les soltó entre carcajadas.

Los dos niños se quedaron inmóviles. Ante ellos un hombre cuya piel caía en cascada sobre el cuello les impedía seguir adelante.

—¿Cómo sabe usted quién es mi padre? —inquirió Julia.

—Porque yo sé cosas —sonrió enseñando los dientes—. Por ejemplo, sé que tu padre era un transportista cabezota y presumía de ser buen compañero.

—Mi padre era taxista —gruñó Julio.

—Claro, claro —respondió carcajeándose de nuevo—. Vuestro padre fue taxista, y yo estoy más fino que un torero a punto de tomar la alternativa en Las Ventas. —Se tocó la cintura antes de continuar—. Vuestro padre llevaba cosas de un sitio a otro con un coche, eso es verdad. A veces personas, a veces mercancías. Lo hacía muy bien, no lo dudéis. Yo soy de los que creen que eso se lleva en la sangre. No se aprende, se tiene. Así que ahora os toca a vosotros hacer para mí algo parecido a lo que hizo él.

—Déjenos pasar o gritaremos —lo amenazó Julio, enojado.

—Hacedlo. En el barrio nadie dirá nada. A vuestros vecinos les sale mucho más a cuenta guardar silencio. —El rostro dejó de reír y se convirtió en una bola rígida y enorme.

Los dos hermanos se cogieron de la mano. El miedo es un animal inteligente que sabe cuándo reclamar su sitio. En ese gesto encontró cobijo entre los dos críos.

—Voy a ser breve porque no merece la pena perder el tiempo. —La masa avanzó un paso hacia los niños—. Llevo tiempo observándoos. Sé dónde estudiáis y sé dónde vivís. Conozco a vuestra madre. Sé que últimamente es como si no estuviera en casa. También sé que en este momento no os estará esperando y que no queréis que las cosas cambien por su bien y por el vuestro. Vosotros ahora vais a escucharme y, por supuesto, no vais a decir nada a nadie. En cuanto termine os marcháis para casita y demostráis que sois buenos chavales y os gusta guardar un secreto. ¿Estamos?

Julio y Julia escucharon al desconocido como si estuvieran hipnotizados. Ante ellos, un enorme bloque de carne estaba

capturando paulatinamente la luz. Un agujero negro del que los dos críos solo podían salir rodeados de oscuridad.

—Vosotros queréis que en vuestra casa todas las cosas sigan igual. Tenéis que saber que yo también lo quiero. Mañana pasaré a buscaros. Aquí mismo y a esta misma hora. Os enseñaré lo que debéis hacer y dónde —dijo antes de abrirse paso entre los dos, cruzar la calle y desaparecer.

Tras aquel encuentro, y durante varios días, Gordo esperaba a los dos hermanos cuando salían del instituto.

Los metía en un coche y los llevaba a un local donde les enseñaron a moverse por las calles sin llamar la atención. Con la ayuda de un tipo más joven, que siempre se situaba detrás de Gordo a modo de escolta, aprendieron a meter la mano en bolsos y bolsillos. Practicaron el método de la muleta y el de la mancha. Les enseñaron a confundir con un papel o un mapa, y a hacer preguntas para desconcertar a la víctima y dar el tirón sin problemas. Un curso acelerado de robo que los dos hermanos se tomaron como una asignatura en la que apenas planteaban dudas. Al terminar la jornada regresaban a casa y le hacían compañía a su madre. No le contaron nada de lo ocurrido a ella. Solo entraban en su cuarto y lloraban.

Transcurridas varias semanas, Gordo los esperó al salir del instituto. Los metió en el mismo coche de siempre, pero no los llevó al lugar de las lecciones. Después de callejear un rato se detuvo frente a un local.

—Estos locales van a ser vuestra fuente. Quiero que los conozcáis, los vigiléis y que no se os escape cualquier material que creáis interesante. Es un trabajo fácil. De aquí solo suelen salir viejos con objetos viejos, o jóvenes con cosas que ya no quieren. De ellos van a surgir vuestros regalos. No me importan las semanas vacías. Sí me importa que creáis que no os estaremos vigilando. No preguntéis por mí y no habléis de mí. No me veréis más salvo que cometáis un error o sea

estrictamente necesario.

—¿Y qué hacemos con las cosas que consigamos? —preguntó Julio.

El coche volvió a acelerar hasta que se detuvo junto a una parada de metro.

—Ahí dentro os lo van a explicar. Cuando entréis en el metro tomad el acceso que queda a la izquierda. Os están esperando. Bajad del coche.

Julio y Julia cerraron la puerta del vehículo y vieron cómo aceleraba hasta desaparecer. Bajaron las escaleras mecánicas y se colaron saltando el torno. Después, tal y como les dijo Gordo, giraron a la izquierda.

Ante ellos se abría un túnel. Hacia la mitad vieron a un tipo sentado en una silla plegable, y a su lado tenía una maleta. Avanzaron hasta llegar junto a él. El hombre los observó con una sonrisa. Después se puso de pie, lentamente, y extendió la mano.

—Me llamo Tomás, ya era hora de que nos conociéramos.

Sara envejeció entre cazuelas y viendo a sus hijas tejer junto a la ventana.

Ellas se hacían vestidos que paseaban los fines de semana por el centro.

Tras uno de aquellos paseos, la hija mayor apareció en casa del brazo de un joven sonriente y educado.

Sara disfrutaba comprobando que trataba a su hija con educación. Heredero de una pequeña empresa familiar de fontanería. Manos gastadas y corazón grande. Como su marido.

El joven no tardó mucho en pedirle la mano. Sara lloró antes de asentir y abrazar a su hija.

El día de la celebración las tres mujeres entraron juntas en la iglesia. En su lado de la bancada no había familia, pero sí muchas vecinas vestidas de fiesta.

La ceremonia se llenó de lágrimas y promesas.

Tras el banquete, Sara se acercó a su hija para darle su regalo.

Le entregó la caja de madera.

También le puso al cuello la llave engarzada en una cadena.

Sara entendió que la caja ya había cumplido su cometido con ella.

Cuando se hizo tarde tomó de la mano a su hija pequeña y se despidió con un beso de la recién casada y su yerno.

No pudo ver cómo la novia se tropezaba y se detenía, perpleja.

Como si no supiera andar.

Como si estuviera súbitamente atrapada por una bestia.

El coche atraviesa las calles a una velocidad que, aunque respeta las normas de circulación, ignora el sentido común. Frena en cada semáforo, no se salta ninguna señal, pero de un parón a otro pisa el asfalto como si el mundo se cayera a su paso.

—Yo creo que si vas más deprisa viajaremos en el tiempo —dice Alfredo mientras se sujeta de forma cómica al asiento.

—Eres un poco imbécil, Marty McFly —responde María mientras gira el volante.

La inspectora mira atenta al frente. Las calles están llenas y cada vez resulta más difícil avanzar. El centro de la ciudad es un hervidero en el que muchos desconocidos han puesto hoy la diana. Además, sabe que van a cortar muchos accesos. Hay pantallas gigantes y hay ruido. Una fiesta lejana que ella iba a celebrar sola en casa viendo la televisión. Cualquier cosa menos el partido. Aquel tenía que ser un día que debía transcurrir por inercia, una jornada durante la cual cumplir un turno y regresar. No tenía intención de buscarse problemas con los problemas de los demás. Tocaba ser policía de paseo, de incógnito, pero de paseo. Ida y vuelta.

—¡Cuidado con ese señor! —grita Alfredo señalando al frente.

—Ya lo había visto, tranquilo.

—Hostia, María, ya casi estamos, si vas un poco más despacio tampoco pasa nada. —Alfredo se recoloca en el asiento.

Alcanzan una de las calles que hay junto a la plaza Mayor. Dejan el coche en una zona marcada con líneas amarillas en el

suelo. Un par de hombres con una cerveza en la mano los observan desde una terraza. Se ríen al verlos salir del vehículo. Se ríen porque asumen que ella no sabe que ahí no se puede aparcar. María y Alfredo pasan a su lado y los bebedores se ríen con más ganas al tenerlos cerca. María los mira a ambos y les devuelve la sonrisa mientras les enseña la placa de policía. Tras ese gesto, de repente les sienta mal la cerveza.

Al llegar a la plaza se encuentran con una muchedumbre que ha decidido ponerse de uniforme. Todos de rojo.

—Es como en el ataque de los clones, pero sin que podamos usar la fuerza —comenta Alfredo.

—Estás muy peliculero tú hoy, ¿no? —dice María.

—Sí, me gusta el fútbol y *La guerra de las Galaxias*. Soy de los que no quedan. Pero reconoce que por suerte los que buscamos no van vestidos como los demás —dice Alfredo mientras hace visera con la mano.

Se acercan al centro, junto a la estatua ecuestre. Una vez allí se detienen a hablar con un par de agentes que están de pie a la sombra del mamotreto. Ellos también parecen un par de esculturas. Deben estar ahí todo el turno, dando vueltas. Para que su presencia le quite a la gente las ganas de hacer lo que no debe. María les resume por qué necesita que les echen una mano y les muestra las imágenes de las personas que están buscando.

—Pero puede que no hayan llegado, que hayan cambiado de idea o que ya se hayan ido.

—Es usted un lince, agente —comenta Alfredo.

—Lleva usted razón —prosigue María al tiempo que le lanza una mirada recriminatoria a su compañero—. Si ha ocurrido lo que dice, lo lamentaremos, nos pondremos en contacto con la central y nos iremos a casa.

—A ver el partido —remata Alfredo.

—Si los ven, no hagan nada, nos avisan antes. A partir de ahí

organizamos la detención —añade María.

—Y Ahora, vamos a encontrar nuestras tres agujas en este bonito pajar —concluye Alfredo. Se da la vuelta y empieza a caminar hacia una de las esquinas de la plaza.

Los policías se separan. Se han distribuido la plaza por cuadrantes. María decide permanecer a unos metros de la estatua. A pesar de la actitud de su compañero, confía en que hará bien su trabajo. Alfredo es uno de los mejores agentes con los que ha trabajado. Protestón y cabezota, pero leal y coherente. Nunca la ha dejado atrás, aunque eso le valiera un castigo inmerecido. Ella fue quien tomó la decisión el día de los rehenes, él solo cumplía órdenes.

María observa a la gente. Se mueve como el agua del mar cuando rompe en pequeñas olas. Va y viene, y eso le permite detectar fácilmente los lugares en los que se remansa. Uno de ellos es un señor que hace de estatua. Tiene un sombrero en la mano, gafas y un paraguas. Parece estar sometido a una ráfaga de viento que atrapa su ropa y su cuerpo en una postura imposible. Está rígido, dando un paso largo. Lucha contra una tormenta invisible mientras lo observan personas que son otro tipo de tempestad.

El otro punto donde María puede ver que la gente se agolpa son los soportales. Allí las tiendas y los bares abducen a los turistas. Sabe que pocos madrileños entran en esos sitios. Los ciudadanos del día a día no quieren actuar de figurantes en estas zonas de la capital que se han convertido en un parque temático. Allí hay tiendas de recuerdos de un país que ya no es, pero al que le interesa seguir vendiéndose como tal. También hay platos típicos de cualquier lugar de España y menús del día que combinan lo mejor y lo peor de una gastronomía que parece de plástico. Se venden postales para el paladar. Como si se hubiera asumido que turismo y trampantojo son sinónimos sin decirle nada a nadie.

María decide dirigirse hacia los soportales. En su búsqueda observa primero la ropa y después el rostro. Si lo primero no encaja con lo que busca, ya no se esfuerza tanto en analizar las facciones. Cuando uno tiene que reconocer a alguien entre una multitud, primero debe centrarse en lo más destacable, y después ir a lo concreto. Aquella lección de la academia no se le olvida. Por eso sus ojos se dirigen con rapidez hacia un tipo sentado en una silla plegable. Es una disonancia entre la muchedumbre que se repite. Sabe que ha visto a ese hombre antes. Lo ha visto de pie y apoyado en la pared de una estación de metro. Puede ver que a sus pies hay una maleta y una sábana repleta de objetos de diferentes tamaños. Cerca de él hay una pareja de jóvenes que están de pie. Parecen hablar con el hombre de la silla. Lo escuchan atentamente. También los ha visto antes. María se queda quieta, dejándose envolver por el torrente de desconocidos que van y vienen a su alrededor. Como una piedra minúscula resistiéndose a la corriente. Después saca el teléfono de su pantalón.

—Alfredo —dice—. Creo que he encontrado un par de agujas.

Sara, ya anciana, se encontraba en el salón delante del televisor. Parecía perdida en el blanco y negro de aquel único canal que lo sabía todo.

Su hija mayor estaba terminando de preparar la cena y se movía con cuidado de no tropezarse.

Hacía mucho calor en la cocina.

Los pocos metros se le hacían muchos, como si se hubiera dejado los pasos olvidados en algún sitio del que no sabía volver.

Tenía que pensar en cada músculo y en cada articulación, un esfuerzo que la agotaba y la hacía sentir rígida.

Su marido hablaba en el rellano. Tras la última tubería reparada comentaba las noticias con un vecino.

La mujer miraba la calle por una pequeña ventana.

Observaba a la gente caminar.

No entendía cómo lograban que pareciera tan sencillo.

Bajó el fuego al mínimo para que el agua capturara lentamente los sabores del puchero.

No quería estropear la receta que su madre le transmitió cuando todavía era niña.

Miró al salón y vio a Sara capturada por la pantalla.

Se le escapó una sonrisa.

No se percató de las lágrimas en el rostro de su madre.

Ismael observa el bocadillo. Lo han envuelto en un papel de cocina fino que apenas es capaz de contener el aceite que escapa del pan. Despide un olor agradable que le hace pensar que quizá tenía que haber comprado también algo de comer para los demás. Ese pensamiento le resulta cómico y absurdo. Por alguna razón los dos chavales le caen bien. No sabe quiénes son, le han creado un problema, pero no puede parar de pensar en cómo podría ayudarlos cuando termine todo. A él le suele dar igual la gente. O, al menos, no suele verse influido por lo que hacen o les pasa a los demás. Es una herramienta de autodefensa que le sirve de cortafuegos para los problemas que no le corresponden. Camina esquivando cuerpos. Algunos señalan su bocadillo al cruzarse con él y confirman que van hacia donde deben. El hambre es un idioma que une. Un par de niños pasan a pocos centímetros, haciendo tropezar a Ismael que evita caerse con un torpe movimiento de pies.

—Perdone —dice el que parece ser el padre.

Ismael hace un gesto indicando que no importa y lo observa. Un tipo con canas, poco pelo y barba. Camina junto a una mujer de pelo rizado y un niño de unos diez años con gafas. Van hablando mientras los dos críos que casi le tiran el bocadillo se giran, uno moreno y otro rubio, para después seguir jugando.

Ismael no tuvo a nadie con quien jugar cuando paseaba con sus padres. Concluyeron que con un hijo era suficiente, no quisieron lanzar más monedas al aire. Desde ahí comenzó a desarrollar una existencia autónoma y terminó por pensar que construirse un espacio seguro parecía la única solución.

Rodeándose de una atmósfera que pudiera resultar irrespirable a voluntad. Una vida basada en relaciones en apnea que duran hasta que necesitas subir a la superficie a respirar.

Entra en la plaza y se dirige hacia la columna en la que descansa Tomás. Los dos chavales continúan hablando con el viejo. No se han movido del lugar donde los dejó. En cuanto se percatan de que ha regresado se giran hacia él.

—Has tardado poco, parece que no había mucha gente —dice Julio.

—La suficiente, ahora se estaba llenando más —dice Ismael mientras extiende la mano hacia Tomás.

El viejo coge el bocadillo, se lo acerca a la nariz y sonríe.

—En mi anterior trabajo me comía uno de estos una vez a la semana. Dejaba el coche del trabajo aparcado cerca, me daba un paseo por la plaza y me iba a por el bocadillo. Después regresaba aquí y me sentaba en el suelo. Creo que justo en esta columna. Era como mi oasis. Uno de los pocos lujos que me permitía. —Se detiene para tomar aire y toser—. Ahora, con la cosa esta de la vejez, se me hacen todos los días y todas las semanas iguales. Casi todo me da igual y me dejo ir un poco. Quizá si tuviera familia alguien me habría dado un toquecito en el hombro para, yo qué sé, cambiar algo. Pero hoy parece distinto. Solo he tenido un cliente, que no ha pagado nada, y con vuestra cagada esta de venir a verme me habéis hecho reflexionar.

—Pues muy bien, muy bonito —dice Julio—. ¿Has reflexionado ya lo suficiente como para darnos la dirección?

—Esa es la cosa —responde Tomás, tose y deja el bocadillo en el interior de la maleta, junto al resto de sus posesiones—. Puede que hoy de mi reflexión también surja algo inolvidable para vosotros. Un punto de inflexión.

Tomás se pone de pie y toma la libreta de Ismael. La sostiene unos instantes. La abre y vuelve a leer lo que ha escrito. La

letra, grande y en mayúsculas, tiene un peculiar trazo tembloroso. El viejo ha escrito la dirección de tal manera que no hay riesgo de que no entiendan lo que pone.

—Aquí tienes —dice, y le da la libreta a Ismael.

Tomás se arrodilla con esfuerzo. Comienza a recoger los objetos sobre la sábana. Ismael, tras comprobar que su libreta no está manchada de aceite, lee en voz alta la dirección que ha escrito el viejo. Los dos hermanos se revuelven y Julio le arrebata bruscamente el pequeño cuaderno de las manos.

—¿Qué haces? —pregunta Ismael sobresaltado.

Julio y Julia vuelven a leer la dirección escrita. No hay posibilidad de error.

—¿Qué es esto, Tomás? —dice Julia muy nerviosa inclinándose hacia el hombre.

El viejo sigue recogiendo los objetos. Los deposita uno a uno en el interior de su maleta. Con mucho cuidado de que no toquen el bocadillo, que deja una mancha de aceite cada vez mayor en el papel en el que está envuelto.

Cuando la sábana está vacía, Tomás la dobla meticulosamente. Retira su comida y sitúa en su lugar la sábana. Después pliega la silla y termina de cerrar la maleta.

—Os lo he dicho —responde poniéndose de pie y mirando fijamente a los ojos de Julia—. Hoy puede ser un día extraordinario para todos. —Da el primer mordisco al bocadillo.

—¡No te rías de nosotros! —Julio da un paso al frente, enfadado.

—No lo hago, os lo prometo —se reafirma, críptico.

Ismael observa la escena sin entender qué ocurre. Se adelanta y apoya la mano en el hombro de Julio.

—¿Me podéis explicar qué pasa?

Los dos hermanos se vuelven hacia Ismael, que ahora les parece lejano y desconocido.

—La dirección que ha escrito es la de nuestra casa —dice Julia.

El marido repitió las últimas palabras de su vecino y cerró la puerta. Soltó un acrónimo de tres letras que le acompañó al caer en el sofá junto a su suegra: ETA.

Después estiró las piernas y subió el volumen para escuchar las noticias.

No quiso preguntarle a su mujer cómo le había ido el día.

Llevaba tiempo notando que se comportaba de forma extraña y no quería darle importancia. Se engañaba pensando que si uno no habla de los problemas, estos quizá desaparezcan.

La puerta de la calle se abrió con un chasquido y entraron un par de adolescentes empujándose el uno al otro entre sonrisas.

Regresaban a casa un poco antes de lo habitual porque tocaba la receta que su madre aprendió de la abuela. Era su forma de celebrar que siguiera preparándola, porque cada vez tardaba más tiempo en repetirla.

En la cocina el chico y la chica besaron a su madre, cada uno se asignó una mejilla. Después hicieron ruido de platos y cubiertos mientras ponían la mesa.

Cuando detectaron por el aroma que el guiso ya estaba listo dieron paso a la cena. El padre entró en la cocina para ayudar a Sara. La televisión quedó encendida. No vieron la imagen de un coche sobre una azotea, un socavón y una columna de humo ondulada.

Una vez todos sentados en la mesa esperaron a que la madre sirviera los platos.

El público hambriento y expectante recibió un golpe seco y un grito.

Después ruido, un hombre asustado y el lamento de una

ambulancia.

—Joder, pareces empeñada en que no vea el partido —responde Alfredo al teléfono a su compañera—. Vale, ¿dónde estás?

—Gírate —dice María en voz baja—. Estoy en el soportal que queda debajo de la fachada pintada. La de la panadería o algo así. Muy pegada al acceso lateral que queda a tu izquierda. Donde está el arco que lleva a la calle con el bar de los bocatas de calamares.

Alfredo dirige su mirada hacia el lado de la plaza que le corresponde a María. Puede verla allí, frente a una tienda de sombreros agitando discretamente la mano. Alfredo va hacia ella mascullando palabras que solo él entiende. Busca en un radio de pocos metros alrededor de su compañera e intenta encontrar lo que ella ha visto. Con algo de suerte se habrá confundido y no será más que un error provocado por sus ganas de dar con los ladrones. Cuando está a unos metros de María observa que ella dirige la mirada a su izquierda. Y entonces confirma que efectivamente no se ha equivocado ni de agujas ni de refrán.

—Es que encima tienes suerte —murmura Alfredo cuando llega junto a María.

—Eso debe de ser, suerte. Sabes que siempre he sido buenísima reconociendo patrones —dice María levantando las cejas, orgullosa de sí misma.

—Vale, ¿y ahora qué hacemos? ¿Avisamos a los compañeros que están en la plaza?

—No —responde María dubitativa—. Vamos a hacerlo nosotros solos. Quiero seguirlos un rato para ver hacia dónde

van.

—No entiendo nada. Los tenemos ahí delante. Vamos a avisar, no quiero cagarla otra vez, María. Además, están con el señor ese que hemos visto en el vídeo del metro. El viejo. Nos acercamos, les damos los buenos días y un hola qué tal somos dos inspectores supermajos y venimos a llevarlos a ver la final en comisaría. Los ladrones al calabozo un rato y el Bruce Willis de marca blanca nos cuenta por qué ha querido ser un héroe. Un informe, un sello y todos para casa.

María se queda mirando a su compañero y levanta una ceja. Eso basta para que Alfredo entienda que, por mucho que insista, y eso que en lo de insistir es uno de los mejores, su compañera no va a cambiar el paso. Después de pasarse toda la mañana siguiendo a unas sombras, ahora les toca acompañar a quienes las proyectan.

—Alfredo, vamos a observarlos. Quizá podamos resolver definitivamente el caso de los robos en trasteros. Puede que sea nuestra oportunidad de llegar al receptor de los objetos. Están buscando algo, y por cómo hablan entre ellos no parece que esté aquí. Partiendo de ahí será mucho más sencillo cerrar el caso. Nos permitirá salir de los pequeños hurtos y regresar al lugar que nos corresponde.

Los ojos son unas ventanas estupendas. Además de a aquello para lo que están diseñados, están asociados a otras habilidades como el habla. Combinando el brillo de la esclera, un ligero movimiento de la pupila y el aleteo de los párpados, los ojos pueden articular palabras. Una pequeña arruga, un guiño imperceptible, un silencio de tres segundos y un pequeño movimiento de las pestañas. Es un lenguaje que no requiere de traducción. No hay real academia de la lengua de los ojos, porque esta forma de conectar la tenemos todos de serie. Cualquier bebé aprende a dialogar antes con su mirada que con la boca. Y con ese lenguaje, el del silencio necesario, es con el

que Alfredo entiende a su compañera. Ella necesita terminar con aquello y ha visto en los dos chavales y su víctima la posibilidad de lograrlo. Le jode entenderla y le molesta profundamente que haya tenido que ser en un día como ese. Pero, amigo, es más importante ser coherente con los que aprecias que una final del Mundial. Si no fuera así, estaríamos jodidos de verdad.

—Entendido, ¿cómo lo hacemos? —pregunta Alfredo, dispuesto para la acción.

—Tú aléjate, los seguirás a unos metros. Yo me quedo aquí. Les iré vigilando más de cerca.

—Muy bien. ¿Qué pasa con el coche?

—Lo dejamos aquí, que se lo lleve la grúa.

—Lo de las multas vale, pero que encima haya que ir a buscarlo al depósito los suele cabrear bastante. Nos caerá una buena bronca.

—No creo que nos digan nada si hay suerte y hacemos bien nuestro trabajo.

—Nos va a caer una bronca igualmente.

—Mira. —María le hace una seña a Alfredo para que se calle y señala a su espalda—. El viejo está recogiendo las cosas. El chaval parece bastante enfadado. Aléjate, quizá se empiecen a mover.

Los dos agentes se separan.

María sonríe a su compañero mientras se aleja. Es su forma de darle las gracias.

Alfredo le devuelve la sonrisa. Es su forma de decirle que es una cabezota, pero que no tiene por qué dárselas.

En el hospital hacía frío, y el adolescente solo encontró abrigo en la mano de su hermana pequeña.

El padre observaba desde el pasillo.

Se mantenía inmóvil con las manos en los bolsillos, sin fijar la vista en ninguna parte.

Él, incapaz de buscarse la vida de otra forma que no fuera yendo del punto más sencillo al punto más cercano, tenía la mente saturada de infinitas y negras incertidumbres.

El pasillo, una cueva.

La puerta de la habitación, una celda.

Escuchaba los gritos de su mujer pidiendo ayuda.

Ella, agitada e incontenible, presa de una ansiedad que le mordía el cuerpo.

Era como si tuviera un incendio en su mente devorando todo cuanto había sido. Todo se hacía cenizas para que nada tuviera posibilidad de volver.

Con una madre anciana sentada junto a la puerta. Sostenida por su hija pequeña que acababa de llegar, sintiendo que estaban de nuevo en aquella cocina de su pueblo, gritando.

Sin posibilidad de defenderse.

Sin nada a su alcance para poder acabar con el animal que caminaba otra vez entre la familia.

El padre desaparecido, el viaje, un par de cuchillos y la muerte.

Sin posibilidad de seguir huyendo.

Tres mujeres en un hospital.

Presa de una maldición que las había encontrado de nuevo.

Ismael no entiende nada.

Julia y Julio guardan silencio mientras observan cómo Tomás termina de recoger sus cosas. El hombre tose, da un par de bocados y se sacude las migas que le caen sobre el pecho. Después mira a los hermanos.

—Yo me tengo que ir. Esta noche creo que voy a ir a cenar al restaurante de un amigo.

El viejo Tomás se despide sin mirarlos a la cara. Atraviesa la plaza. Se mueve despacio y se detiene un instante para levantar la cabeza y mirar la estatua con el caballo. Saca el teléfono de uno de sus bolsillos y teclea con dificultad un mensaje. A continuación, se desvanece entre la gente. Como si se hubiera diluido entre tanta fiesta en ciernes. Por eso nadie puede ver las lágrimas que está derramando por lo que acaba de hacer.

A unos metros, todavía inmóvil, Ismael no pierde de vista a los hermanos, que permanecen en silencio.

—¿Me podéis explicar qué ocurre? —pregunta.

—No lo sabemos —responde Julia.

—¿Cómo que no lo sabéis? Por el modo en que os comportáis no lo parece.

—Ese hombre te ha dado la dirección de nuestra casa —dice Julio en tono cortante—. Ahí no puede estar lo que te hemos robado.

—Alguna explicación habrá, ¿no existe ninguna relación entre lo que hacéis, este tipo y vuestra casa?

—No del todo —dice Julio bajando la cabeza.

—A ver qué vas a decir —lo reprende Julia sujetándole el brazo a su hermano.

—Ya da igual. Si Ismael quisiera que nos empapelaran ya lo habría hecho. Mira, nosotros robamos porque un tipo un día nos amenazó. Nos dijo que debíamos algo por alguna cosa que hizo nuestro padre. Una deuda o algo así. Se nos presentó un día a la salida del instituto, nos aleccionó y nos dijo que no hiciéramos preguntas.

—Joder —exclama Ismael—. ¿Y no se lo habéis contado a nadie? ¿No habéis pedido ayuda? Sois unos críos.

—No le hemos dicho nada a nadie. Teníamos miedo —dice Julia—. No has visto a ese señor ni al que iba con él. Tomás, el viejo, es nuestro enlace. Seguro que es el enlace de muchos más. Siempre lo encontramos en el metro, nos asignaron varios puntos de entrega. Hoy le tocaba muy cerca de donde te robamos. No lo pensamos cuando mi hermano decidió robarte, pero luego nos vino bien para deshacernos del material y escapar.

—Lo de escapar se os dio regular —dice Ismael.

—No es habitual que a la víctima le dé por perseguirnos. Suele ser gente mayor demasiado lenta o gente joven con demasiada pereza —indica Julio, incómodo.

—Está bien. Para que yo me entere, ¿me robasteis porque pensabais que llevaba algo de valor en la bolsa? —pregunta Ismael.

—No. En realidad, lo hicimos porque chocaste con mi hermano en un paso de cebra y él tiene la mecha corta.

—Julia —protesta su hermano.

—A ver, es la verdad —le responde Julia con una sonrisa.

—¿Por qué no se lo habéis contado a vuestro padre? Al fin y al cabo, todo esto es por su culpa.

—Porque no podemos —dice Julia.

—¿Cómo no vais a poder decírselo? Seguro que él sabe de qué va la cosa.

—Nuestro padre está muerto —le aclara Julio.

—Lo siento. —Ismael da un pequeño paso atrás, incómodo.

—Y tú, ¿por qué necesitas la caja? Si no hubieras decidido seguirnos, nada de esto habría pasado —le espeta Julio con rabia.

—Porque hice una promesa y la necesito para cumplirla.

—¿Y tiene que cumplirse precisamente hoy?

—Sí, debe ser hoy, no puede aplazarse ni cambiarse. Os aseguro que si no fuera por eso, ahora mismo estaría en casa tumbado, leyendo un libro y tomándome mi tercer café, por lo menos.

—Pues entonces estamos jodidos —concluye Julio.

Los tres sonríen. Así están menos solos. Un chaval desgarbado, una chica cansada y un hombre de mediana edad en pantalones cortos con bolsillos. De alguna forma extraña son una pequeña comunidad que está obligada a terminar el viaje que han empezado. Llegar a destino y ver qué pasa. Entienden, desde lo que no saben, que es imposible quedarse quietos.

—Bueno —dice Julia mirando a su hermano—. Parece que toca ir a casa.

Deciden regresar por la calle que los llevó a la plaza. Ismael toma su libreta y la guarda en uno de sus bolsillos. Antes ha mirado por última vez la dirección a la que deben ir. Está cerca de la estación de Atocha. Podrán ir andando.

Se dirigen hacia la Puerta del Sol, donde cada vez hay más gente. Han abierto un grifo de personas para el que no hay sequía. Deciden salir por una de las calles que abandona en pendiente el lugar. Pasan cerca de la figura de *El oso y el madroño*, varias familias se hacen fotografías poniendo sonrisas falsas y metiendo barriga. Avanzan dejando atrás el Congreso de los Diputados hasta alcanzar el paseo del Prado. Ahora se enfrentan a un flujo humano en sentido contrario. Los tres sienten que se alejan de un campo magnético que no para de alimentarse de personas.

Ismael se nota algo cansado. Una leve sensación de miedo está empezando a apoderarse de él. Intenta desplazarlo concentrándose en los pasos de los hermanos.

—Iremos por el paseo del Prado —dice Julio al detenerse en un semáforo.

Ismael asiente y se sitúa a la derecha del chaval. Se entretiene mirando la fachada del hotel de cinco estrellas que se alza ante ellos. Allí dentro sin duda tendrán otros problemas. El dinero no da la felicidad, pero al menos te permite hacerle unas vistas estupendas incluso cuando vienen mal dadas. Después mira hacia la rotonda que queda a su izquierda. Neptuno, y un poco más arriba, a la derecha, el Museo del Prado. Se imagina la estatua de Goya delante de la fachada lateral del edificio. Le hace gracia pensar que como ruta turística su día se está quedando sin un pero. Quizá le faltaría El Retiro para que fuera completo. A continuación, gira a su derecha para completar la visión, y ve algo que no debería estar allí.

Algo que lo impulsa a echar a correr y a cruzar el paso de cebra cuando el semáforo aún está en rojo.

Julia y Julio oyen el sonido de un claxon. Se miran incrédulos unos segundos antes de salir tras Ismael.

Los médicos ignoraban qué había pasado.

Necesitaban saber desde cuándo y desde dónde.

Preguntaron sobre quién era y quién había sido.

Interrogaron sobre lo qué ocurrió hacía ya muchos años.

Hicieron pruebas.

Dolor, sedación y llanto.

Sangre en jeringuillas, tubos y placas.

La espera se hizo terrible, rodeados de batas blancas.

El doctor los llevó a su despacho. Joven neurólogo con las paredes de su consulta llenas de diplomas.

Delante de la mesa, un marido con ojeras y dos hijos que temblaban.

Las palabras que viajaron hasta ellos les proporcionaron una explicación de lo que ocurría.

Al salir, los adolescentes fueron con su abuela.

Como si fuera una madriguera.

La anciana lloró al ver al padre saliendo de la consulta. De nuevo las palabras de un médico cambiándolo todo.

Y Sara les pidió a sus hijas perdón con cada lágrima.

La desgracia había caído sobre una de ellas.

Maldición en la sangre.

Una terrible forma de herencia.

El padre abrazó a sus hijos y se quedó de rodillas.

Con los gritos de su mujer atravesando el pasillo.

Rota mientras buscaba en su pecho la llave de un viejo y pequeño baúl.

Llegando a una conclusión terrible.

Pensando en su padre y en cómo ella también terminaría por

desaparecer.

Ha sido un instante, pero Alfredo entiende que algo no va bien. Hay certezas que caen como un peso muerto. Un golpe en la nuca. Llevas los cabos hechos un lío en la cabeza y en un instante se deshace el nudo para mostrarte una línea recta que antes no eras capaz de ver. La certidumbre inesperada es un elemento brillante que ilumina hasta dejarte ciego. No hay nada más que esa nueva luz.

En esa epifanía Alfredo ha visto cómo el héroe venido arriba miraba hacia su derecha. Y entonces ha cambiado el gesto. Lo ha visto a cámara lenta, como en esas películas de acción en las que, para que el espectador sepa dónde debe mirar, deciden que los puños y las patadas vayan muy despacio. Como si quisieran presumir de efectos especiales convirtiendo la pantalla en un videojuego en el que el director deja bien claro que él es quien está al mando.

A continuación, el héroe ha mirado a los ladrones y ha empezado a correr. Con el semáforo en rojo y los coches aún moviéndose a toda velocidad. Sin mirar, a trompicones, como tropezando con su sombra. Por suerte han podido frenar a tiempo para que no ocurriera una desgracia.

María permanece inmóvil. Intenta localizar a su compañero entre la gente que hay alrededor. Cuando lo encuentra puede comprobar cómo este levanta los brazos con un gesto de sorpresa. María le señala el paso de cebra con la mano y ambos echan a correr. Se chocan con los viandantes, que entienden que su prisa tiene que ver con una fiesta distinta a la que están celebrando ellos.

Cuando alcanzan la acera contraria se detienen delante del

imponente edificio gris del hotel. Avanzan hasta la esquina con el paseo del Prado. A su derecha pueden ver a los fugitivos corriendo por la acera. María no se detiene y reemprende la persecución mientras Alfredo trata de recuperar el resuello con las manos sobre las rodillas.

—Si esto fuera una película, ahora tocaría la escena en la que salto por encima de un contenedor de basura y a lo mejor disparo un par de veces al aire para asustar al delincuente —dice antes de salir corriendo él también.

—¿Se puede saber qué haces? —grita Julio acercándose a la espalda de Ismael.

Ismael corre de forma desordenada. Por momentos parece una marioneta a la que le han dejado los hilos excesivamente holgados. Anarquía en los gestos y en las articulaciones. Pero resulta efectivo, porque entre la velocidad y los movimientos sigue existiendo cierta coordinación, aunque el hombre parece totalmente desmañado. Ismael no se para a pensar ni a analizar lo que está haciendo, sabe que eso le haría perder el paso y a huir peor cuando lo interesante es huir, aunque sea haciéndolo distinto.

Avanzan hasta un edificio de líneas rectas, un cubo enorme de ladrillo rojo repleto de ventanas también cuadradas. Ismael recuerda que ahí eligió su especialidad. Está pisando el suelo donde una vez lo esperó la mar de feliz su padre. En cuanto dejan atrás el mamotreto, a su derecha ven una pequeña plaza triangular de la que salen dos calles que desembocan en el paseo del Prado. Allí distinguen varios bares y una terraza. Esta se traga la única acera disponible, pues es más importante el negocio que los peatones. En las mesas hay un grupo de aficionados gritando y cantando. Ismael entra en la plaza y se detiene un momento.

—¿Qué te pasa? —le pregunta Julia con la voz entrecortada en cuanto lo alcanza.

—Me ha entrado prisa —dice Ismael.

—Mientes como el culo —masculla entre jadeos Julio, que acaba de unirse a ellos—. Hay algo que ha hecho que salieras corriendo —dice, mientras trata de recuperar el resuello—.

Otra cosa es que no quieras contárnoslo.

—Como mientas igual de mal para otras cosas, vas listo, colega —sentencia Julia.

Alrededor de las mesas pulula un hombre delgado de piel negra. Carga sobre su espalda una bolsa de plástico transparente que parece estar llena de camisetas falsificadas de la selección. Pregunta amablemente a los que están sentados si quieren comprarle una. También vende pinturas para la cara, banderas y unas gorras de color rojo y amarillo que, o acaban en la cabeza de alguien sin miedo al ridículo, o irán a parar a la basura. Parece un fantasma tratando de vender su mercancía mientras lo ignoran.

—¡Oiga! —dice Ismael levantando la voz para que el vendedor se dé la vuelta—. ¿Cuánto por tres camisetas?

Julia y Julio se quedan mirando a Ismael. Pese a las similitudes de sus rostros, cada uno expresa su sorpresa de forma distinta.

—Son treinta euros, amigo —le dice el hombre acercándose.

—¿Por cada una?

—No, eso estafar. Son treinta euros las tres. Por cinco euros más doy tres gorras.

—Las gorras no, por Dios —dice Julio en voz baja.

—No, no, solo quiero las camisetas. —Ismael busca dinero en uno de sus bolsillos—. Tome, aquí tiene.

—Son buena calidad. —El hombre revuelve en la bolsa y les entrega su compra—. No dar calor y no se rompen. —Estira una de las camisetas mientras se la muestra a Ismael—. Buena para fiesta de ganar hoy, buenas para celebrar.

—Gracias, seguro. —Ismael sonríe.

Una vez completada la compra, Ismael les entrega una camiseta a cada hermano.

—Ponéosla, nos ayudará a pasar desapercibidos.

—Y a pasar por tontos —murmura Julia de mal humor.

—¿Ahora toca disfrazarnos? ¿De verdad? —suelta Julio mientras coge la camiseta—. Yo me pondré la cosa esta, pero tú me vas a explicar qué pasa.

—Luego —se limita a decir Ismael, zanjando la conversación.

—No lo dudes —dice Julio sacando la cabeza con dificultad por el cuello de la camiseta.

Los tres se ponen la roja encima de la ropa que llevan. Ismael mira hacia delante y señala una de las dos calles que llegan a la plaza.

—Vamos por esa.

Los hermanos lo siguen sin preguntar. Miran hacia atrás un par de veces sin comprender a qué ha venido aquel cambio de actitud.

El tipo que vende las camisetas se pone de rodillas para organizar de nuevo la bolsa con la mercancía. Deja las gorras en el suelo un momento. Las observa negando con la cabeza, porque sabe que no han sido un buen negocio. Cuando va a meterlas de nuevo en el petate se percata de que hay algo más. Al parecer, su último comprador ha perdido una libreta.

Cinco personas entre las tumbas.

Nadie lloraba.

La tierra, todavía húmeda, era ya dueña del ataúd tras un repiquetear frío.

Cinco personas.

La hermana pequeña que había perdido a su ser más querido.

Dos adolescentes abrazados a un padre que sostenía una silla de ruedas.

La hermana mayor, incapaz de llorar y esclava de un temblor que la hacía crujir sin tener frío.

Sara por fin descansó.

Encontró a su marido.

A Alfredo nunca se le ha dado bien correr. En la academia de policía disimulaba el flato y las náuseas que le entraban con parones y chistes. Es alérgico al deporte de verdad, pero experto en el de mentira. El que se practica en el bar, o tirado en el de sofá con una cerveza. Pero es tozudo. Por eso sigue poniendo un pie detrás del otro, a unos metros de María, que avanza desplazando a la gente a su alrededor. Lleva todo el día detrás de ella y de sus decisiones. Como un ciclista que no se defiende bien en la montaña y se pega a la rueda del que sube mejor. Ojalá fuera tan sencilla la vida, y bastara con pegarse a alguien que sabe lo que se hace mientras disfrutas con lo que va dejando atrás. Vivir a rebufo para que los golpes se los lleve otro y no haya que abrir puertas con sorpresa. Sin necesidad de tomar decisiones ni pensar en cómo afrontar las curvas. Sentir que da igual ser el primero porque para los segundos también hay premio. Más pequeño y menos brillante, puede ser, pero suficiente como para ganar alguna que otra etapa y salir también en las fotos celebrándolo subido en el podio.

—¡Perdone! —Alfredo se disculpa con una señora a la que ha golpeado en el hombro.

María cree haber visto que los dos ladrones han tomado el camino de la derecha. Por eso se detiene delante de una plaza triangular con una terraza llena de gente tomando cerveza que parece ignorar lo que ocurre alrededor. Y eso está bien. Es un lujo ignorar lo que no nos atañe, no pensar en las vidas de los que nos rodean. En el peso que cada uno lleva encima, invisible, y poder sentirnos livianos porque no nos importa lo que les pase a los demás. Ahora mismo María siente envidia de

esa gente. También le preocupa la reacción del hombre al que robaron, ha podido verlo en sus ojos.

Observa las mesas. Cerca de la terraza, en el vértice que conforma la plaza, distingue a un vendedor ambulante. Un joven delgado que está recogiendo una bolsa enorme del suelo. Alfonso aparece detrás de María y se inclina para coger aire.

—No me hagas correr más, María, que no soy un lateral izquierdo.

La inspectora lo mira sin entender bien lo que ha querido decir. Después avanza hacia la gente que está sentada en las mesas. Con suerte puede que hayan visto pasar corriendo a tres personas, puede que incluso sepan hacia dónde se han dirigido. Al aproximarse a las mesas, sin que ella se haya dado cuenta, el vendedor se le ha acercado.

—Señora seria —le dice enseñando sus blancos dientes—. ¿Compra gorra o camiseta?

—Las gorras son feísimas —dice Alfredo, que acaba de aparecer por detrás—. Pero, mira, a lo mejor las camisetas no te las compro y me las terminas regalando —añade enseñándole la placa de policía.

—Hostia, Alfredo. —María extiende la mano, indicándole que guarde la placa—. No se asuste, no le vamos a quitar nada. No se preocupe.

—Perdón —dice el hombre dejando la bolsa en el suelo.

—¿Lleva usted tiempo aquí? —le pregunta María, que ha tenido una idea.

—Toda la mañana.

—Me refiero a si ha estado cerca de esta terraza en los últimos minutos.

—Sí, llevo una media hora. He vendido solo tres camisetas. Si quiere dinero tome. —El hombre mete la mano en uno de sus bolsillos y saca dos billetes.

—No, no —rehúsa María—. ¿Ha visto pasar por aquí a tres

personas corriendo? Dos chavales y un hombre. Son estos de la fotografía. —María le enseña las imágenes que consiguieron en el Metro.

—Sí, claro. Esos han sido clientes.

—¿Sabría decirme por dónde se han ido? —pregunta María abriendo mucho los ojos.

—Sí, claro. Deprisa por allí —dice mientras señala la calle que queda detrás de ellos.

María asiente y sonríe al vendedor. Saben que han estado allí, saben el camino que han tomado, pero es imposible saber hacia dónde se dirigen.

Se acabó.

Saca el teléfono móvil del bolsillo, lo desbloquea y comienza a moverse por la agenda. Encuentra el número que buscaba, pero tras unos momentos de duda decide no llamar. Ya es hora de dar media vuelta y regresar a comisaría para hacer un informe de lo que han visto y de lo que han hecho. Que otros se encarguen de seguir, ellos han cumplido.

—Gracias —le dice María al vendedor—. Puede marcharse.

El hombre se aleja y Alfredo ocupa su lugar. Se sitúa frente a María, sonriente.

—A ver, sé lo que estás pensando —le dice—, pero anímate, con lo que hemos averiguado hoy seguro que más adelante los pillamos.

—No sé, quizá.

—Tenemos sus caras, tenemos localizado al que recibe el material. Sabemos dónde se pone en la plaza Mayor. Otro día montamos un operativo como mandan los cánones, y listo. Ahora volvemos, solicitamos los permisos de los registros que hemos hecho, lo dejamos todo por escrito y para casa. A descansar.

—Y a ver el partido, que lo estás deseando.

—Eso también —sonríe Alfredo antes de entrecerrar los ojos

y levantar el dedo índice de su mano derecha para dejar claro que ha tenido una idea. A continuación, se da la vuelta y llama al vendedor callejero, que ya se está alejando.

—¡Oiga! ¡Espere!

Alfredo se acerca al hombre, que lo recibe con las manos extendidas, en son de paz.

—¿A cuánto están las gorras? —pregunta Alfredo.

—Veinte euros, pero a gente buena se las dejo a cinco. Barato.

—Dame un par. —Alfredo le enseña el pulgar a su compañera, que comienza a reírse—. El único problema es que me tendrás que dar cambio.

Alfredo le entrega un billete mientras el hombre busca en el bolsillo trasero de su pantalón. Al hacerlo, le cae algo al suelo.

—Se te ha caído una cosa, amigo —dice Alfredo recogiéndola para devolvérsela.

—No es mía —farfulla—. No lo dije, lo siento, olvidé. Se cayó al hombre que pagó las camisetas —explica mientras se la entrega a Alfredo.

El inspector coge el cuaderno y comienza a ojearlo. Una libreta pequeña, de papel blanco cuadriculado. Llena de una letra apretada y prácticamente incompresible, parece de médico. Cuando llega a la última página puede ver una dirección escrita por una mano claramente distinta. Alfredo se rasca la cabeza.

—Quédese con las gorras —dice mientras piensa qué hacer al respecto.

Vuelve junto a su compañera con la libreta abierta en la última página. Cuando llega a su lado le enseña la dirección. María toma la libreta y comienza a leer. Después pasa las páginas hacia atrás, hasta llegar a la primera. Se lleva una mano a la boca.

—No me jodas —dice Alfredo antes de salir una vez más tras

la inspectora.

La furgoneta se detuvo en la puerta y el padre se bajó con prisa por alcanzar las escaleras.

En el portal su hijo y su hija esperaban nerviosos. Eran dos adultos recién estrenados en un día que era cambio para todos.

Una chica de pelo corto y rubio los miraba desde el otro lado de la calle. La hija se rio de su hermano tras sorprenderlo guiñándole un ojo disimuladamente. Se había enamorado de ella siguiendo las notas del piano que escapaban desde su ventana.

La silla de ruedas entró en el ascensor recién instalado. Después llegó rápida a la parte posterior del vehículo. Con dos carcajadas y una caricia, la madre ocupó el asiento de seguridad.

La mujer miró por la ventanilla.

Salía poco de casa, y aquel cristal le ofrecía una oportunidad que quizá no volvería a tener.

Las calles repletas de carteles con el rostro de hombres con diferentes discursos dispuestos a cambiar una sociedad que parecía salir de una pesadilla.

Los hijos miraban a su madre y sostenían sus manos inquietas.

El padre aparcó en la puerta del colegio. Bajó del coche y pidió ayuda para sentar a su mujer en la silla. Era como cerámica frágil, tenía miedo de que se rompiera.

Avanzaron por los pasillos atrayendo las miradas.

Los dejaron pasar.

Una travesía de caras conocidas, manos abiertas y sonrisas de reconocimiento.

Cuando estuvieron frente a la mesa, él se acercó a sus labios y ella le susurró qué papeleta debía escoger. También le pidió que tomara un par para guardar una de ellas.

No quería olvidar lo hecho aquel día.

Después de leer el mensaje de texto, la señora Manuela se pone sus zapatos de tacón. Los ha estado limpiando con esmero, para que la piel brille en negro y haga más elegantes sus pasos.

Cuando ha salido de la cama, se los ha calzado como quien sube a un altar. Le proporcionan esos centímetros de más que le ha robado la osteoporosis. También la obligan a levantar la barbilla, a mirar erguida.

Se ha pintado los ojos y ha desplegado las pestañas. Ahora estas se abren como si quisieran tocar el aire, obligando a los párpados a realizar ejercicio cada vez que aletean.

Manuela está obsequiando con una fiesta de disfraces a esa alma suya que aún estira los brazos en señal de protesta, dentro de la carcasa que la enfermedad le ha dejado por cuerpo.

Manuela y los coloretes.

Manuela y los labios pintados.

Es como si recuperase un puzle que, con el agitar de sus dedos y la vista borrosa por las náuseas y los fármacos, convierte su retorno en un extraño Picasso.

Va hasta la cocina y abre la nevera, repleta de comida por hacer. Cada vez menos hambre y cada vez menos ganas. Siente un pinchazo en el estómago que le explica de forma meticulosa que cada vez queda menos para la caída.

—Pero hoy no toca —les dice a los platos que se secan junto al fregadero.

Coge un cartón de leche de la nevera. Cierra dando un portazo y busca en los armarios su café, su sacarina y sus tres galletas con fibra. Desayuna mirando por una ventana desde donde se puede cotillear a través del patio interior. Se

entretiene con las cuerdas haciendo un esfuerzo por sostener las sábanas, camisetas y bragas. Es el paisaje de la clase baja.

Pero eso a la señora Manuela le da igual.

Porque lleva allí casi toda la vida y desde allí ha visto crecer lo que le importa.

Se termina el café y lava la taza con cuidado. Después deja la cena preparándose a fuego lento. Cuando está todo recogido se marcha al salón, donde un sofá de polipiel la está esperando. Enfrente, la televisión se mantiene en silencio, lista para que la pongan en marcha. Dispuesta a jugar con los colores y los sonidos, para que aquellos que le presten sus ojos y sus oídos puedan desconectarse de la realidad.

La señora Manuela se sienta y piensa en su marido. Costumbre diaria de cada mediodía. Como si en su cabeza tuviera una alarma. Ahora, Manuela, te toca pensar en lo felices que erais, en lo que perdisteis y en cómo no te dabas cuenta de ello. Como de costumbre, acude puntual a la cita de la noche en que discutieron y de la mañana tras la cual nunca volvió. Con dos niños llorando al otro lado de la puerta y sus zapatos de tacón tirados de cualquier manera junto a la ventana de la habitación.

Coge el mando de la televisión y mima los botones. Se pasea por ellos y a continuación observa el aparato. La pantalla, negra y brillante que refleja el sol y le hace de espejo para devolverle su rostro. Allí ve que la pintura de los ojos comienza a deslizarse entre las arrugas. Arrastrada por pequeñas lágrimas que confluyen en riachuelos oscuros hasta su cuello y su pecho. También puede ver su cabeza sin pelo, cubierta por una lámina de piel blanca. Es la única televidente del programa de su soledad. Manuela se ríe al sentir que al menos es protagonista de algo. Aunque sea una historia con un final triste que termina en un fundido en negro.

Aprieta el botón de encendido y la pantalla se ilumina. Los

zapatos de tacón dejan de molestarle. Ya no se ve, ya no está. Un anuncio de un producto de limpieza muestra una casa limpia que no hay que limpiar. Y ella comienza a respirar más despacio, escapando, atrapada por un «buenos días» dicho por un presentador de dientes blancos. Manuela sabe que no va dirigido a ella, pero la consuela y hace que deje de llorar.

Caminan con las camisetas rojas riéndose de forma ligera, como el que se ha quitado un peso.

—Después de todo, no me queda tan mal —dice Julio mirando a su hermana—. Si tuviera barba sería prácticamente indiferenciable de Xabi Alonso.

—Claro, *clavao* —le responde Julia con una sonrisa.

Ismael camina delante. Lleva desde hace unos minutos aminorando el paso. Ha estado mirando hacia atrás las primeras tres o cuatro calles. Ahora parece que nadie los sigue. Él también sonríe. Es la sonrisa del estúpido que ha obtenido un pequeño logro y prefiere ignorar que todavía le queda por conseguir lo más grande. Del jugador sonriente que se hace trampas a sí mismo hasta la siguiente pantalla.

—Oye, Ismael, ¿cómo de urgente es esa movida que te traes entre manos? —escucha decir a Julio detrás.

—No puedo responder a eso con exactitud —dice consultando el reloj—. Puede que ya sea tarde o puede que aún me queden unas horas, probablemente no mucho más.

—Mira que eres críptico, tío —le replica Julio—. ¿Podemos parar un segundo a comer algo y hablamos?

Ismael observa a los hermanos. Los dos se detienen uno al lado del otro. Están cansados, acaban de huir sin saber de quién o por qué, y es más que razonable creer que les debe una explicación. La situación ha dado la vuelta.

—De acuerdo —asiente Ismael.

Entran en un pequeño bar con los cristales llenos de neones luminosos. Anuncian comida típica mexicana. No está muy lleno, y al fondo se distinguen dos pantallas enormes. Los monitores repiten imágenes de jugadas de la selección española para llegar a la final. Casillas está a punto de parar un penalti. Los tres miran la pantalla, confiados en que conocerán el desenlace, y no se dan cuenta de que un hombre los observa detrás de la barra.

—¿Qué desean? —pregunta el camarero—. Es el partido contra Paraguay. La pinche suerte que tuvieron con el penalti, ¿verdad?

Los tres asienten y tras echarle un vistazo al mostrador piden tres cervezas, unos nachos y unas quesadillas.

—Somos mayores de dieciocho —le dice Julia a Ismael al ver la cara que pone cuando piden las cervezas—. Parecemos críos pero no lo somos, ya te tendrías que haber dado cuenta.

—A ver, colega —prosigue Julio mientras se acomoda en una silla alta—. Te hemos robado, nos has seguido, te hemos llevado al tipo que se quedó con tu movida y ahora vamos camino de nuestra casa para hablar con mi madre. Todo eso para que tú recuperes lo que tanto quieres, y sin que tengamos ni idea de por qué es tan importante para ti. Creo que nos merecemos una explicación.

Julio hace una pausa y coge un nacho repleto de queso.

—Por ejemplo, ¿a qué te dedicas? —pregunta Julia antes de dar un trago.

—Soy médico, neurólogo.

—Hostia, pues pareces joven para serlo —dice Julio.

—Gracias, pero no soy tan joven. Me pasa como a vosotros con las cervezas —se burla Ismael.

—¿Eso tiene algo que ver con lo que te hemos robado? —sigue preguntándole Julio tras sonreír a Ismael.

—No. —La puerta del bar se abre e Ismael mira con

desconfianza—. Aunque un poco sí.

—Eres neurólogo y también gallego. —Julio da un trago.

—Me explico, es difícil —comienza Ismael—. Lo que me robasteis es una caja de madera, aunque no es solo una caja de madera.

—Algo sospechábamos —dice Julia sonriendo y dando un trago.

—Ya —continúa Ismael—. La tenía guardada en el trastero porque en casa no me cabía. —Se detiene un instante, le cuesta moverse en las medias verdades—. La caja es de alguien a quien le hice una promesa, y hoy tenía que llevársela. Una vez que la caja salió de aquel lugar, del guardamuebles, solo disponía de unas horas para cumplir la promesa. Transcurrido el plazo, aunque la caja llegue a su destino, puede que ya no sirva de nada. —Ismael mira al suelo al terminar.

—¿La persona a la que tienes que entregársela es muy importante para ti?

—Bastante.

—¿Y la caja contiene algo de valor?

—No lo sé, no tengo la llave y nunca la he abierto. Me la dieron cerrada y así la dejé.

Los tres sujetan las botellas de cerveza por el cuello y dan un trago largo.

—Está bien buena —dice Julio.

—Sí —coincide Ismael.

—Vale, no nos desviemos del tema —interviene Julia—. Eso lo podemos entender. No nos había pasado nunca, pero, oye, estás en tu derecho de querer recuperar lo que te robamos. Por eso hemos decidido ayudarte. Te creí cuando nos dijiste que era importante. Por supuesto, no teníamos ni idea de que hacerlo nos iba a llevar a dar la vuelta a medio Madrid, y a no saber qué está pasando en realidad con nuestras vidas, pero aquí estamos.

—Aquí estamos —añade Julio, que toma otro trago antes de seguir hablando—. Y ahora, dime: ¿por qué hostias has echado a correr en el semáforo? ¿Querías dejarnos atrás o qué? ¿Llegar a nuestra casa antes que nosotros?

Ismael bebe mientras mira a los dos chavales. Se vive muy bien dentro de uno mismo. Con puertas cerradas que solo tú puedes abrir. Y en caso de que alguien entre y moleste, se le invita amablemente a salir y después se cambia la cerradura. Decides qué pueden y qué no pueden ver, y si el espacio que han visto es pequeño, las explicaciones han de ser proporcionales a su tamaño. Si te presté algo diminuto, no me pidas argumentos grandes. Hay que darse en pequeñas porciones, para que siempre siga quedando mucho para uno mismo. Ismael no esperaba tener delante a dos chavales casi desconocidos que parecen estar dispuestos a tirar abajo varias de sus puertas y cerraduras a la vez.

—Me puse a correr porque creo que nos están siguiendo.

Los dos hermanos se acercan más a Ismael, sorprendidos.

—¿Cómo que nos están siguiendo? ¿Además de neurólogo eres espía? ¿Reconociste a alguien? ¿A un amigo? ¿A una amiga? ¿Al de Hacienda? —bromea Julio.

—Yo qué sé, puede que me agobiara. Me pareció reconocer a alguien que ya había visto antes. Habéis hablado de un tipo siniestro que os ordena hacer lo que no queréis. Quizá me he preocupado más de lo debido por eso —sonríe—. Me dio miedo lo que vi, y creí que debía correr —dice mientras se termina la cerveza.

—¿Crees que tiene algo que ver con la caja? —pregunta Julia.

—No, es muy improbable.

—Me dejas mucho más tranquilo entonces —dice Julio con ironía antes de terminarse la suya.

Cuando acaban de comer, Ismael deja un billete encima de la

barra. Regresan a la calle y él mira a ambos lados antes de continuar. Los dos hermanos esperan a que haya terminado su inspección para ir tras él.

—Ahora parece que toca ir a casa —dice Julio.

Caminan con las camisetas rojas.

Ya no sonríe ninguno de los tres.

La música hizo que todo el mundo se pusiera en pie.

Después admiraron el lento paseo de una mujer de blanco que caminaba feliz.

El trayecto hasta el altar duró unos segundos, aunque el novio se los guardó para siempre.

El prometido esperaba junto a su madre.

Tenía las manos hechas un nudo y al separarlas encontró, a unos centímetros, las de su padre.

Todos sonreían.

Para la madre, en silla de ruedas, fue la última vez que lo hacía.

—Entonces nos toca ir aquí, ¿no? —dice Alfredo señalando la dirección en la libreta.

—Si ya lo sabes, Alfredo, ¿para qué preguntas?

—Tenía la esperanza de que te diera por tomarlo como una pista falsa. Que querrías comprobarlo mejor en comisaría. Yo qué sé, locuras de un policía que quiere hacer bien su trabajo.

—Lo comprobamos directamente en el sitio, más fácil.

Tras la larga persecución han tomado un taxi hasta el lugar en donde dejaron el coche. En el trayecto no se dirigen la palabra, tan solo miran por la ventanilla hasta que llegan junto a su vehículo. Han tenido suerte y no se lo ha llevado la grúa.

—Mira, otra multa —dice Alfredo retirando un papel del parabrisas.

—A ti te encanta hacer las gestiones para que nos las quiten, disfrútalo.

—Será eso, sí, mi afición favorita —comenta Alfredo rompiendo el papel.

Se sientan y María arranca el motor. Toma la libreta un momento y mira en el callejero la dirección a la que deben dirigirse. Después comienza a callejear alejándose del centro, para llegar al río de asfalto que rodea la ciudad.

—No entiendo qué ha pasado antes.

—¿A qué te refieres?

—Hostia, que estábamos siguiendo a los tres pavos, tranquilamente y sin llamar la atención, cuando de repente, y sin venir a cuento, nuestro amigo Bruce Willis ha echado a correr. —Alfredo se inclina hacia el asiento del conductor.

—Tendrá prisa por recuperar lo que le han robado, yo qué

sé.

El coche circula por unos túneles aún a medio construir. Curvas que se mezclan con máquinas y ladrillo. Líneas amarillas en el asfalto que obligan a mantener la concentración y a guardar silencio. Alfredo se percata de que probablemente ese silencio se mantendrá hasta que vuelvan a salir del coche. Como si la conversación quedara en pausa porque necesitan guardar las palabras para otra cosa.

Alfredo decide encender la radio, con la intención de escuchar algo sobre el partido. Recibe interferencias y estática, por lo que tarda unos segundos en conseguir un sonido claro. Acto seguido mira a su compañera. Ella también le devuelve interferencias y estática; el problema es que a ella no resulta tan sencillo sintonizarla.

El teléfono cayó al suelo.

Después el joven salió corriendo, llegó a la calle y levantó la mano pidiendo un taxi.

Entró en la maternidad y miró los paneles de información. Sintió un miedo atroz al sentirse perdido y no poder estar junto a su mujer. Buscar un sobresueldo para lo que se les venía encima lo había convertido en un esclavo del trabajo.

Llegó unos minutos antes del primer llanto.

La madre, cansada y feliz, dejó al crío en brazos de un padre primerizo.

El joven miró a su hijo.

Se estiraba entre sus brazos Ismael.

Ismael ha estado solo mucho tiempo. Una soledad fabricada a base de elecciones precisas, quirúrgicas. Como el que cauteriza una herida y busca una cicatriz perfecta. Crear un muro invisible contra el que se pueda golpear la gente requiere dedicación. Desde ahí, desde ese lugar inaccesible, Ismael ha decidido mirar a los demás.

Pequeños y lejanos.

La fortaleza de la soledad de alguien cuyo superpoder es lograr que los que están se vayan, y los que quieran quedarse solo tengan la posibilidad de marcharse. Porque les va a doler si no lo entienden, y porque van a sufrir si no se alejan.

Porque ya no quiere hacer más daño.

Pero hoy, según se acerca la noche, Ismael se piensa detrás de dos chavales. Y entiende que el robo quizá es un gatillo que el azar ha decidido apretar. Para aniquilar esa soledad, al menos durante unas horas. Para obligarlo a ver lo que hay fuera. Para entender que su isla puede que sea un sitio absurdo en el que pasar siempre frío.

Es así como avanzan entre edificios que están pegados los unos a los otros. Se hablan con pequeños balcones que son un oasis para sus propietarios. Calles donde antes vivían escritores, padres de las letras; ahora lo están llevando hasta un lugar amplio donde chavales con patines y bicicletas saltan sobre el mobiliario urbano que hay enfrente de un museo de arte contemporáneo. Atraviesan ese espacio y llegan a una calzada de varios carriles al fondo de la cual se vislumbra la estación de Atocha. De nuevo la muchedumbre, la manada roja, se les presenta delante. Julio se detiene en un semáforo y se gira

divertido.

—Todos esos van a Colón a ver el partido, allí hay un fiestón.

—Ya sabemos adónde no hay que ir —responde su hermana mientras comienza a caminar cuando el semáforo se pone en verde.

Dejan la estación a su izquierda. En sentido contrario a la multitud que canta. Que parece celebrarlo todo antes de tiempo, quizá en un esfuerzo por vacunarse de la decepción que puede venir después. Gritan frases que luego se imprimirán en tazas y camisetas. Siempre es mejor ser felices de mentira que tristes de verdad.

Llegan a una pequeña calle pegada al muro que rodea la estación. Al otro lado se pueden ver las líneas de alta tensión. Como cuerdas de una inmensa guitarra eléctrica.

—Ya queda poco, ¿verdad? —pregunta Ismael.

Julio y Julia apenas han dicho nada desde que salieron del bar. Se dejan llevar por un desnivel que les duele en el estómago. La forma en la que iban a regresar a casa no es la que viven ahora. Ven su portal y los dos, sin saberlo, sienten al mismo tiempo un ligero mareo. Como si la incertidumbre y la necesidad de saber hubieran hecho un trato justo a unos centímetros del ombligo. Se sincronizan para hacer frente a lo que se les puede venir encima. Porque saben que hay revelaciones que no esperaban, ni querían, recibir hoy.

Alcanzan el portal y Julio abre la puerta. No hay ascensor y suben las escaleras en silencio. Son cuatro pisos, y su casa se encuentra en el último. Se detienen delante de una puerta de color marrón oscuro, y observan a Ismael. Deciden dejarlo entrar sin palabras. Julio busca su llave y la introduce despacio en la cerradura. No hace ruido al girarla, y cuando empuja crujen ligeramente las bisagras.

—¿Manuela? —dice Julia al pasar.

Los primeros días de paternidad se los llevaron los cambios de pañal y las horas de sueño perdidas.

Mientras miraba la cuna, el joven se hizo propietario de todas las incertidumbres que puede temer un padre.

Con el paso de los meses les alcanzaron dudas y erosiones distintas.

Se prodigaron las tardes sin tiempo libre y las cenas frías sobre la mesa.

También las discusiones sobre lo que era mejor para la familia.

Descubrieron la distancia que pueden crear los hijos en una pareja que ya no se escucha.

Todo esto lo hicieron ignorando la maldición que los miraba por encima del hombro.

Grande y siniestra, esperando tranquila su turno.

Un pequeño recibidor lleno de fotos da la bienvenida al que entra. Pueden escuchar el murmullo de una televisión al final del pasillo. Ismael percibe un olor dulzón, de algo que está casi al terminar en la cocina. Pone un pie en el interior cuando los hermanos ya han avanzado unos metros. Está oscuro, y debajo de las puertas se distinguen unas pequeñas líneas de luz blanca.

Julia y Julio se detienen a unos pasos del salón. A su derecha, apoyado en la pared que comparten con el piso vecino, pueden ver un viejo sofá en el que está sentada su madre. Ella se gira, despacio, y sonríe a los dos niños que la observan.

—¿De qué vais disfrazados? —pregunta intrigada Manuela.

—Es por el partido, ya sabes —responde Julio con vergüenza.

—Habéis tardado más de lo que me dijisteis —dice Manuela sin dejar de observar divertida a sus hijos—. Estaba viendo un rato la televisión antes de ponerme a terminar la cena.

—Claro, mamá —responde Julia antes de sentarse a su lado.

Julia se gira y le hace un gesto con la mano a Ismael para que entre. No sabe cómo presentarle a aquel extraño. Tampoco cómo enfocar la conversación con su madre acerca del motivo por el cual Ismael está ahí. Al fin y al cabo, Ismael es la hoja afilada que ha abierto un herida presente y desconocida en esa casa. Un hogar que ahora Julia siente que se le cae encima, como si las paredes se encogieran y se expandieran sincronizadas con su respiración.

Ismael avanza con cautela. Julia y Julio se acomodan mientras él entra en el salón. A la derecha, en el pasillo, ha

entrevisto una puerta ligeramente abierta y una cama deshecha.

—Mamá, hemos traído un amigo a casa —dice Julia.

—Vaya —dice la madre abriendo los ojos sorprendida.

—Es majo, aunque un poco tímido, así que cuidado con lo que le preguntas —la advierte Julia en tono de broma.

—Me gusta la gente que escucha más que habla. —La madre se recuesta en el sofá y coge el mando de la televisión—. Si tenemos invitados será de buena educación apagar el aparato este.

Ismael sonríe. Mira primero a los hermanos. Julio está de pie con los brazos cruzados y Julia está en el sofá, junto a su madre. Ismael saluda con un gesto, avanza y se queda plantado allí delante sin saber qué hacer o decir. Tiene ante sí a una mujer envejecida que protege su cabeza con un pañuelo. Los pómulos muy marcados y la nariz afilada. Tiene los ojos y los labios pintados. La piel pálida y los brazos delgados, que terminan en unas manos de dedos finos con nudos de hueso en cada una de sus articulaciones.

—Me llamo Ismael.

—Encantada —responde Manuela con una sonrisa, y le hace un gesto invitándolo a que se siente junto a ella.

Los años pasaron cambiando los muebles de sitio y poniendo en la piel muchas grietas.

No tuvieron más hijos.

La madre continuó con su música e hizo refugio con un piano en su salón. Allí se aliaba cada tarde con siete notas para presentarle batalla a su metrónomo de madera.

Un día, explorando el mundo entre sus paredes, el hijo encontró una llave en el pecho de su padre, y una caja de madera en un armario.

El crío, buen estudiante, comenzó a hacer preguntas dolorosas y certeras.

—¿Y tú qué clase de médico eres?

Ismael se mueve incómodo en el sofá. Manuela respira profundamente.

—Soy neurólogo.

—No me refiero a tu especialidad, o como lo llaméis. —Toma aire—. Me refiero a si eres de los que escuchan o de los que hablan. Como puedes imaginarte —se señala el pañuelo en la cabeza—, he conocido a bastantes médicos en los últimos meses.

Julio permanece de pie mientras su hermana sostiene una de las manos de su madre. Ambos se muestran inquietos, conteniendo las ganas de terminar con la presentación y preguntarle directamente por el viejo Tomás.

—Pues la verdad es que nunca me lo había planteado —dice Ismael—. Digamos que soy un médico al que le gusta menos su trabajo que tener los fines de semana libres.

—Es una buena respuesta —concede Manuela recostándose en el sofá—. Está claro que sabes cómo esquivar las preguntas que no quieres responder —añade mirándolo directamente a los ojos.

La madre intenta reírse, pero no tiene fuerzas. Alza el rostro y observa a sus hijos. Siente amargura. En los últimos meses, sobre todo en los últimos días, esa sensación no solo la acompaña desde la certeza de que le queda poco tiempo con ellos. Manuela sabe que hay secretos que tienen fecha de caducidad, y se siente culpable por no haberlos preparado para ello. Se incorpora ligeramente e inspira profundamente antes de seguir.

—Julio, ¿por qué ha venido Ismael? —pregunta.

—Para verte y ayudarnos. Como estas con dolores hemos pensado que podría echarte un vistazo.

—¿Cómo se conoce a un médico un domingo como hoy? —le pregunta Manuela a su hijo, pero este baja la cabeza—. Julia, hija, dime la verdad, que tu hermano miente bastante mal, sobre todo cuando se lo inventa sobre la marcha —interpela a su hija mientras mira con sorna a Julio.

—Madre —Julia traga saliva y también baja la mirada—, alguien nos ha dicho que en casa podemos encontrar algo que necesita Ismael.

El salón parece vacío. Pueden escuchar los gritos de una vecina pidiéndole pan a otra. También el sonido de un taladro y la escandalera que forman un montón de libros cayendo al suelo, encima de su techo. Los cuatro mantienen la mirada fija hasta que la voz fina y sinuosa de Manuela reclama su espacio.

—Siento mucho todo esto, queridos hijos. —Hace una pausa para tomar aire antes de seguir—. Quizá vosotros pensáis que por mi enfermedad igual no me entero de las cosas. Pero no vivo engañada. —Hace otra pequeña pausa, como un pez que boquea—. Sé en qué andáis metidos estos últimos meses. Lo que hacéis al salir del instituto o durante este verano. También sé que conocisteis a alguien terrible que os ha arrastrado a hacerlo con amenazas. —Mira a sus dos hijos, que se muestran sorprendidos.

Ismael se convierte en un espectador extraño y distante. Está presenciando una conversación que ya estaba latente en el pensamiento de la madre. Sabe que es así por cómo articula el discurso y por cómo mira a sus hijos. Julia y Julio se creían poseedores de un secreto unilateral. Pero ella sabía más de lo que pensaban, y ese descubrimiento provoca una terrible sensación de vértigo en los hermanos.

—¿Y no hiciste nada sabiendo que necesitábamos ayuda?

¿No nos dijiste nada? —pregunta Julio visiblemente agitado.

—¿Qué querías que hiciera?

—¿Hablar con nosotros? ¿Explicarnos qué ocurría? ¿Darnos la oportunidad de pedir ayuda?

—Julio, hijo, siento que hayáis tenido que vivir algo así. Pero creedme si os digo que sabía que no sería por mucho tiempo. Estaba segura de que llegaría este día, de que hallaríamos el modo de ponerle fin. —Manuela mira a su hijo, que comienza a tener los ojos enrojecidos.

—Mamá —dice Julia—. Nosotros nunca te hemos preguntado acerca de nuestro padre. Nos dijiste que había muerto, solo eso. Hace tiempo nos encontramos con un tipo, saliendo del instituto, que nos habló de él y de sus deudas pendientes. También nos dijo que esas deudas no las ibas a pagar tú, no podías, sino que tendríamos que ser nosotros los que deberíamos sacarlas adelante. —Julia baja la cabeza.

—Gordo —dice la madre con tristeza.

—Sí —asiente Julia al tiempo que aparta las manos de su madre—. Nos amenazó, y por extensión te amenazó a ti. Tú estás enferma y nosotros no tuvimos la capacidad de revolvernos para escapar de aquel hombre. No queríamos hacerte daño. —Hace una pequeña pausa y prosigue—: Hemos tenido que robar, mamá, para pagar una supuesta deuda que ignoramos de dónde viene. Ismael es una de las personas a las que hemos robado. Nos ha seguido y hemos decidido ayudarlo. Lo que le hemos quitado es de gran importancia para él. Pero nosotros ya no lo tenemos. Se lo entregamos a un hombre y él nos ha dicho que teníamos que venir a casa para encontrarlo.

—Tomás —dice Manuela.

—Exacto —asiente Julia—. Necesitamos que nos expliques por qué.

—Mamá, ¿qué está pasando? —dice Julio nervioso.

Ismael observa cómo Manuela tiende los brazos para abrazar

a su hijo. Y a continuación se suma Julia. Ismael se siente un satélite lejano en esa galaxia que gravita en el sofá. Transcurridos unos segundos, la madre les da un beso en la frente a cada uno de sus hijos. Y entonces mira a Ismael.

—Espero que seas un médico de los que escucha.

—Vuestro padre era un buen hombre. —Manuela se acomoda en el sofá después de quitarse los zapatos de tacón—. De tan tímido que era, creo que me invitó a salir por equivocación. Quizá él estaba pidiendo algo de beber y yo estaba demasiado cerca aquel día.

»Nos convertimos en pareja en cuanto salimos de la fiesta cogidos de la mano. Así eran las cosas antes. Dos desconocidos haciendo una transición muy rápida hacia el amor de sus vidas. Yo era la mayor de mis hermanas y estaba deseando abandonar mi casa. Él era el menor de sus hermanos y la presión de su padre para que consiguiera un trabajo se le hizo insufrible. Así que tu padre y yo nos casamos un día de lluvia.

»No preguntamos mucho, y lo soltamos como una pequeña sorpresa. Invitamos a croquetas y a empanadillas a medio barrio. No teníamos jamón y bromeábamos con el chóped. El vino era tan peleón que el que no se emborrachó acabó sujetándole la cabeza a alguien mientras vomitaba.

»Después nos apañamos con un piso pequeño. Salón, cocina y cuarto de baño. De tanto estar cerca terminó por dejarme embarazada —sonríe Manuela—. Cuando nos dijeron que erais dos tu padre no se cayó al suelo porque estaba sentado. El médico no sabía si darnos la enhorabuena o el pésame.

»En ese momento él ya estaba alternando varios trabajos. Vuestro padre era bueno, tímido y trabajador. Salía de casa por la mañana y volvía por la noche.

»Con el paso de los días fueron creciendo las dificultades y el cansancio. Queríamos daros lo mejor pero apenas lográbamos ahorrar. —Se detiene y mira a sus hijos.

»El parto me pilló por sorpresa. Rompí aguas mientras me agachaba a recoger la ropa. En aquella época no teníamos teléfonos móviles, y la única forma de llamarnos unos a otros era utilizando los nudillos o un grito bien dado desde la ventana. Un par de vecinos me llevaron en su coche a la maternidad. Cuando volvieron se encargaron de ir a buscar a tu padre. Lloré muy flojo cuando os miré a la cara por primera vez. Vuestro padre os acariciaba a los dos la cabeza con mucho cuidado.

»Al salir del hospital apenas tuvimos un par de días para acostumbrarnos a estar juntos los cuatro. Buscó un nuevo trabajo. Se puso como objetivo encontrar uno en el que trabajara todas las horas seguidas y así poder estar con vosotros más tiempo. Se pateó la ciudad de arriba abajo y en uno de esos paseos vio un papel en el anunciaban que una empresa nueva buscaba conductores. Se ofrecía trabajo en turnos rotatorios. Una semana de día, y otra de noche. A tu padre no le gustaba demasiado conducir, pero la necesidad no entiende de gustos. Así que se presentó a la entrevista y allí lo atendió un hombre gordo y sudoroso que le prometió trabajo fijo y un buen sueldo. También le dijo que ya tenía a su pareja para empezar a trabajar.

»Dos días más tarde vuestro padre le daba la mano a un tipo despreocupado que se llamaba Tomás. Firmaron sin pensar. Trabajarían seis días por semana. Rotarían el turno cada semana. Las únicas exigencias eran estar siempre disponibles cuando tocaba turno y hacer pocas preguntas.

»El jefe, Gordo, como le gustaba que lo llamaran, era hombre de pocas palabras y buen sueldo a final de mes. —Se inclina hacia delante antes de continuar—. Al principio tu padre se comportaba como un chófer. Iba de un sitio a otro sin saber a quién llevaba o traía. Lo pasaba peor en los turnos de noche. Se le hacía más largo y menos tolerable. Así transcurrieron unos

años hasta que un día algo cambió. Tomás le explicó a tu padre que en su turno de noche había pasado de llevar a personas a llevar objetos. Al parecer había más dinero ahí. Paquetes que iban de acá para allá en la ciudad. Paquetes que no podían ni mirar ni tocar.

»Aquello hizo que tu padre comenzará a sentirse incómodo. En casa estaba triste y se enfadaba con facilidad. Así que un día decidió que tenía que dejar el trabajo. Mejor hacerlo antes de saber qué era lo que transportaba. No quería tener más problemas de conciencia.

»Hablamos de ello durante varios días. Se lo explicó a Tomás y este se enfadó muchísimo y le dijo que si dejaba el trabajo tendrían que buscarle otra pareja. Discutieron, y durante unas semanas continúo conduciendo para no perjudicarlo. Hasta que no pudo más.

»Una noche, ya en invierno, tu padre llegó a casa y me dijo que había hablado con Gordo. Le explicó que dejaba el trabajo. Que no quería volver. Que lo sentía mucho pero que había terminado. Vuestro padre vino preocupado porque el jefe apenas abrió la boca. Asintió a todo y le pidió un par de semanas para encontrar un sustituto. Esas dos semanas terminaron con vuestro padre estrellando el coche contra uno de los puentes de la M-30. No llevaba el cinturón puesto y salió despedido contra el parabrisas. Murió en el acto. —Guarda un instante de silencio—. En el cementerio recuerdo que Tomás no quería mirarme a la cara. —Manuela inspira profundamente.

»Una semana después del accidente llamaron a la puerta de casa. Al abrir me encontré delante a un tipo alto con una cara inmensa y redonda. Llevaba un maletín marrón en su mano derecha. No necesitó explicarme quién era. Entró en la casa sin permiso y se sentó en este sillón. Vosotros correteabais por el salón. Comenzó a hablar y me contó una historia acerca de que necesitaba ayudarnos. Cuando terminó de hablar abrió el

maletín y tras rebuscar unos instantes en su interior me mostró unos papeles. Eran las escrituras de esta casa. También me entregó una fotografía. En ella aparecían Tomás y tu padre, los dos sentados en un restaurante. Parecían felices. Detrás, poniéndoles una mano en el hombro, estaba el tipo que salió de mi casa aquel día. Antes de irse me dijo que mi única preocupación debíais ser vosotros. Que nadie ganaba nada haciendo preguntas o levantando sospechas. Que estaba invitada cuando quisiera a sentarme a una de sus mesas.

»Yo sentí que aquellos papeles me aseguraban un hogar, pero, quizá, también me imponían una condena. Tendría que haberme negado a aceptarlo, pero entonces vinisteis a darme un abrazo. Él se marchó mientras os miraba. Debí adivinar que esa condena no la pagaría yo, que seríais vosotros quienes cargaríais con ella.

Cuando alguien se derrumba duele hacia fuera. Duele por la forma antinatural en que se dobla. Duele por la forma en que suena, emitiendo lamentos cuyo origen se desconoce pero que han estado ahí siempre. Listos para encontrar el modo de hacerse presentes.

Ismael puede ver eso en los hermanos. Puede adivinar cómo con cada palabra de su madre se ha derrumbado la vida que tuvieron, y se ha desvanecido para siempre la que podrían haber tenido. Porque acaban de reescribir lo que son en realidad. Se ha desencadenado un terremoto que no comprenden y que los alcanza de lleno.

—Esta mañana Tomás me envió un mensaje con el móvil y me dijo que vendríais. Cuando pasó un tiempo, él y yo recuperamos el contacto. Era la única forma de protegeros si volvían a llamar a la puerta. —Manuela se levanta con esfuerzo del sofá y camina hacia la entrada.

Los dos hermanos reanudan ese diálogo sin palabras que solo ellos entienden. Después miran a su madre, que ya regresa del pasillo con un marco. Es una de las fotografías que estaban en el recibidor. Julia y Julio la habían visto muchas veces. Sabían que su padre era el hombre de la sonrisa amplia, pero ahora comprenden quienes están con él en la imagen.

—Este es Tomás, y el que está detrás es Gordo —dice Manuela señalando la foto.

—¿Sabías que ese hombre iba a venir a buscarnos? —le pregunta Julio a su madre, temiéndose que ya conoce la respuesta.

—Me lo imaginé cuando empezasteis a llegar tarde del

instituto y a justificaros con mentiras que no iban a ningún sitio. —Manuela mira con cariño a Julio antes de seguir—. Lo supe cuando Tomás me confirmó que habíais comenzado a trabajar en la red que el Gordo tenía organizada.

—¿Por eso Tomás dijo que nos esperaba cuando nos vio por primera vez? —pregunta Julia.

—Así es —asiente.

—¿Por qué no nos lo dijiste, mamá?

—Porque tenía miedo de que hicierais alguna locura o que os pasara algo, o que os plantearais contarlo a la policía. Al fin y al cabo, el hedor de ese hombre también impregna estas paredes. Tomás está convencido de que es mejor que lo arreglemos de otra forma.

Los dos hermanos sienten asco. En la fotografía, el hombre que les ha roto la vida parece hincar los dedos en la piel de su padre. Fuerte y profundo. Tomás, en cambio, mira a cámara con vergüenza, quizá sabiendo que esa imagen sería vista en el futuro por los hijos de quien se sentaba a su lado.

—Ismael —Julia se dirige a él y lo observa: está apoyado en la pared, en silencio.

—No sé qué decir —responde, visiblemente incómodo—. Pero necesito que me expliquéis dónde está ese restaurante. Si es cierto lo que habéis dicho, probablemente la caja esté allí. Quizá es donde llevan todo para después moverlo. Al menos es posible que esté allí durante un tiempo.

Ismael no quiere entrometerse en la conversación, pero se le acaba el tiempo.

—Tengo que irme. Siento mucho todo lo ocurrido, y lamento que hayáis tenido que descubrirlo delante de un extraño. Pero debo irme cuanto antes.

Manuela asiente y abre el marco con dificultad. Extrae la fotografía sabiendo que no puede romperse, que ya se han roto suficientes cosas en su casa. En cuanto ha logrado sacarla del

marco, le da la vuelta para que Ismael pueda leer la dirección que hay escrita en el dorso.

—No ha cambiado de sitio y no ha cambiado de dueño —musita Manuela sintiéndose culpable con cada palabra.

—Muchas gracias. —Ismael acompaña su voz con un ligero gesto de su cabeza—. No diré nada a nadie si me preguntan por qué estoy allí. Tampoco denunciaré el robo si no encuentro la caja —les asegura, mirando primero a Julia y después a su hermano.

Manuela también mira a sus hijos y anticipa lo que están a punto de decir.

—Iremos contigo, Ismael, creo que te lo debemos —dice Julio.

—Y nos lo debemos. —Julia mira a su hermano.

Ismael asiente, pues sabe que sería imposible convencerlos de lo contrario. Se adelanta y abandona la casa cerrando la puerta con cuidado. No quiere hacer ruido, ya ha hecho demasiado.

Julia y Julio ayudan a su madre a levantarse del sofá. La llevan al dormitorio, está muy cansada. Una vez allí, la cama desordenada recupera el cuerpo que había perdido hacía unas horas. Tapan a Manuela con una sábana blanca. Tiene la cabeza levemente incorporada sobre la almohada gracias a un pequeño cojín, un vaso de agua a su derecha y un paquete de pañuelos a su izquierda. Enfrente hay otra televisión, más pequeña, Julio la enciende y vuelve el ronroneo que antes sonaba en el salón. Buscan su teléfono móvil y se lo dejan en la mesilla de noche.

Los hermanos se unen a Ismael en la calle. Este se rasca la cabeza mientras duda sobre cómo van a llegar a su nuevo destino.

—Creo que nos tocará volver al metro —dice Julia.

—Espero que os acordéis bien de la dirección —comenta

Ismael de mal humor—. Estoy rebuscando en los bolsillos y no encuentro el cuaderno pequeño que suelo llevar para apuntar cosas.

Se alejan del portal en dirección a la boca del suburbano. A unos cien metros, sentados en el capó de un viejo coche de color blanco, un hombre y una mujer los vigilan.

El hombre parece contrariado, mira de vez en cuando la pantalla gigante de un bar que tienen al lado.

La mujer se muestra más tranquila. Juega con una pequeña libreta que sostiene entre sus manos. Con un gesto le indica a su compañero que tienen que ponerse en marcha.

Sentados en el salón, alrededor de la mesa, el padre explicó a Ismael la historia de su familia.

Origen.

Desgracia.

Maldición.

El hombre le explicó la condena que parecía estar dentro de ellos.

Atrapada en sus genes.

De este modo la enfermedad había pasado de un carpintero a sus hijas.

Desde la mayor de ellas podría haberse extendido después a su descendencia.

Cada hijo una moneda al aire.

Cara o cruz.

La madre cerró el piano y se abrazó a Ismael mientras escuchaba, para que no se perdiera.

El viejo Tomás abandona la plaza Mayor y piensa en una ruta sencilla. Una en la que no tenga que molestarse en esquivar a tanto desconocido. Ya queda poco para que, a muchos kilómetros, alguien toque un silbato que callará a una ciudad entera. Dejará en suspenso la incertidumbre de toda una multitud, y provocará que algún que otro corazón se la juegue por una subida de tensión que no entiende de dónde le viene. Taquicardias provocadas por esas cosas tan importantes que en realidad no importan una mierda.

Una vez se ha alejado de la fuerza gravitatoria de la plaza, decide que irá caminando. Los treinta minutos que tardará aproximadamente en llegar a su cita le parecen tolerables. Para lo que tiene que hacer…; eso sí, tendrá que liberarse de lastre. Coge lo imprescindible y tira su maleta en uno de los contenedores que el ayuntamiento ha puesto a disposición de la muchedumbre. Escucha el sonido sordo del objeto al caer. Cierra la tapa y camina sin fijarse en que un par de chavales ya están con las manos metidas en el contenedor, tratando de averiguar qué oculta el abuelo en su basura.

Atraviesa la Gran Vía como el que supera un río e intenta no dejarse llevar por la corriente. Nadie se fija en el viejo que avanza en sentido perpendicular a la fiesta. Callejea por Chueca y se sorprende del gran número de bares y restaurantes que han surgido allí. Olores y formas que para un viejo están lejos de lo que considera digno de llevarse a la boca.

Sus pasos caen a plomo en la acera. Tomás está seguro de que va a hacer lo correcto. Se lo debía. Demasiados días apoyado en la pared. Demasiadas decisiones erróneas tomadas

porque eran el camino más fácil. Aunque esa facilidad fuera dolor para otras personas.

Desde el día que miró a los ojos por primera vez a los dos críos supo que no era justo que aquello siguiera adelante. Merecían saber por qué las decisiones de otros los habían llevado a caminos equivocados y terribles. Había que sacarles de ahí en cuanto fuera posible.

Tomás alcanza una calle amplia que desemboca en la plaza de Colón. El ayuntamiento ha situado allí un escenario y varias pantallas enormes en las que una muchedumbre enrojecida se agolpa como moscas a punto de caer muertas pegaditas a la luz. Están ahí para ver rodar una pelota sobre un césped lejano, confiando en un grupo de millonarios en pantalón corto que los harán reír o llorar. Tomás, al compararse con la masa homogénea de la que huye, siente por primera vez que por fin es él y no un mero comparsa que se deja pasar por encima para ser lo que los demás esperan que sea.

Tose un par de veces y se limpia con el pañuelo. No oculta la marca roja que deja la sangre. Abandona la plaza de Colón, toma una callejuela y se acerca a una puerta metálica sobre la que descansa un letrero donde brilla la palabra restaurante. Al entrar comprueba que la barra está vacía. En la pantalla, sin sonido, puede ver de reojo el deslumbrante verdor de lo que está a punto de comenzar. Se sacude la ropa y se dirige hacia un atril donde espera a ser atendido. Tomás se detiene y espera, paciente, a que alguien salga a buscarlo. El viejo sabe que ha llegado la hora.

La enfermedad aparecía pasada la juventud, con más de la mitad del viaje de vivir transitado.

Cuando se han dejado atrás los primeros miedos, el primer amor, la profesión, los muchos errores y los pocos aciertos.

Cuando quizá han llegado los hijos.

El padre le explicó que él había decidido no saber si era portador de la enfermedad.

Prefirió que transcurriera el tiempo sin pensar en el futuro lejano y sacrificar lo tangible.

Habían tenido un hijo asumiendo el riesgo.

Ismael sintió cómo caía ese peso sobre sus hombros.

Y sintió enfado y rabia, su vida en caída libre.

El padre apenas pudo decirle que la caja que había descubierto, cerrada con un pequeño candado, era un recurso para regresar en el caso de que la desgracia se lo llevara todo.

Si el padre caía enfermo, si la maldición abría los ojos, aquella caja era su mayor tesoro.

Necesitaba tenerlo cerca antes de marchar.

El último billete «para volver cuando se acaba».

Alfredo piensa que seguir a alguien en el metro puede que no sirva de nada, pero ya qué más da.

Con los errores cometidos y la suerte que han tenido con la persecución, lo lógico es que todo termine extrañamente bien.

Con piruetas, fuegos artificiales y el público presente ovacionando.

Pero ahora solo hay cuerpos, túneles y olores diversos.

Gente.

Escaleras.

Gente.

Giro a la izquierda.

Que no te vean.

Ya viene el tren.

Vagón lleno.

Gente.

Se cierran las puertas.

Ahora cruza los dedos para que no se hayan bajado ya.

Movimiento y contacto.

Olor.

Y más gente.

Alfredo no puede evitar curiosear la hora. Aunque no vea el partido, *sí* quiere intuir por qué minuto va la cosa. María se encuentra a unos metros, más cerca de los hermanos y de Bruce. Disimula los nervios como puede sin apartar la mirada del hombre de mediana edad al que han robado.

Alfredo intenta entender en qué puede beneficiarlos no haber detenido a los ladrones a la salida de su casa. Habría sido lo más sencillo. Hola, buenas tardes, policía, aquí las manos, aquí

sus datos, fin de la historia. Pero María no quiere hacerlo así. Ella sigue empeñada en que esos críos la van a llevar al lugar en el que se guardan los objetos robados. Está convencida de que, si van con la víctima y esta quiere recuperar lo que perdió, ese debe de ser el único sitio en el que terminará la tarde. Y si encuentran la cueva de los tesoros de Alí Babá no solo cerrarán el caso de hoy, también le pondrán un lazo a los robos que no pudieron evitar y a los robos que ya no tendrán lugar.

Alfredo y María se tomaron su castigo en serio. Por eso tirando del hilo de lo que parecía una misión pequeña, han descubierto el posible mercadeo con objetos procedentes de trasteros robados. Pertenencias que nadie quiere pero que alguien valora. Recuerdos que, aun siendo elementos únicos, obras de arte u objetos de lujo, habían sido ignorados por sus propietarios. Estaban acumulando polvo en los trasteros hasta que fueron sustraídos en distintos robos que parecían no estar relacionados. Pero María convirtió esos hurtos en una red compleja y lucrativa. Robos de un lado a otro de la ciudad, perpetrados por gente que no se conoce entre sí, y cuyos botines terminan en un mismo punto, donde el material se almacena, se valora y se repara. Un negocio prácticamente invisible, pues las víctimas de los robos apenas denuncian y, además, ignoran el coste real de lo que poseían. Sustituían la pérdida por un recuerdo, sin pedir nada a cambio. Finalmente, transcurrido un tiempo los objetos volvían a ser puestos en circulación. Subastas y tiendas de arte de segunda mano. Alguien pagaría mucho dinero por algo cuya procedencia ignoraba.

Alfredo observa a los ladrones desde la distancia. Se acerca la última parada del día. Por él, si sale bien, perfecto, pero si sale mal, piensa plantarse. Se irá a disfrutar de las migajas del gran evento, porque se lo merece. Ya lleva trabajando más horas de las que debería. También observa a María. Sabe que su

compañera no le ha contado toda la verdad. Mañana, cuando reinicien el turno, ya tendrá tiempo de preguntarle. O pasado mañana en caso de que España gane.

María intenta mantener la mente vacía. No quiere empezar a preguntarse por qué ha hecho tantas cosas mal durante la jornada. Se deja llevar por el tren, incapaz de apartar sus ojos de la víctima. Si es necesario, será cuidadosa y actuará con frialdad. Sabe que el hombre necesita recuperar lo que ha perdido. Esa certeza la lleva a intuir que para recuperarlo seguirá la ruta hasta el lugar que ellos andan buscando desde hace semanas. No hay más. No pueden perderlos.

El tren se detiene y las puertas arrojan una cantidad ingente de personas al andén. Ven a los dos hermanos y a la víctima subiendo las escaleras. Al ir vestidos como el resto de los aficionados, resulta más complejo distinguirlos. Aceleran el paso hasta situarse muy cerca de ellos. Por un momento María teme que los descubran. Pero los tres cruzan enseguida la plaza de Colón, alejándose del centro y de las pantallas. Alfredo mira de reojo las imágenes mientras camina a unos metros de su compañera.

Abandonan Colón por una calle situada en uno de los laterales de la plaza. Llegan a una callejuela que parece ser la que los perseguidos andaban buscando. Por fin se detienen frente a una puerta de metal con los cristales oscurecidos.

Los dos policías se encuentran a unos metros de distancia. A su espalda, un grupo de aficionados mira el partido en una terraza cercana. Desde su posición ven que uno de los chavales empuja la puerta. Entran los tres. María le hace un gesto a su compañero para que la siga. Dejan atrás los gritos de un par de abuelos indignados porque a alguien no le han sacado tarjeta.

Ismael buscó un refugio en la medicina.

Se hizo médico para encontrar una extraña venganza.

Si un neurólogo había marcado su destino, otro neurólogo quizá podría cambiarlo.

Cada asignatura fue un recurso para intentar crear un mapa único con el que pretendía localizar la guarida de ese enemigo que lo estaba consumiendo, y aniquilarlo.

Pero era una batalla imposible de ganar.

Solo cabía la derrota tras cada puerta abierta.

El día de la graduación se abrazó a sus padres.

Los tres compartían el miedo, el amor que se profesaban y una absurda esperanza.

Su padre le pidió a Ismael que les sacasen una fotografía.

Cuando la revelaron, pudo comprobar que la felicidad tampoco estuvo con ellos aquel día.

—¿Qué desean? —pregunta un hombre engominado, de nariz aguileña y mirada penetrante.

—Una mesa para tres —responde Ismael con voz firme.

El camarero sonríe de forma peculiar y les indica que pasen. Los hermanos se sienten incómodos, pues creen reconocer en ese tipo los gestos y el caminar del hombre que siempre acompaña a Gordo.

Llegan a un salón donde apenas hay una docena de mesas preparadas. Solo hay una ocupada por un hombre que come en silencio de espaldas a ellos. Es un espacio pequeño, aparentemente exclusivo y con una decoración clásica. Paredes de color pastel en las que destacan varios cuadros de diferentes tamaños. Como si el decorador de aquel lugar hubiera decidido sobrecargar el ambiente con obras de arte que no encajan en absoluto. Una demostración de poderío estético que casi hace daño a la vista. En el centro de la pared, a la derecha de la entrada, se fijan en una imagen de sol y playa de gran tamaño, iluminada desde arriba. Aquellos trazos a Ismael le recuerdan extrañamente a un Sorolla, que alguien parece haber copiado de forma efectiva y contundente. El camarero los conduce hasta una mesa circular que queda junto a un pasillo. Se sientan mirando hacia la puerta por la que han entrado.

—Enseguida les traigo la carta —anuncia el camarero antes de marcharse.

Julia y Julio observan la sala. Miran a su alrededor. Es como si estuvieran buscando en aquel espacio un motivo que les permita justificar qué están haciendo allí. No saben cuál será su siguiente paso, cómo deben afrontar la situación. ¿Preguntarle

al camarero por el dueño? ¿Levantarse y comenzar a curiosear por el local?

Ismael, por su parte, parece más decidido. Le apremia el tiempo. Necesita que ocurran cosas, y que ocurran rápido. Se pone de pie, empieza a caminar alrededor de la mesa y descubre que aquel salón tiene tres puertas. Una parece llevar a la cocina, otra a al lugar por el que entraron y la última hacia un pasillo donde posiblemente se encuentren los baños. Encara el pasillo y comprueba que al final hay unas escaleras con un pequeño cordón que impide el paso. Si esa es la forma de decirle a los despistados que no deben pasar por ahí, sin duda con Ismael no resultará efectiva.

—Aquí tienen —dice el camarero surgiendo sigiloso mientras los mira con curiosidad—. ¿Desean algo de beber o prefieren esperar a ver la carta y pedir todo a la vez?

—Esperaremos —responde Ismael con una sonrisa forzada.

—¿Quieren que pase el televisor dentro para ver el partido?

—No, gracias —dice Julia.

Ismael se remueve incómodo en la silla. Se le hace tarde. Decide que tiene que levantarse y mirar adónde conducen las escaleras que acaba de ver. No tiene mucho que perder. Ya ha exprimido lo bastante a los dos chavales. Los ha perseguido y les ha obligado a rebobinar sus errores hasta el extremo de, sin él pretenderlo, darles la vuelta a sus vidas.

—Si pregunta el camarero —les dice mientras separa la silla —, pedidle una copa de vino de la casa y un troceado de carne con patatas. No muy hecho.

Los hermanos asienten y siguen hojeando nerviosos la carta de platos.

Ismael se interna en el pasillo dejando atrás las puertas de los baños. Alcanza la escalera y retira el cordón que inútilmente hacía de barrera. Desciende despacio los escalones. No quiere hacer ruido, y mucho menos caerse, a consecuencia de esa

torpeza que suele sentir y que lo aterra. Contracturas en los dedos, manos que no saben abrirse, piernas que pierden fuerza o temblores involuntarios. Cosas sin aparente importancia que pueden ocurrirle a cualquier persona a lo largo del día, pero que para Ismael son el anticipo de una pesadilla.

Cuando llega al piso inferior se detiene para que sus ojos se adapten a la oscuridad. Al fondo puede ver una puerta en la que alguien ha colgado un cartel con la palabra almacén. Se acerca con una mezcla de miedo y curiosidad. Gira el pomo y accede a un espacio que lo recibe con frío y humedad. Con la mano derecha tantea en la pared hasta encontrar un interruptor. Cuando lo pulsa, tras varias intermitencias, la estancia se ilumina con una tonalidad dorada. Dos pequeñas lámparas de techo se esfuerzan en bañar de luz una habitación llena de estanterías, con el suelo repleto de objetos y cajas apiladas unas encima de las otras. Es una versión ampliada y descontrolada del trastero alquilado de Ismael. Ninguna de las formas que tiene delante parece ser comida o material necesario para un restaurante.

Ismael cierra la puerta y pasa sus manos por alguno de los paquetes y bultos. Algunos están cubiertos por una capa de polvo, como si llevaran allí mucho tiempo. Puede adivinar cuadros, cuadernos, fotografías y cajas de distintos tamaños que al abrirse esconden cubiertos, marcos vacíos, candelabros y pequeñas joyas. Ismael se siente dentro de una cápsula que lo hace retroceder años. Está rodeado de recuerdos de diversa forma y aspecto.

Se encuentra en un cubículo de paredes de ladrillo bajo un restaurante que pasa inadvertido en el centro de Madrid. Nadie puede sospechar que bajo sus pies se encuentra este tesoro de significado incierto. Puede tocar con sus dedos el pasado de gente que no conoce y que probablemente ya no exista. Personas que ya no van a reclamar que todo aquello fue suyo.

Estudia con la mirada las diferentes baldas, intentando localizar una forma reconocible, y en la última de ellas distingue un paño de color blanco que le llama la atención. Acerca los dedos y al tocarlo sabe con certeza que esa tela da cuerpo a una bolsa. Busca algo a lo que subirse y encuentra un escabel de madera de dos peldaños. Se sube, y ante sus ojos aparece el contenido de la balda.

—Aquí estás —susurra.

La bolsa, abierta, deja ver una caja de madera labrada. Ismael la acaricia cuidadosamente con la yema de los dedos.

Y entonces oye un grito.

Un accidente de tráfico les arrancó la música.

El metrónomo perdió su razón de ser y desde entonces el piano permaneció cerrado con llave.

Quedó una casa silenciosa con dos hombres ateridos.

Sombras que desde la ventana observaban una calle en la que todo parecía ir bien.

Como si la desgracia detrás de su puerta no importara a nadie.

Hasta que Ismael se sorprendió mirando a su padre, que caminaba hacia la cocina.

Creyó ver que tropezaba pero decidió contarse una mentira.

Ismael aprieta la madera contra su pecho. Baja del escabel y comprueba que no está abierta, no han forzado el pequeño candado de metal. La guarda en la bolsa y la pone bajo el brazo. Apaga la luz, deja atrás la cárcel de recuerdos y regresa intentando no hacer ruido al subir la escalera. No está nervioso. Se siente extrañamente preciso. Como si alguien hubiera calibrado de repente su cuerpo.

Ha oído un grito, una orden. Una voz desconocida y agresiva.

Puede ver el comedor al fondo. No parece que haya movimiento. Tampoco ve cómo el camarero se acerca a la puerta que da a la calle, la cierra y deja la llave puesta. Después pone el cartel de cerrado. Mientras lo hace sonríe, mostrando unos dientes amarillos y mal alineados.

Ismael llega al salón. En su mesa hay tres sillas ocupadas y una vacía. Alguien se ha sentado con los hermanos. La persona en cuestión se lo queda mirando fijamente y le hace un gesto con la mano para que recupere su plaza en la mesa.

—Bienvenido a mi casa, caballero desconocido. Siéntese, por favor. —Los tímpanos de Ismael vibran, permitiéndole identificar esa voz con la del grito que acaba de oír.

Julia y Julio parecen no haberse movido del sitio. Ismael vuelve a sentarse, esta vez frente a un tipo de ojos pequeños que suda de forma profusa por la frente. Clava sus pupilas en Ismael y unos centímetros más abajo esboza una sutil sonrisa. Como la de la Mona Lisa, pero en terrible. Tiene ambas manos encima la mesa. La izquierda juguetea con un encendedor. La derecha, a unos centímetros de una pistola, golpea suavemente el mantel con los dedos, marcando un ritmo que solo está en su

cabeza.

Los dos hermanos no pueden apartar la vista del tipo. Ismael percibe miedo en los chavales, por primera vez en todo el día. Es obvio que ya se conocen. Lo que ocurre es que ahora pueden entenderlo todo. En el pasado, sobre su padre y su madre, y en el presente, sobre ellos e Ismael.

—Hace ya tiempo desde que nos vimos por primera vez, ¿verdad, hermanitos? —dice el hombre, y al hablar despliega un fino hilo de saliva entre el labio inferior y el superior que se estira hasta romperse.

Julia y Julio se mantienen callados. No saben qué hacer ni qué decir.

—Mirad que os expliqué que esto iba al revés. Yo era el que os buscaba a vosotros. —Hace una pausa para inspirar, y suena como si el aire llegara a sus pulmones impulsado por un fuelle —. No debíais hacer preguntas. Preguntar es de retorcidos. Puede que uno descubra lo que le conviene saber, pero a veces sucede que descubre lo que no debería. Si estáis aquí es porque alguien os ha dicho dónde encontrarme. Si ha sido vuestra madre, que es lo que me temo, hay dos posibles razones. O porque os quiere menos de lo que pensabais. —Julio se agita al escucharlo—. No te enfades, chaval. Quizá la otra razón sea que os quiere mucho y desea que me haga cargo de vosotros cuando ella falte.

—La razón de que estén aquí soy yo —lo interrumpe Ismael, haciendo que la mole que tiene a un metro se gire hacia él—. Ellos me robaron esta mañana, los he seguido y los he obligado a traerme hasta aquí. No es culpa suya que hayan tenido que hacer preguntas, y no es culpa de su madre haberlas respondido. —Ismael aprieta los dientes, siente un rechazo absoluto hacia el conjunto de tejidos que forman el cuerpo de quien en ese instante le está lanzando una mirada rabiosa.

—Ya veo —dice Gordo mirando la bolsa que Ismael tiene

sujeta—. Y supongo que eso que tiene ahí es lo que le han robado.

—Sí.

—¿Y se puede saber cómo lo ha recuperado? Quizá ha tenido la mala suerte de equivocarse de camino al baño.

—Exacto, me han entrado ganas de hacer turismo de vejiga hasta su almacén —asiente Ismael señalando con la cabeza el pasillo—. Debería gastar más en cordones, uno tan fino no creo que sea suficiente para evitar errores como el mío, señor…

—Gordo, puede llamarme Gordo. Soy una metonimia con piernas: así, ni se olvidan de mi nombre, ni se olvidan de mi tamaño. —Se carcajea mientras lo dice—. Para ir en pantalón corto y con esas pintas, parece usted valiente, señor…

—Ismael.

—Señor Ismael. —Se rasca la nariz y se incorpora en la silla haciéndola crujir—. Bueno, ¿y ahora qué hacemos? ¿Cómo podemos solucionar esto?

—Lo más razonable es que nos deje marchar. Yo me voy con mi pertenencia y ellos se van a su casa, con su madre. Solo querían ayudarme.

—Es lógico, deben estar con su madre enferma. No parece quedarle mucho —pronostica Gordo, asegurándose de que sus palabras llegan a los hermanos.

—Sí, es lo justo —asiente Ismael—. Por mi parte le garantizo que no voy a denunciar el robo. Es como si no hubiera pasado nada.

—Hombre, Ismael —lo interrumpe Gordo—. Como usted comprenderá, algo sí ha pasado. —Extiende los brazos y señala a su alrededor—. Para empezar, usted ha descubierto que esto es más que un buen restaurante. Ese es un secreto de los que pesan un poco en la espalda. Y, además, estos dos hermanitos le han asignado una dirección al sitio donde guardamos los objetos robados. Imagine que, por casualidad, yo qué sé, algún

día los pillan y les da por hablar más de lo debido. A su madre la quieren tanto que no la involucrarían. A mí seguro que me adoran, pero les molestaría un poco menos llenarme de mierda.

—No lo harán —responde Ismael mirando a Julia y Julio.

—No lo harán hoy y ahora, pero el presente vale muy poquito cuando se trata del tipo de negocios en los que yo me muevo.

Cuatro personas guardan silencio en una mesa redonda.

A un lado dos chavales, dos hermanos. Sienten miedo y rabia, la peor combinación posible cuando no sabes qué decir, pero tienes ganas de hacer. Están bloqueados. Julia mantiene las manos sobre las rodillas, y tiembla. No quiere moverse y se culpabiliza por no dar con las palabras ni el valor necesarios. Julio mira el cuchillo que tiene delante. Es un cuchillo de carne, con mango de madera. Piensa que quizá sea una llave, y que lo que tiene delante es la puerta hecha de carne. Tan solo tendría que cogerlo, clavárselo y dar las explicaciones pertinentes a la policía cuando vinieran a por él. Su hermana, libre; su madre, triste, pero a él no le importaría pagar por los tres.

Junto a ellos un hombre de mediana edad y pantalones cortos con bolsillos. Siente que se le acaba el tiempo para cumplir la promesa. No es capaz de ver una salida plausible y no encuentra el modo de hacer que nadie salga perdiendo. De forma extraña regresan a él conversaciones del pasado y personas que había apartado de su vida. Concluye que a nadie le importa lo que pueda ocurrirle, es un individuo al que ignora el universo. Quizá solo tenga que llegar hasta ese punto en que actuar es la única salida. Acabar con ese problema en forma de masa que los tiene atrapados. Huir, hacer lo que debe y después, cuando solo quede la derrota, tocar su última nota. Podría ser el árbol que cae sin hacer ruido en el bosque porque nadie lo escucha.

Finalmente nos queda el tipo enorme que se gira como un continente sobre la silla. Nota las gotas de sudor deslizándose por su frente; y también percibe un poco de sed. Observa a las tres personas que lo acompañan. Siente pena por ellas. Se han equivocado al venir a visitarlo. Puede que salgan de allí, pero se han escrito un final precoz y próximo para sus vidas.

En la sala de espera, Ismael sintió una desagradable opresión en el estómago.

Sus órganos perdieron el paso, en caída libre.

Gracias a su profesión sabía qué estaba pasando.

El animal.

La maldición.

Lo terrible.

Tuvo ganas de vomitar antes de mirar a su padre a los ojos y ver en ellos una profundidad inescrutable.

Una cueva infinita repleta de oscuridad.

Poblada por alimañas que mordían y pellizcaban, asestando minúsculas dentelladas, para que no pudieran volver de allí a donde no querían entrar.

—Imagino que vuestra madre, mi querida Manuela, os habrá contado su versión de los hechos. Si habéis venido hasta aquí, es probable que queráis completarla. ¿Verdad?

»Veréis, vuestro padre era tres cosas en la vida —dice Gordo cogiendo la copa de cerveza que le ha servido el diligente camarero—. Era padre, cabezota y gilipollas. Por ese orden. Le expliqué muchas veces que realizaba el mejor trabajo posible. Que no tenía que hacerse tantas preguntas, igual que os dije a vosotros. Como lo vi venir, no le exigía mucho, os lo prometo.

»Empezamos con el traslado de personas. Como un taxi, pero en privado y más discreto. Era muy cuidadoso, vuestro padre, todos los clientes estaban contentos con su forma de trabajar. Con el paso del tiempo y dada nuestra eficacia nos ofrecieron transportar otras cosas. —Abre los brazos y a continuación junta las manos, como si pidiera perdón—. Había dinero de por medio. Mucho. Así que decidí empezar a diversificar. Al principio me conformé con montar este negocio, un pequeño restaurante. Para asegurarme un sitio en el que refugiarme y por si venían mal dadas. Y no vinieron mal dadas, ni mucho menos. Eso hizo que después me preguntase si no sería posible que la mercancía que yo movía se quedara un tiempo conmigo. Pasar de mero transporte a centro neurálgico. Crecer y madurar. —Se frota las manos—. El negocio no estaba en mover, sino en vender lo que se movía. Así que le dimos un giro a nuestra labor.

»Eso a vuestro padre le sentó muy mal. Se sentía incómodo. No quería mancharse las manos, como si no las tuviera ya sucias. Él hacía su trabajo y esperaba el ingreso a final de mes.

Pero no le gustó lo que le contamos que íbamos a hacer. Su conciencia valía más que los cambios y el aumento de sueldo. A pesar de que estabais vosotros, y sabiendo que perdía el mejor trabajo del mundo, me dijo que se marchaba.

Le da otro trago a la cerveza y continúa hablando.

—Como podéis imaginaros, si me cuesta dejaros marchar a vosotros, que lleváis aquí veinte minutos, cómo no me iba a costar dejarlo marchar a él, que llevaba toda la vida conmigo. La conciencia es algo terrible, ¿verdad? Se pone en marcha cuando uno menos se lo espera y ya no te suelta. Le pedí un poco de tiempo para encontrar un sustituto. Hasta su compañero de turno en el coche le pidió que no se marchara. Pobre Tomás, con un trabajo como el suyo era difícil encontrar a alguien en quien confiar. Hasta les cambié los turnos, les puse un coche para cada uno y solo conducían durante el día. Pero nada. Imposible. Padre, gilipollas y cabezota. Ya os lo dije.

La copa de cerveza regresa vacía a la mesa. Julia y Julio contienen las lágrimas. Gordo levanta la mano y hace que aparezca un recambio para reemplazar lo que ya se ha bebido. Tras dar un trago largo, retoma la palabra.

—Lo del accidente fue una pena. Qué os voy a contar. Le tenía preparado el finiquito, os lo prometo. —Se lleva una mano al pecho—. Pero una rueda pinchada, unos frenos un pelín pasados y un día de lluvia hicieron mala combinación —sonríe mientras Julio se inclina levemente sobre la mesa, con la mirada vacía.

»Vuestro padre presumía mucho de sus hijos, todo el tiempo. Como me sentía culpable decidí que os debía un favor. A vosotros y a vuestra madre. Así que le hice una visita. Le expliqué que hay lugares de los que uno no se puede ir, aunque se muera. Trabajos de los que no se puede hablar. Me aseguré de que ella estuviera agradecida. No hay nada mejor que un regalo inmerecido pero que necesitas irremediablemente para

lograrlo.

»Después me senté a esperar a que crecierais. —Señala a los hermanos con el dedo—. Gracias a gente como vosotros, hermanitos, podéis ver a vuestro alrededor estos cuadros que no solo sobrepasan mi capacidad de comprensión, sino también mis posibilidades de comprarlos. Están aquí unos meses y luego se desvanecen. Paff. Excepto ese grande de la playa, ese no se mueve de aquí. He llegado a ser lo que soy gracias a vuestro trabajo y al de otros que como hormiguitas hacen su parte sin preguntas. Pequeñas personitas sin importancia que me hacen importante a mí.

Apura la segunda copa de cerveza.

—No me importa saber por qué vuestra madre os ha hecho venir aquí o por qué el tal Ismael necesita recuperar su caja —dice apretando los labios—. Os preguntaréis por qué os cuento todo esto. No tenemos párpados en las orejas, así que sin duda me habéis oído. Ahora sois propietarios de una información valiosa de la que depende mi negocio, y puede que vuestras vidas. Colegas y cómplices. Y esa información es un artefacto maravilloso que voy a utilizar para que seamos muy amigos antes y después de que os permita salir de aquí.

Gordo se inclina hasta que su rostro está muy cerca del de Ismael. Puede oler la cerveza y ver con precisión cada pliegue en su cara. Sin moverse, Gordo desvía la mirada hacia los dos hermanos. Con un ligero gesto de su mano derecha hace regresar al camarero. Esta vez no trae ni se lleva nada, se limita a quedarse detrás de su jefe. Puede que para ayudarlo a ponerse en pie. O tal vez para inmovilizar a alguno de los que tiene delante. Con todo aquel teatrillo nadie se percata de que, a unos metros, el hombre que estaba comiendo de espaldas se ha levantado. Camina con cierta dificultad mientras se sacude unas cuantas migas de la ropa. Introduce la mano derecha en el pantalón y siente el frío del metal entre sus dedos índice y

pulgar. Se sitúa detrás del camarero, levanta el brazo y lo deja caer bruscamente para asestarle un golpe en la nuca. El camarero se desploma inconsciente. Después el hombre con la pistola tose un par de veces, se traga la sangre y dispara al techo. A continuación, apoya con cuidado el cañón aún caliente en uno de los pliegues del cuello sudoroso del tipo al que ha venido a matar.

María y Alfredo oyen el disparo cuando están a unos metros de la puerta del restaurante. Alfredo todavía tiene el teléfono en la mano, acaba de llamar a la central para pedir que envíen un par de unidades. Tenían pensado esperar a que salieran de nuevo a la calle y poner fin así a las persecuciones del día. Esta vez iban a respetar el protocolo, ya estaba bien de incumplir normas. Pero el disparo da al traste con todos sus planes. Ahora hay balas donde solo esperaban palabras y puede que un par de empujones.

—¿Qué hacemos ahora? —exclama Alfredo pegándose a la pared.

—Tenemos que entrar —dice María.

—No podemos, es peligroso.

—Los ladrones y la víctima no llevaban armas, ha disparado alguien que estaba dentro.

—Con más razón —replica Alfredo acercándose a María—. Sabes mejor que yo que no debemos entrar en un espacio cerrado con rehenes y con al menos un tirador. Ya la cagamos una vez y no vamos a cagarla otra.

—Voy a entrar, Alfredo. —María desvía la mirada de su compañero mientras habla, a la vez que se lleva las manos a la espalda para sacar la pistola—. Tengo que entrar.

María cierra los ojos. No se esperaba un disparo. No le gustan las armas. No entiende que en el desempeño de su trabajo tenga que hacer daño a otros para que haya justicia. María no comprende qué ocurre, pero teme que los tres que han entrado en el restaurante están corriendo un peligro que los supera. Por desgracia el disparo es un argumento a favor de

que estaba en lo cierto con respecto a la investigación. De que aquellos chavales los iban a llevar al premio gordo. Si en un lugar hay balas es porque alguien necesita los mejores perros de presa para protegerse. Pocos animales muerden mejor que un disparo.

—¿Central? —dice Alfredo—. Joder. Soy Alfredo, he llamado antes. Sí. Lo sé. Necesitamos que vengáis rápido. Traed varias unidades. Tenemos un código uno. Sí, otra vez. Mala suerte, no me toques los huevos. Ya sé que está lleno de gente. Lo sé. Vamos a entrar. Necesitamos ayuda.

Alfredo no va a dejar sola a su compañera.

—La madre que me parió, María —dice Alfredo—. Con la gilipollez al final sí que me pierdo la final. Ni prórrogas ni hostias. Vamos a ir con cuidado, no me quiero perder también todos los partidos del resto de mi vida —le suelta mientras se acerca a ella.

—A pesar de ser un cansino y no tener gracia eres un buen compañero, Alfredo.

—O eso o gilipollas, no lo sé —refunfuña.

La calle está prácticamente vacía. Es como si alguien hubiera hecho un trato para drenar la acera de tipos vestidos de rojo. En la terraza que hay a unos metros todos están atentos a la pantalla del interior, salvo un par de mujeres que miran extrañadas al hombre y la mujer que avanzan pegados a la pared. No entienden qué están haciendo. Los gritos por una ocasión fallada las obligan a volver a la pantalla.

—¿Y bien? —dice Alfredo—. Nos van a empapelar un año en vez de unos meses, María.

—Lo primero es mirar —propone María asomando la cara por el cristal para ver el interior—. Hay una barra vacía. No hay nadie detrás. Tampoco delante.

—¿Clientes?

—Ni uno.

—¿Ves algo más?

—Hay una puerta que debe de dar al salón comedor.

—Pues estarán ahí metidos.

—Esperemos que así sea, eso nos ayudaría. Mejor que estén encerrados ellos a que lo estemos solo nosotros.

—¿Ves movimiento?

—No.

—Pues nos movemos. —Alfredo se agacha y se dirige hasta la puerta del restaurante.

—De acuerdo. —María repite los movimientos de su compañero y llega junto a la puerta.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a abrir. Una vez haya abierto, cruzamos los dedos y procuramos no hacer ruido —dice María.

—¿De verdad no podemos esperar a que vengan los refuerzos?

—No puedo esperar, Alfredo. —María observa a su compañero; no ha sido completamente sincera con él—. Te debo una explicación —le dice.

—Llevo dándole vueltas todo el día, a ver si te vas a pensar que no me he dado cuenta. —Se señala la cabeza con el dedo índice de la mano derecha—. Pero tal como están las cosas, me conformo con que luego me digas cómo ha quedado el partido.

María está a punto de sujetar el pomo de la puerta con la mano. En el instante en el que su piel toca el metal escuchan un segundo disparo.

Alfredo niega con la cabeza antes de apuntar a la cerradura y ponerse de pie.

Ismael mantiene los ojos cerrados. En sus oídos retumba un pitido insoportable.

Está ocluyendo sus pabellones auriculares con las dos manos y ha encogido el cuello.

La cabeza le da vueltas y huele a quemado.

Hay humo, la mesa se tambalea.

Intenta fijar la mirada en un punto, con la intención de ir recuperando lentamente el control de sus sentidos.

Julia y Julio también se han llevado las manos a la cabeza.

Miran al frente, conmocionados.

Ismael ve al viejo Tomás delante de ellos; está de pie y sostiene un arma con la que apunta al cuello de Gordo.

En el techo se ha abierto un agujero del que se desprenden pequeños pedazos de escayola. Uno de ellos al caer alcanza el brazo izquierdo del viejo, que cuelga inerte junto a su pecho.

Está lleno de sangre.

En la mesa, el hombre sonríe tranquilo, con la mirada perdida. Su mano derecha empuña el arma que acaba de gritar.

—Por poco, Tomás, por poco —dice Gordo.

El viejo no se mueve. Su rostro se mantiene inexpresivo. Parpadea despacio y transmite una extraña sensación de calma.

Ismael se siente fuera de lugar y de tiempo, ¿qué hace ahí? Se percata de que está apretando la caja contra su pecho hasta hacerse daño. Como si en ella estuviera buscando un anclaje que le permita comprender qué está haciendo allí y por qué debe marcharse para terminar lo que empezó esa mañana. Y llega a la conclusión más extraña posible. Quizá en medio de todo aquel caos encuentre una oportunidad para huir.

—Cuando esta mañana te dije que pasaras a tomar algo no me imaginé que vendrías con la intención de matarme. —Gordo se mueve levemente mientras habla, pero Tomás aprieta aún más la pistola contra su cuello—. Con lo cerca que tenías la jubilación, y ahora te entran las ganas de ser un héroe.

Tomás sonríe a los dos hermanos antes de responder.

—Me he cansado de mirar desde lejos cómo castigas a estos chavales. Hoy los he visto de otro modo, Gordo. —Hace una pausa para toser; respira con dificultad—. No se merecen lo que les obligas a hacer. Ellos son mejores que tú y que yo. Esa deuda que te has inventado no se terminará de cobrar nunca. Tú y yo lo sabemos. —Aprieta un poco más la pistola contra la piel del hombre sentado—. Pero han decidido rebelarse, algo que yo no fui capaz de hacer cuando debía. —Mira a Ismael—. Llevo mucho tiempo deseando cambiar las cosas, y parece que ha llegado el día. No quiero ser responsable de tener que cavar la tumba de estos críos. Ya tuve suficiente con ver cómo encargaste la de su padre.

—Su padre se enterró él solo —responde incómodo Gordo mientras mueve el cuello tratando de aliviar la presión del arma—. Lo sabes perfectamente. Y tú decidiste seguir conmigo. Miraste para otro lado, y cuando no pudiste seguir cumpliendo, te montaste tus trapicheos, tus trueques, y esa basura que pones en el suelo y llamas puesto. No eres mejor que yo, Tomás. Además de un delincuente de mierda eres un cobarde.

—Un cobarde con conciencia no es un cobarde, Gordo. Solo es un valiente que antes de buscar venganza ha estado haciendo pereza hasta cambiar de idea —dice Tomás mientras amartilla el arma—. Vosotros, salid de aquí —les ordena.

Ismael retira lentamente la silla y se pone de pie. Lleva la caja envuelta con la bolsa en el regazo. Julia y Julio tardan un poco más en moverse. Cuando por fin reaccionan, pasan junto a Tomás. Julio asiente con la cabeza en señal de

agradecimiento. Julia se acerca a él y le da un beso en la mejilla. El viejo los mira con expresión serena.

—Siento haber permitido que esto ocurriera —murmura.

Los hermanos e Ismael pasan por encima del camarero, que aún permanece en el suelo. Van esquivando sillas y mesas hasta que llegan a la salida del comedor y echan la vista atrás. Pueden ver al viejo de pie, sobre un pequeño charco de sangre que mana de su índice izquierdo. Sostiene con dificultad el arma contra el cuello del hombre que sigue sentado en la mesa. Este se gira y los observa. Es la mirada de un animal que ha perdido sus presas.

—Os encontraré, me debéis una condena —les dice.

Dan media vuelta y se dirigen a la puerta con la intención de abandonar el restaurante, pero descubren que está cerrada. Ismael se echa la bolsa al hombro y gira las llaves que cuelgan del pomo con un chasquido. La luz del exterior lo deslumbra, por eso tarda unos instantes en percatarse de que tiene un arma apuntándole al pecho.

—¿María? —dice asustado Ismael.

Sobre la mesa, el informe del hospital con el nombre de una enfermedad hereditaria.

También una pequeña libreta en la que Ismael decidió escribirlo todo.

Antes de salir de casa, le dio algunas instrucciones a la enfermera que iba a cuidar de su padre.

Abandonó el edificio y llegó a un parque cercano.

Ismael se abrazó a una mujer de ojos verdes y pelo castaño.

Una joven inspectora a la que había conocido en un caso de maltrato.

Él hizo el parte judicial y ella, al iniciar la investigación, dijo su nombre en el control de la planta de neurología.

Los dos se dieron un beso.

Caminaron alejándose del barrio.

A unos metros de allí, la enfermera observaba sobrecogida a la bestia alimentarse de un hombre roto. Este se agitaba abrazado a una caja mientras tiraba con fuerza de una llave sobre su pecho.

Alfredo se gira hacia su compañera.

—¿Cómo hostias sabe este tío tu nombre?

María se mantiene inmóvil mientras sigue apuntando al pecho de Ismael. Los hermanos se hacen a un lado. Ismael da un par de pasos al frente, se sitúa frente a ella, y pone la mano sobre su arma.

—Lo siento —dice Ismael.

—Ya solo falta que alguien me diga que todo ha sido un sueño, como en *Los Serrano* —suelta Alfredo sin dejar de apuntar a Ismael.

—Esta vez no voy a salir corriendo —añade Ismael mientras se hace a un lado para que puedan ver el interior—. Dentro hay tres personas. Dos de ellas con un arma, otra en el suelo.

María observa a Ismael. Alfredo niega con la cabeza mientras pasa junto a los hermanos. Les dice que salgan a la calle y se agacha para examinar el interior del restaurante. Su compañera no parece poder seguir adelante, así que se queda junto a la puerta de entrada.

Alfredo no escucha nada dentro, pero al asomarse distingue a un anciano de pie, detrás de un hombre sentado, mucho más grande que él. Sostiene un arma. El viejo empieza a tambalearse y cae de rodillas. El hombre sentado aprovecha la ocasión, da un puñetazo en la mesa y se incorpora. Su reacción le recuerda a Alfredo uno esos documentales en los que un gorila se enfada y agita los brazos en el aire, haciendo frente a unos enemigos invisibles. La diferencia es que este lleva un arma en la mano. Al ver que el viejo está de rodillas le apunta a la cabeza.

—¡Quieto! ¡Policía! —grita Alfredo irrumpiendo en el comedor—. ¡Tira el arma al suelo y levanta las manos!

El hombre hace una mueca de asco y mira al techo. Y a continuación se gira hacia Alfredo y le apunta.

—No sé quién coño eres, pero no estabas invitado a comer —le suelta mientras lleva el dedo índice al gatillo.

El disparo hace que Alfredo cierre los ojos. No se esperaba esa reacción y ha sido incapaz de responder o de apartarse para tratar de esquivar la bala. Deja caer la pistola y siente que le fallan las piernas. Se arrodilla y apoya las palmas de las manos en el suelo, que le parece helado. Comienza a tiritar. Se palpa el pecho y los brazos. Busca una herida. No es capaz de encontrarla, pero se siente mareado. El corazón late fuerte en su cuello y en su cabeza, que parece a punto de estallar. Levanta la mirada y observa al hombre que tiene delante. Es enorme. Sonríe, y exhibe unos dientes pequeños mientras pone los ojos en blanco. Tiene los labios apretados y finos. Parece como si estuviera conteniendo una carcajada, quizá un grito. Puede ver que tiene los brazos caídos. A sus pies, una pequeña pistola despide un hálito de humo que serpentea hasta el techo. El viejo sostiene entre sus dedos el arma antes de dejarla caer. Comienza a brotar sangre del cuello del hombre montaña. Alfredo comprende lo que ha ocurrido y piensa que por suerte todavía hay partido antes de perder el conocimiento.

El coche se detuvo delante de un edificio grande y limpio.

En el asiento de atrás un hombre perdido que respiraba con dificultad, atrapado por espasmos que era incapaz de controlar.

Su cuerpo se agitaba sin control, generando un dolor inexplicable. Sus músculos se rompían y cristalizaban, se quedaban paralizados y tensionaban las articulaciones, ignorando el daño que producían.

La mandíbula rígida, metálica. Incapaz de contener la saliva tras sus labios.

Ismael acompañó a su padre hasta la habitación.

Caminó junto a la camilla intentando obviar los sonidos guturales que surgían de su garganta.

Al cerrar la puerta se sintió culpable y sucio.

Sintió asco. Él también estaba temblando.

Tan solo regresaría allí para cumplir una promesa absurda el último día de la vida de su padre.

Una llamada de teléfono «para volver cuando se acaba».

Después se subió al coche y le pidió a María que lo llevara a casa.

En el viaje de vuelta comprendió que aquella maldición debía terminar con él.

Su padre había escrito un punto y final a ningún sitio.

No más monedas al aire.

La maldición no encontraría más puentes hacia otras vidas.

No habría más hijos.

No habría familia.

Nadie más sufriría.

Se bajó del coche sabiendo que esa era la última vez que debía

ver a María.

María observa las camillas saliendo del interior del restaurante.

—Se pondrán bien los cuatro, han tenido mucha suerte ahí dentro —le explica el jefe de guardia del servicio de emergencias—. El viejo tiene una herida en la humeral, ha sangrado bastante, pero se solucionará. El gigante tiene una herida grande en el cuello, muy espectacular, pero es lo que tienen las pistolas de perdigones. No causan heridas profundas, pero son escandalosas. En cuanto al camarero, se ha llevado una conmoción. —Hace una pausa mientras firma unos papeles —. Y su compañero, inspectora, parece que ha sufrido un síncope. Debía de llevar un mal día el hombre, habrá comido regular y con el estrés de pensar que le pegaban un tiro se ha venido abajo.

—Estaba muy arriba antes, normal que le haya pasado eso —bromea María.

—Le haremos un electro, bioquímica, observación y esas cosas, pero nada más —concluye el médico y se dirige a una de las ambulancias.

La calle está llena de agentes de policía. Un par de coches bloquean el acceso. Apoyados en uno de los vehículos se encuentran Julia y Julio. Nadie parece prestarles atención. Están cogidos de la mano.

María camina entre sus compañeros. Han comenzado a examinar el interior del restaurante. No cesan de salir con objetos de diferente tamaño que luego introducen en el interior de un par de furgonetas azules aparcadas sobre la acera.

—María, todo lo que encontramos está en nuestro catálogo de hurtos. Creo que habéis dado con el premio gordo —le

comunica un policía con casco al pasar a su lado.

—Ya podías haber hecho esto mañana, Estroch —le dice otro mientras levanta un pequeño baúl—. Ahora mismo están empatados a cero y puede que haya prórroga. Vas a dejar a media comisaría sin partido.

María sonríe de forma mecánica. Se acerca hasta los hermanos. Después busca a su alrededor hasta que encuentra a Ismael. Está sentado en el bordillo, a pocos metros. Tiene las piernas cruzadas y mira fijamente una bolsa de tela que ha acomodado entre sus muslos. Parece como ensimismado. Se acerca hasta él, insegura. No teme que huya otra vez, sino que no tengan nada que decirse. Que entre ellos solo quede un vacío y no encuentre una explicación para lo que les ha ocurrido. Ismael desapareció de su vida, dejó de cogerle el teléfono. Tras la visita a la residencia se convirtió en un fantasma. Desapareció. María teme que no quiera mirarla a los ojos. Que, aunque no pueda escaparse de ella como hizo unas horas antes, Ismael haya construido un muro para separar sus vidas. Al menos se merece una explicación, saber por qué no puede acceder a ese lugar inaccesible e inalcanzable.

—Ismael, tienes que irte de aquí —le dice María.

Él alza la vista y la observa. Después mira el reloj.

—Lo sé, pero puede que ya sea tarde, que ya no sirva para nada. ¿Desde cuándo nos lleváis siguiendo?

—Desde que te han robado.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque es mi trabajo.

—María, siento mucho lo ocurrido, no sé cómo explicarme.

—Vamos —le dice María mientras extiende la mano y le devuelve su libreta.

Ismael se pone de pie y mira a los hermanos.

—¿Qué hacemos con ellos?

María sonríe, se da la vuelta y se dirige a los chicos:

—Vosotros, venid conmigo. —Los hermanos se separan del coche y acompañan a María—. Ahora no vais a decir nada y me seguís el rollo, ¿de acuerdo?

Los tres observan cómo María se aleja hasta llegar a uno de los coches aparcados. En el interior, un tipo peinado con gomina y camisa blanca fuma mientras escucha la radio. María se acerca a él y le comenta algo. El tipo abre la puerta, se baja del coche y le entrega las llaves. La inspectora los llama para que vayan hacia ella. Cuando se cruzan con el tipo de blanco los despide con una especie de saludo militar. Lleva una placa de policía en el cinturón.

—Ismael, tú en el asiento delantero y vosotros dos en el trasero —les indica María mientras se sienta y pone en marcha el motor.

Ismael se abrocha el cinturón con cuidado y deja la bolsa sobre su regazo. Sorprende a María mirándolo. El vehículo abandona la calle y pueden ver reflejado en las fachadas de los edificios el azul y rojo de las luces de policía. Apenas hay gente en las aceras, los bares están llenos. En todos se repite el mismo rectángulo verde en las televisiones. Pantallas grandes y pequeñas replicando un presente que ignora a los cuatro ocupantes del vehículo. Se detienen en un semáforo y los hermanos se miran el uno al otro sin atreverse a preguntar.

—¿Adónde vamos? —se arriesga a decir finalmente Julio.

—A cumplir una promesa —responde María cuando arranca el coche.

Desapareció.

No respondió las llamadas.

Se arrepintió de haberle contado a ella sus miedos y su promesa.

Borró de la casa todos los recuerdos, tan solo se quedó con aquellos que le dolían distinto.

No se deshizo del piano ni del metrónomo.

Tampoco quitó las fotografías.

La graduación y María.

Vació la habitación del padre y llevó sus objetos a un trastero alquilado.

En la oscuridad de un pequeño cuarto mal iluminado trató con cuidado la nostalgia que había en cada uno de ellos.

La caja de madera quedó sobre una balda de metal.

En la ventanilla los árboles se mezclan unos con otros, como se mezclan los fotogramas en una película de animación. La ciudad está lejos. Los murmullos y las aceras vacías han quedado atrás. En el interior del coche nadie habla. Ismael reconoce el camino y siente que por fin está llegando a la meta. Y le da miedo.

Abandonan la autovía y toman una vía de servicio. Después esta se convierte en una carretera secundaria que traza varias curvas hasta enterrarse en el interior de un pequeño pueblo. Pueden ver carteles con anuncios de comercios locales. Extraños logos diseñados para atraer la atención, hasta que aparece frente a ellos un complejo de edificios perimetrados por una valla oxidada de color marrón.

La puerta del complejo está abierta. Ahí dentro no temen que nadie escape. Rodean muy despacio los bloques que están dispuestos como los radios de una rueda gigante. Convergen en una plaza central que se abre a una gran puerta y a una escalera.

Encuentran pocos vehículos aparcados, lo cual les permite llegar con facilidad al final del tramo de peldaños que da acceso el edificio. El coche queda paralelo a la entrada.

María no apaga el motor y mantiene la mirada al frente. Tras unos segundos Ismael se desabrocha el cinturón de seguridad. No habla mientras baja y recupera con cuidado la caja. Antes de que cierre la puerta María observa a Ismael. Durante unos instantes se ven. Ella asiente y sonríe. De nuevo el lenguaje que no necesita palabras. Ismael encuentra en esa sonrisa un lugar al que volver. Después observa cómo el vehículo se aleja

haciendo crujir la arena bajo las ruedas. Cuando desaparece de su vista, Ismael comienza a subir los escalones, y entra en la residencia.

Huele a limpio.

Un limpio viscoso y aséptico.

Pero huele a limpio.

También reina el silencio, que solo se rompe por el murmullo de un par de voces monótonas que surgen de un televisor que tiene atrapados a un par de celadores.

Es un lugar blanco, lleno de sillas vacías y sillones desinfectados.

Las paredes están alicatadas con unos cuadrados perfectos de color gris oscuro y claro. Cuadrados sobre cuadrados que son rotos por rectángulos de metal haciendo ventana.

Todo limpio, silencioso y cuadriculado.

Y vacío.

Como si hubiera pasado una ráfaga de viento que todo lo limpia.

El primer impacto al entrar en una residencia de ancianos es esa sensación de encontrar otro mundo en el nuestro, un paréntesis de la vida ahí fuera.

Un lugar doloroso en el que nos convertimos en recuerdo de lo que fuimos.

Como un sueño que nadie sabe terminar y decide encerrarse en sí mismo hasta ser pesadilla.

Un lugar en el que se abandonan cuerpos.

Un sitio en el que solo la limpieza y el olor a químicos es capaz de recordarnos que allí hay algo más.

Un trastero para personas.

Un no sitio.

Un no lugar.

Ismael no puede evitar sentir esa pequeña punzada en el pecho que le recuerda que él permitió que ocurriera algo así.

Ese dolor que le dice todos los días que no ha sido un buen hijo.

Que no es buena persona por haber dejado a su padre solo.

Conoce perfectamente el camino hasta su habitación. Por eso pasa junto a los celadores que están detrás del mostrador sin preguntar.

Es invisible.

Ismael avanza silencioso. Entra en un pequeño cruce de pasillos decorado con unas plantas de plástico. Allí solo necesitan cuidados las personas. También observa pósters y murales en algunas de las paredes. Son el producto de la terapia ocupacional que se ofrece a los ancianos. Ancianos que replican de manera extraña las mismas tareas que los niños de cinco años realizan en el colegio. Los mismos deberes y necesidades en la infancia y en la vejez. Paradojas de una existencia que se pliega.

Ismael llega a la intersección de dos corredores que se abren en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Sabe que el de la izquierda lleva al comedor y a un pequeño patio al que pueden salir las personas menos dependientes. Sabe que el de la derecha lleva a la enfermería y tiene entre sus habitantes a todos aquellos inquilinos que son incapaces de valerse por sí solos.

Toma el pasillo de la derecha y busca la puerta que está más cerca del cuarto de curas. Aquella en la que duerme el inquilino que menos tiempo tardará en abandonar la residencia.

Ismael es presa del olor y del mate de las paredes. Pierde su humanidad para convertirse en un animal elástico que camina sigilosamente.

Llega al lugar al que no quiere entrar. La caja parece pesarle

más que nunca, como si estuviera llamando su atención para que Ismael se dé prisa. Acaricia con la yema de los dedos el candado que la cierra, da un paso al frente y entra en el cuarto.

Olor a jabón y un pequeño flexo que ilumina una de las esquinas de la habitación. También hay un sillón girado hacia la ventana. Ismael puede ver una mano. Está sujeta al reposabrazos con una tira de tela de color blanco en la muñeca. Avanza hasta situarse delante del hombre sentado. Le duele la mirada perdida y el rostro distorsionado por múltiples gestos que es incapaz de controlar. Ismael se pone de rodillas. Deja la bolsa con la caja en el suelo. Olvida el olor y las paredes. Escucha la lenta respiración del cuerpo que tiene enfrente. Ismael se inclina y abraza a su padre.

Alfredo abre los ojos. Pasa de lo borroso a lo preciso, como si se paseara a toda velocidad por las diferentes salas de un peculiar museo instalado en su retina. Le duele la cabeza. Mucho. Por eso, ahora que ha recuperado la visión, le molesta el brillo de los focos. Tarda en darse cuenta de que está tumbado en una cama que huele a hospital. Tras echar un vistazo confirma que sus sospechas son correctas. A su lado puede ver una bolsa de plástico donde parece que alguien ha dejado su ropa. Junto a esa ropa hay otra cama, encima de la cual hay alguien que acaba de despertar.

—Vaya, usted es el viejo que estaba en el comedor del restaurante —le dice Alfredo con la lengua aún pegajosa.

—El mismo —le confirma Tomás entre toses.

El viejo tiene una mano esposada a la cama. Una bolsa de color rojo cuelga de un palo de gotero. Alfredo imagina que será sangre.

—Gracias a usted sigo vivo —dice Alfredo.

—Lo mismo le digo. Si no llega a entrar dando un grito, Gordo me pega un tiro.

—Se podría decir que estamos empatados.

—Sí, como el partido. —Tomás señala con la barbilla la pared que tienen delante. Alguien ha puesto la final sin volumen—. Están en la prórroga. A mí no me gusta el fútbol, pero hoy parece que es obligatorio ver esto.

Alfredo mira al televisor y sonríe como si estuviera abriendo un regalo. Parece que, si no pasa nada más, al menos podrá ver cómo termina. Apenas quedan diez minutos para que se cumpla el tiempo de juego y tendrán que ir a los penaltis.

—¿Sabe cómo está el gorila? —pregunta Alfredo.

—Lo han metido en el quirófano. Le he montado un estropicio en el cuello. Los perdigones no matan, pero joden un rato.

—Ya.

—Veo que lo han detenido.

—Sí. —Tomás levanta la mano que tiene esposada—. Pero ya le digo yo que peor es morirse. —Tose un par de veces y siente que le falta el aire.

—Bueno. Ahora le tocará pasar unos días entre policías y abogados, no sé yo...

—Es lo justo. Ya iba siendo hora de dejar mi puesto en la plaza Mayor y las visitas al desguace. Cuando salga de aquí me conformaré con un último buen bocata de calamares —dice Tomás con una sonrisa triste.

El policía observa al hombre que tiene a su lado. Puede ver la palidez de su rostro, la barba descuidada y el brillo en los ojos de alguien que ya ha cumplido. Está tranquilo. Eso le hace pensar en María y en cómo lo había llevado un día entero de un lado para otro, haciéndole creer que perseguían a dos simples ladrones. Es buena hasta para mentir. Le debe una explicación sobre quién es Ismael y la relación que los une. Por cómo se miraron, la palabra amistad se queda demasiado pequeña para abarcar todo lo que cabía ahí. Ahora comprende por qué se había saltado tantos protocolos y se demoraba en pedir ayuda. Quería resolver el caso más complicado de todos, el de su propia vida.

Alfredo se gira con dificultad, dobla la almohada y apoya la cabeza. Busca en el lateral de la cama el mando que le permite incorporarse. Pulsa el botón correspondiente y, por fin, se sienta y contempla la televisión. Mira a un lado y a otro, temeroso de que pase algo que le impida estar unos minutos tranquilo. Entorna los ojos y se fija en el marcador y en el

tiempo que queda. Se está desarrollando una jugada llena de rebotes peculiares. Si han jugado así todo el partido, no le extraña el resultado. El balón pasa por Fernando Torres, que centra al borde del área. Despeja un defensa y recibe Cesc. Este controla el balón, y sin apenas pensárselo lo pasa hacia su derecha. Un defensa holandés se tira al suelo, desesperado. Es el minuto ciento dieciséis de la prórroga. Alfredo cierra los puños cuando ve que el balón alcanza el pie derecho de un tipo llamado Iniesta.

Julia y Julio se miran sorprendidos.

María los está llevando a casa sin hacerles preguntas.

Se habían hecho a la idea de que iban a terminar en el calabozo, sin poder ver a su madre y sin ser capaces de tranquilizarla hasta que salieran de allí.

Mientras tanto María ha olvidado que lleva dos pasajeros. No piensa en ellos, tan solo en el lugar al que tiene que llegar. Cuando salió para hacer la ruta diaria jamás pensó que iba a encontrarse a Ismael como víctima de un robo. Tampoco que esa era la forma en la que iba a percatarse de que no podía permitir que él se fuera de su vida sin dar explicaciones.

Tras dejar atrás la estación de Atocha llegan enseguida al portal de los hermanos. María detiene el vehículo lentamente.

—Podéis bajaros —dice mientras se gira para mirarlos—. Creo que habéis tenido suficiente por hoy. Pero debéis saber que tendréis que ayudarme en los próximos días para cerrar el caso. No tenéis de qué preocuparos, porque os echaremos un cable con lo que necesitéis. No os vamos a dejar tirados. —Julia y Julio le dan las gracias asintiendo con la cabeza—. Ahora volved a casa.

Los hermanos se bajan del vehículo tan rápido como pueden. Abren la puerta y avanzan con la inquietud de no saber cómo van a encontrar a su madre.

Ella está sentada de nuevo en el sofá, con las piernas estiradas sobre una pequeña mesa.

—Mamá —dice Julio.

Con un gesto, la madre invita a sus hijos a sentarse junto a ella.

Se abrazan, no necesitan hablar.

Ismael se separa de su padre para poder observarlo.

Descubre que tiene un abismo ante sí.

Por eso se alimenta de su recuerdo mientras se descompone en su mirada vacía. Ahora todo él es propiedad de un animal que lo ha destruido. Ahí está el precipicio que teme Ismael, el único motivo para cumplir su promesa.

Volver.

Para su padre la enfermedad era un fantasma, un miedo que aparecía todas las noches y se mostraba en forma de pequeños síntomas que él callaba.

No hablaba de ella.

Su padre se levantaba para seguir adelante porque esa era su única forma de rebelión posible. Aunque pendiera sobre él una espada de Damocles. Solía decir que, al fin y al cabo, la muerte, segura de vencer la partida, nos permite a todos una vida de ventaja. Decidió que cada día iba a ser un motivo para que lo siniestro se viera forzado a sonreír. Pero todo se precipitó tras el accidente de coche que se llevó a su mujer. En ese momento fue consciente de que él también podía ser una muesca más para el animal. Aun así, jamás se quejó de que le hubiese tocado vivir una vida que era una pendiente sin fin.

Ismael encuentra la mirada rota de su padre en un espacio frío y oscuro. Con un cuerpo que ya no es nadie, que ya no es nada. Por eso no quiso descolgar el teléfono por la mañana cuando lo llamaron desde la residencia. Conocía el número y el significado de la llamada. Por eso siente que su promesa es una mentira dicha a alguien que lo dio todo por él. Ahora teme reconocerse en su padre y ser incapaz de afrontar el dolor y el

miedo como él lo ha hecho. Porque se siente culpable de haberlo dejado solo en un lugar como este en el que ahora está atrapado.

Observa sentado en el suelo cómo su padre tiembla de forma incontenible. Cómo cada músculo baila sin control, agotando su mente. Una coreografía diseñada para consumir al que la sufre y a aquellos que no pueden refrenarla. No hay forma de parar la enfermedad, del mismo modo que no hay forma de saber qué piensa la persona encerrada allí con ella.

Ismael llora porque entiende que quizá sea la última vez que vea a su padre con vida. Y pide perdón, primero con un abrazo y después con besos entre los que se entierra. Huele a su padre y rescata lo que ha compartido con él.

Después busca la bolsa con la caja de madera. Coge el cubo tallado hace años por el primer hombre de su familia que se enfrentó a la maldición.

Esa caja ha pasado de unos a otros, preservando en su interior diferentes tesoros que solo verán la luz cuando el propietario esté preparado. Ismael ha odiado esa caja con todas sus fuerzas, consciente de que ser su propietario lo convierte en el heraldo de un legado del que no quiere formar parte. También simboliza una promesa por realizar, un acto ineludible que su padre y otros miembros de su familia han dejado claro que debe cumplirse como última voluntad.

—El último día que me veas, el último día que aún haya alguien detrás de mis ojos, por favor, llévame la caja.

Ismael toma la caja sin esperanza y la deposita sobre el regazo de su padre. El anciano parece ponerse más nervioso. Ismael baja la cabeza, llora, abatido por haber albergado una esperanza estúpida.

Ha perdido un día, una vida, para poder llevarle algo que no entiende. Cualquier objeto habría servido. Y entonces, cuando ya no hay esperanza ni nada de lo que ha hecho tiene ya

sentido, el padre de Ismael deja de temblar.

Primero cesa el temblor en las piernas, y a continuación en las manos.

Sus brazos tampoco tiemblan.

Comienza a respirar de forma acompasada.

Ya no crispa el rostro, y la boca, que antes estaba contraída en forma de extraña sonrisa, recupera su forma habitual.

Ismael se tropieza y se pone de pie, asustado.

Las pupilas de su padre vuelven a tener vida y se detienen a observar el rostro del hijo. Ismael cae de rodillas y el anciano mueve las manos con inesperada precisión para tocar su rostro. A continuación, observa la caja y pronuncia una palabra.

—Gracias.

Ismael es incapaz de hablar mientras ve cómo su padre está a punto de abrir la caja. Este se lleva la mano al cuello y toma la pequeña llave que cuelga de una cadena sobre su pecho. Inserta con cuidado la llave en la cerradura, y la caja se abre con un sonido pesado. A continuación introduce los dedos índice y pulgar de su mano derecha en el cofre y extrae unos papeles amarillentos, pequeños objetos y fotografías.

El padre de Ismael viaja con ellos a otro tiempo, a otros momentos.

Allí encuentra las palabras que alguien escribió antes de suicidarse.

Los pasajes de un viaje transoceánico en la clase más baja posible.

La fotografía en blanco y negro de una mujer abrazada a dos niñas felices.

La papeleta de voto de unas primeras elecciones.

Una receta de puchero.

La imagen triste de un padre y una madre junto a su hijo el día de su graduación.

El padre llora e Ismael entiende que en esa caja no está

atrapado lo terrible. En ella se preserva todo aquello que ha hecho seguir adelante tanto a su familia como a su padre. Los motivos que los han inducido, día tras día, a sentir que la vida merecía la pena. La única forma de acabar con el miedo y enterrar la incertidumbre ha sido cobijarse en lo bello.

Al cabo de unos minutos el padre cierra la caja meticulosamente. Toma la pequeña llave y se la entrega a Ismael.

—Es tuya.

Ismael asiente y descansa su cabeza sobre las rodillas de su padre. Este le acaricia el cabello mientras se deja caer tranquilo sobre el respaldo del sillón.

El padre sonríe una última vez y cierra los ojos.

Ismael percibe que ya no vuelven los temblores.

Huele a limpio y a vacío.

Llora por él.

Llora sin él.

En la oscuridad se abrió el llanto de un niño.

Sonaba a miedo, soledad y vacío.

El niño se agitó hasta que fue capaz de huir de la noche que había convertido sus sueños en laberinto.

Y abrió los ojos.

Y vio a su padre como una sombra en la puerta.

El hombre lo miraba con miedo.

Se acercó esperando encontrar el signo siniestro que anticiparía en su hijo una vida con la frontera rota.

Ambos se abrazaron.

Dos náufragos encontrando tierra firme.

El corazón de Ismael se fue serenando lentamente, hasta recuperar el latido del que regresa de un sufrimiento que no entiende.

Arropados el uno en el otro.

Permanecieron así, dejando que se acercara la mañana.

Dueños de un amor incondicional e inabarcable.

Con la primera luz el hijo se quedó dormido con la sábana justo por debajo de la nariz. El rostro y los párpados relajados.

El padre permaneció unos segundos observando la respiración pausada del niño. Le dolía el pecho al mirar la cama, al pensar en la maldición que podía estar ya escondida entre ellos.

Pero de algún modo supo que sería distinto.

Una certeza le iluminó los ojos, apenas un instante en que lo comprendió todo.

Y lloró por lo que él no vería.

Y rio por la plenitud que esperaba a su hijo.

Después el padre cerró la puerta.

Ismael podía dormir tranquilo.

El pestillo apenas hace ruido.

Julia y Julio se miran y asienten.

Al otro lado descansa Manuela. Pueden oír el vaivén tranquilo de su respiración.

La madre ha tomado la medicación sin protestar y se ha dejado llevar por el cansancio de un día que les ha cambiado la vida. Ambos han visto por fin en Manuela la serenidad propia de quien ha puesto las cosas en orden y concluye que todos los finales felices se parecen.

Ya no hay deudas que pagar.

Quizá esté abrazando en sueños la felicidad de saber que sus hijos tienen un futuro vasto y perdurable por delante. Un nudo deshecho.

Quizá esté dejando atrás un pasado que ya duele menos.

Quizá esté besando a un padre que ahora descansa al saber que los niños que no ha visto crecer han sido liberados.

Los hermanos entran en la cocina y recogen en silencio los platos. Dejan el espacio listo para el desayuno con el que piensan obsequiarse cuando amanezca.

Por la ventana que da al patio interior les llega el ruido de los coches, que siguen de celebración. También les ofrece los gritos y la música de los vecinos de un par de pisos más abajo. Julio sonríe, aprieta ligeramente el puño y lo agita mientras mira a su hermana.

—Parece que hemos ganado —le dice.

Ella lo abraza sin que él se lo espere. Ambos se funden durante unos segundos. Así se desprenden de los miedos y del sentimiento de culpa por lo que han tenido que hacer los

últimos meses.

Al separarse, sus ojos practican un diálogo sin palabras. Y se recuerdan el uno al otro lo que han sido y lo que pueden ser. Apagan la luz de la cocina, se dirigen al salón y se acomodan delante del televisor apagado.

La pantalla les devuelve la silueta de ambos sentados en el sofá. Dos sombras que descansan. Tras observarse a sí mismo unos segundos, Julio comienza a buscar el mando de la televisión. Quiere ver cómo la ciudad está disfrutando de lo ocurrido apenas unas horas antes. Le apetece sentirse parte de la felicidad de los demás. Desliza su mano por los cojines y, al no encontrar nada, comienza a buscar en la mesa. Mueve la palma de su mano derecha sobre la madera hasta que tropieza con algo. Lo coge y se lo acerca con cuidado. No es el mando a distancia, y tarda unos segundos en comprender de qué se trata.

Julia, a su lado, se percata de que su hermano está sosteniendo algo. Mira con curiosidad, se inclina un poco, y al fin parece entender. Se desplaza ligeramente hacia atrás y se tapa la boca para ahogar un grito de sorpresa.

Julio tiembla mientras despliega el pequeño papel doblado.

Una hoja blanca y arrugada que parece haberse desprendido de una libreta.

Reconocen la letra.

Apretada, como de médico.

Los hermanos se acercan el uno al otro y esperan unos instantes antes de comenzar a leer.

«Me habéis abierto la puerta de vuestra casa. Lo justo es que sepáis dónde queda la mía».

Ismael apoya los pies en el suelo, casi como si estuviera haciendo equilibrios.

—¿Está seguro de que quiere que le deje aquí?

—Sí, sí, no se preocupe —responde Ismael.

Cierra la puerta del coche y se despide con la mano del hombre que lo ha llevado de regreso a la ciudad. El tipo, un celador de la residencia, ha mantenido un silencio respetuoso durante todo el viaje. Se ofreció a llevarlo a casa tras haber terminado con los trámites de rigor. Ismael observa cómo arranca el motor y baja la ventanilla. El hombre saca la mano y comienza a celebrar tocando el claxon mientras se aleja. Probablemente le dará igual llevar puesto unas horas más el pijama de trabajo. Ismael le da las gracias en silencio y sonríe al confirmar que la vida sigue enhebrándose. Es un azar que se completa todo el tiempo y en todas partes. Nos creemos importantes, pero no somos más que corpúsculos egocéntricos que no le importan a casi nadie. Y en ese «casi» reside la clave.

Al levantar los ojos, Ismael distingue recortada contra el cielo la figura retorcida de unas montañas rusas. Ha decidido comenzar su viaje de vuelta a casa en la estación de metro donde conoció a un par de chavales que le robaron su rutina.

Camina dando zancadas largas y seguras, sin temblar, mirando las calles colindantes que siguen goteando desconocidos en plena celebración de la victoria. Y empieza a rebobinar los recuerdos de las últimas horas.

No se cansa ni titubea, ahora solo da pasos certeros. Como si se hubiera quitado un peso que le nacía del centro del pecho. Un árbol marchito que ahora se llena de flores.

Y así se convierte en turista de una ciudad que amanece y se muestra nueva y distinta. Poblada de calles en las que nadie parece tener prisa por llegar a mañana, porque hoy será un ayer inolvidable.

Cruza la plaza Mayor, con el suelo mojado y el fragor de los servicios de limpieza. Saluda a un par de operarios y a un policía, cansado después de una noche muy larga.

Llega a la puerta del Sol, y mientras desciende por la calle Alcalá se siente rodeado por gigantes de piedra vestidos de etiqueta. Los coches pasan despacio, saboreando la victoria con banderas y algún que otro bocinazo. Varios grupos caminan abrazados por la acera: son los rezagados de una fiesta que no saben cuándo terminará.

Ismael se detiene. Delante de la fuente donde una diosa llamada Cibeles presume de vehículo. Tras un par de minutos en silencio su cabeza le dice a sus piernas que le digan a sus pies que se pongan de nuevo en marcha.

Tranquilo y sin tropiezos.

Avanza hacia su calle apretando muy fuerte la bolsa que lleva bajo el brazo.

El motor enmudece.

Ella baja del coche y camina por la acera, indiferente.

Oye gritos, petardos y bocinas.

Sonríe. Le hace gracia pensar que parece que alguien le ha dicho a la euforia que esté en todas partes al mismo tiempo. La gente grita asomada a las ventanas, y en los bares los desconocidos se abrazan.

El cansancio trata de abrirse paso mientras llega a su casa. Se quita los zapatos pisándose los talones. Entra en la cocina, toma un trago largo de agua y busca algo de comer en la nevera. Llega hasta el sofá, se deja caer y se queda mirando el techo. No tiene sueño, su cabeza es un hervidero, aún quedan muchas cosas por comprender.

El caso está encarrilado. Han dado con la cueva de Alí Babá y con el mismísimo Alí Babá. Eso le permitirá abandonar los paseos y recuperar los casos importantes. Será de nuevo ella haciendo lo que más le gusta. En cambio, su vida ha quedado abierta. Con una herida que no sabe cuánto tardará en cicatrizar.

Busca su teléfono móvil. Mira la pantalla unos instantes y después coge el mando de la televisión. Se pierde entre canales buscando algo que le permita apagar las ideas que se agolpan y disputan entre sí en su cabeza. Tras darle varias vueltas a la programación, coge de nuevo el teléfono.

Navega a través de los contactos.

Sabe lo que necesita hacer.

En la calle del todo va bien, los coches se pitan unos a otros. Se hablan felices en un idioma molesto para un par de señoras mayores enfadadas que cierran los puños mientras gritan improperios.

Los pájaros miran la escena y no entienden nada. Es muy tarde y los humanos les están quitando el sueño. Apuntarán mejor mañana como venganza.

Algunos balcones ya no tienen banderas porque muchas están ondeando en los cuellos de sus propietarios.

Dos chavales vestidos de rojo vuelven en bicicleta después de haber vivido un día que ni en sus mejores sueños. Cuando tengan hijos no se cansarán de contárselo.

En la calle del todo va bien, un hombre camina. Sostiene una caja de madera. Regresa de un viaje inesperado que le ha revelado una realidad que ignoraba.

El hombre sube las escaleras sin percatarse del enfado del ascensor por haber perdido otro cliente. Abre la puerta y enciende la luz de la entrada. Las llaves vuelven a su lugar en el pequeño armario en la pared.

Entra en la cocina y se termina el café que está allí desde la mañana. Lo encuentra frío y amargo, pero no le importa. Le hace gracia beberse su pasado. Deja la cartera y el teléfono en la mesa del salón. La caja de madera queda sobre el piano. Las sillas y el metrónomo lo miran; todos crujen y sonríen en madera.

Después se dirige a su cuarto y se descalza. A través de la ventana puede ver los coches circulando de un lado a otro, aún de celebración. Entra en el despacho, y una vez allí se detiene

un momento a mirar las fotografías. Es entonces cuando escucha sonar su teléfono. Se extraña, es muy tarde, y durante unos segundos no reacciona.

Regresa al salón guiado por la música de piano que tiene por tono de llamada.

Mira la pantalla y reconoce el número.

Lo ha visto otras veces.

Ismael acaricia la pequeña llave que descansa sobre su pecho antes de descolgar.

Agradecimientos

Gracias por leer esta novela.

Cuanto terminé *Aprender a volar*, un sabio me dijo que «todos tenemos una novela en la cabeza; lo difícil es tener dos». Esas palabras me han acompañado cada uno de los días transcurridos hasta llegar al punto y seguido con el que termina la historia que acaba de leer. Desde aquí, Antonio, te hago una reverencia. Gracias por prevenirme de las curvas y los cambios de rasante. Espero haber conducido bien.

Encuentro el origen de este libro en dos hechos distintos. Una porción está en un documental que vi en 2014. Narraba la vida de varias personas aquejadas por una terrible maldición hereditaria: la enfermedad de Huntington. Me sobrecogió la entereza con la que cada uno de los participantes explicaba los motivos que le habían llevado a conocer u obviar su estado como portador de la enfermedad. El documental se titula *¿Realmente quieres saberlo?* y es muy sencillo encontrarlo en YouTube. Si lo ve, quizá sea incapaz de olvidarlo.

La otra mitad del germen de la historia de Ismael se encuentra en un cómic sobre Superman. Se titula *Es un pájaro…* Está ilustrado por Teddy Kristiansen y guionizado por Steven T. Seagle. Ambos se adentran en la búsqueda conceptual del héroe y de cómo este se puede encontrar en referencias cercanas. En nuestros padres y madres. En nosotros mismos. La S de Superman muta en la H de la enfermedad de Huntington.

Además, esta novela no existiría sin la paciencia de Clara Rasero. No olvidaré aquella conversación en la plaza de Olavide con una cerveza. Tampoco aquellos consejos sobre

cómo avanzar en la trama y dejar atrás el síndrome del impostor. La primera sesión clínica a propósito de una novela, sin duda.

Quiero destacar también el trabajo silencioso de Elena Recasens y Manuel Martí Viudes. Ellos han peinado mis palabras para que todo esté en su sitio. También agradecer a Carmen Romero su presencia y la oportunidad que me ha vuelto a conceder con este libro. Gracias por este segundo regalo lleno de palabras.

Bendita la ayuda de Alejandro López Neyra. Sus comentarios sobre la historia la han hecho mejor. Él es el más hábil explorador de párrafos. Tengo una gran suerte por tener un amigo inteligente, generoso y sincero. Gracias, Álex, por esa nota de texto llena de consejos.

A todas mis compañeras de la unidad de cuidados intensivos pediátricos les doy las gracias por comprenderme y facilitarme la pausa necesaria para escribir esta novela. Ana, ya sabes que si algún día surge una película o una serie de este libro, aquí dejo escrito que como mínimo tendrás un cameo. Prometido.

En este libro, obviamente, también habita mi familia. Especialmente mis padres y mis abuelos. Soy quien soy por lo que son o por lo que fueron ellos. A todo esto se añade la paternidad, que me ha llevado a incertidumbres inesperadas una y otra vez. Mis hijos me han cambiado la hoja de ruta. Ser padre es lo mejor (y más difícil) que me ha pasado. Además, ellos también me han permitido una excusa para jugar más a la videoconsola, no lo niego.

Para terminar, quiero hablar de mi mujer, Pilar. Tengo la suerte de convivir con la persona más sincera y coherente que conozco. De una inteligencia increíble y con una capacidad de análisis que solo te permite crecer. Es mi crítica más potente e importante. Me pone delante de las dudas y me ayuda a resolverlas. Ella es el kilómetro cero de este libro.

En el caso de que le haya gustado esta novela, no le miento si le digo que sería estupendo que la recomiende. También puede añadir, si le parece bien, sus reseñas y comentarios allí donde la haya adquirido.

Al tiempo, estaré encantado de ver lo que piensa sobre ella también en redes sociales (@Nopanaden en todas ellas). Le ruego, eso sí, que no cuente el final. Que cada uno llegue limpio a esa última llamada de teléfono.

Muchísimas gracias, nos seguimos leyendo.

Madrid, Casa Nueva
12 de febrero de 2024

Alberto García-Salido nos sumerge en las veinticuatro horas que cambiarán para siempre al protagonista de esta emotiva, divertida y frenética novela escrita con el pulso de la vida misma, a partir de aquellos momentos que no se planifican.

La historia de Ismael empieza con una llamada de teléfono que prefiere no coger. En vez de hacerlo, ese caluroso día de julio en Madrid decide salir de casa mientras recuerda el relato de su vida, de su familia y de su maldición: una rara enfermedad hereditaria que podría padecer y cuya sombra le acecha desde niño.

Ismael ha aceptado su destino, pero un robo inesperado, una persecución policial y una amistad imposible están a punto de demostrarle que, si bien todos los finales felices se parecen, los infelices lo son cada uno a su manera.

Alberto García-Salido (Madrid, 1981) es pediatra intensivista, doctor en medicina, profesor universitario y escritor. Ha publicado cuatro volúmenes de relatos: *El tipo que escucha*, *Equilibrio: entre cuatro paredes una sábana invisible*, *Demasiada roca solitaria* (finalista al Premio Setenil en la categoría de mejor libro nacional de cuentos) y *Lo que da miedo*. Colabora regularmente en la revista cultural JotDown y, desde 2018, participa en el programa *Más de uno*, dirigido por Carlos Alsina en Onda Cero. En Twitter hace divulgación científica, sobre todo de medicina, y suma más de cien mil seguidores. En 2022 llegó a las librerías su primera novela *Aprender a volar* (Ediciones B).

Primera edición: abril de 2024

© 2024, Alberto García-Salido
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.,
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig
Ilustración de portada: © Eva Vázquez

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-178-0934-8

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Todos los finales felices se parecen

Madrid

Hace tiempo…

Ismael piensa en el café

Lo primero que llamó su atención

Unos minutos antes

La oscuridad

Es difícil correr

Entendieron que no debían perder el tiempo

El tipo de seguridad

La madre gritó el nombre de su marido

Ismael hace tiempo que no sonríe

Tras la muerte del padre

El barril se mueve despacio

Navegaron un mes

Unas horas antes

Querían marcharse pronto de allí

Los tres atraviesan el parque de atracciones

Se marcharon en carro

María abre la puerta metálica

Tras el regreso hubo llantos, fiesta

El viejo Tomás observa los edificios

Una mujer, dos hijas y una maleta llena de tesoros

El metro está lleno de gente

Los padres de Sara fallecieron

María y Alfredo llegan al parque de atracciones

Las niñas corrieron a la cocina

El viejo Tomás

Después de aquella muerte

Un bocata de calamares

Sara envejeció entre cazuelas

El coche atraviesa las calles

Sara, ya anciana

Ismael observa el bocadillo

El marido repitió las últimas palabras

Joder, pareces empeñada en que no vea el partido

En el hospital hacía frío

Ismael no entiende nada

Los médicos ignoraban qué había pasado

Ha sido un instante

¿Se puede saber qué haces?

Cinco personas entre las tumbas

A Alfredo nunca se le ha dado bien correr

La furgoneta se detuvo en la puerta

Después de leer el mensaje de texto

La música

Entonces nos toca ir aquí, ¿no?

El teléfono cayó al suelo

Ismael ha estado solo mucho tiempo

Los primeros días de paternidad

Un pequeño recibidor

Los años pasaron

¿Y tú qué clase de médico eres?

Vuestro padre era un buen hombre ..

Cuando alguien se derrumba duele hacia fuera

Sentados en el salón

El viejo Tomás abandona la plaza Mayor

La enfermedad aparecía pasada la juventud

Alfredo piensa que seguir a alguien en el metro

Ismael buscó un refugio en la medicina

¿Qué desean?

Un accidente de tráfico les arrancó la música

Ismael aprieta la madera contra su pecho

En la sala de espera

Imagino que vuestra madre...

María y Alfredo oyen el disparo

Ismael mantiene los ojos cerrados

Sobre la mesa, el informe del hospital

Alfredo se gira hacia su compañera

El coche se detuvo delante de un edificio grande

María observa las camillas

Desapareció

En la ventanilla

Huele a limpio

Alfredo abre los ojos

Julia y Julio se miran sorprendidos

Ismael se separa de su padre

En la oscuridad se abrió el llanto de un niño

El pestillo apenas hace ruido

Ismael apoya los pies en el suelo

El motor enmudece

En la calle del todo va bien

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Alberto García-Salido

Créditos